

COLECCION UNIVERSAL

A. Kuprin

EL BRAZALETE DE RUBÍES

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

ALEJANDRO KUPRIN

El brazalete de rubíes

NOVELAS

La traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasin



MADRID-BARCELONA
MCMXX

891.73

K96

LT18

ALEJANDRO KUPRIN

Es un autor muy leído en Rusia. Cuando empezó, hace unos veinte años, a publicar novelas, el "gran viejo de la tierra rusa", el conde León Tolstoi, le dió, en términos muy encomiásticos, la bienvenida a la república de las letras. "Escribe muy bien ese oficial", solía decir Tolstoi, de Kuprin.

Kuprin es un oficial de carrera. Nacido en 1870, de una familia pobre—como casi todos los escritores rusos de la última generación—, hizo sus estudios en una escuela militar, y en 1890 recibió el grado de oficial. Pero esta carrera no le gustaba. Sentía más bien inclinación a la literatura. Todos sus ocios los empleaba en escribir novelas. Durante varios años, sus manuscritos fueron rechazados por los editores de publicaciones periódicas. Kuprin no se desesperaba y seguía trabajando. Al fin consiguió que se publicara su novela El dios implacable, traducida en la Colección Universal—números 61 y 62—. Fué un éxito. El debutante obtuvo una buena acogida.

Animado por el primer triunfo, Kuprin se entregó por entero a la literatura. En seguida—en

1897—abandonó el servicio militar y se lanzó a la conquista de un puesto de honor en las cúspides del Olimpo literario. Lo ha conseguido. Su novela *El duelo*, así como la serie de ellas que ha publicado, le han hecho famoso. Conociendo a fondo la vida militar, ha descrito, de mano maestra, las costumbres del cuartel. En estos últimos tiempos se inspira en la vida de los grandes centros industriales, especialmente en sus bajos fondos.

Actualmente, a los cincuenta años, Kuprin tiene un renombre literario muy respetable, y ocupa en la literatura rusa un puesto de honor al lado de Gorki, Andreiev y Korolenko.

EL BRAZALETE DE RUBIES

I

Al mediar agosto, poco antes del nacimiento de la luna, el tiempo se había tornado de pronto abominable, como sucede con frecuencia en la costa norte del mar negro. Ya una niebla pesada y espesa se extendía durante días enteros sobre la tierra y sobre el mar, y la enorme sirena del faro mugía furiosamente día y noche, como un buey iracundo. Ya caía sin tregua una lluvia fina, como polvo de agua, que convertía en barro la arcilla de los caminos y las sendas e imposibilitaba el tránsito de carros y coches. Ya un terrible huracán soplaba del Noroeste, del lado de la estepa, y sacudía los árboles, que se encorvaban y se erguían, en un a modo de oleaje, y casi arrancaba los tejados de cinc de las casas de campo, sobre los que parecía que andaba algún ser invisible calzado con pesadas botas. Las ventanas temblaban, crujían las puertas, se oía en las chimeneas el silbo rabioso del viento. Durante uno de los últimos huracanes, algunas lanchas de pesca se habían perdido, y una semana después habían sido

hallados, en diferentes puntos de la costa, los cadáveres de los pescadores, arrojados por el mar.

La colonia veraniega del próximo pueblecito marítimo, en su mayoría compuesta de griegos y judíos, gente, como toda la meridional, amiga de gozar de la vida, se apresuraba a retornar a la gran ciudad vecina, por encontrarse ya a disgusto en la playa.

Por los caminos fangosos avanzaban trabajosamente carros cargados de todo género de efectos: colchones, divanes, cajones, sillas, lavabos, samovares, etc. Daba lástima ver, al través de la fina lluvia incesante, todos aquellos objetos, que parecían miserables, sórdidos, y en lo alto de cuyo hacinamiento iban sentadas las criadas y las cocineras, llevando en la mano planchas, latas y cestas; los caballos, cansados, jadeantes, cubiertos de espuma, no pudiendo a veces andar y deteniéndose en medio del camino, daban también lástima, lo mismo que los cocheros, mojados, envueltos en esteras para protegerse contra la lluvia y gritando con voz acatarrada para hacer andar a los caballos.

Era todavía más triste ver las casas de campo abandonadas, rodeadas de una súbita soledad, con sus jardines devastados y mutilados, sus cristales rotos, sus perros solitarios y todos los vestigios que suelen dejar de su presencia los habitantes efímeros del campo: los pedacitos de papel, los platos rotos, las cajas y los frascos vacíos.

Pero a principios de septiembre el tiempo cam-

bió de un modo inesperado. Los días se tornaron súbitamente claros, soleados, calurosos, como no habían sido ni en julio. Los campos desnudos y enjutos se cubrieron de telas de araña plateadas. Los árboles, quietos, dejaban caer sin ruido sus hojas amarillas.

La princesa Vera Nicolaievna Cheina, esposa del presidente de la nobleza del distrito, no podía abandonar su casa de campo, porque su casa de la ciudad se hallaba en reparación todavía. Y la regocijaban mucho la vuelta de los días hermosos, la tranquilidad, la soledad, el aire puro, las golondrinas que se posaban en los hilos del telégrafo y se disponían ya a partir a los países meridionales; la ligera brisa, un poco salada, del mar.

II

Además, aquel día, el 17 de septiembre, era su cumpleaños. Siempre había amado aquel día, lleno para ella de recuerdos encantadores de la infancia. Esperaba todos los años, en tal fecha, no sabía qué acontecimiento milagroso y feliz. Su marido, antes de marcharse por la mañana a la ciudad, adonde había sido llamado para un asunto urgente, le había dejado en la mesa de noche un estuche con unos magníficos pendientes de perlas, en forma de peras, y aquel regalo la había llenado de alegría.

Estaba sola en la casa. Su hermano soltero, Ni-

colás, el fiscal sustituto, que vivía con ellos, se había marchado a la ciudad para asistir a la vista de una causa. Su marido le había prometido llevarle de la ciudad, a comer con ellos, a algunos de sus amigos íntimos. Se alegraba mucho de pasar su cumpleaños en el campo. En la ciudad hubiera habido que gastar mucho dinero en una gran comida de gala; acaso hubiera habido que dar un baile, mientras que allí, en el campo, bastaba con algunos gastos insignificantes. El príncipe Chein, a pesar de la alta posición que ocupaba—o quizá con motivo de ella—, tenía que luchar con serias dificultades económicas. Su enorme patrimonio había sufrido no pocos menoscabos. Sin embargo, el príncipe se veía obligado a vivir con esplendidez, a recibir, a emplear en obras de beneficencia sumas considerables, a vestir bien, a tener caballos y coches.

La princesa Vera, cuyo amor apasionado a su marido se había convertido hacía tiempo en una amistad fuerte, fiel y verdadera, le ayudaba lo que le era dable a evitar la ruina completa. Sin que él lo notase, renunciaba a muchas cosas y se esforzaba en limitar cuanto podía los gastos de la casa.

Se encontraba en aquel momento en el jardín, cortando flores para adornar la mesa. No quedaban más flores de verano que algunos claveles de diversos colores y algunas rosas medio mustias; pero, en cambio, había magníficas flores de otoño, georginas y crisantemos, orgullosos de su belleza

y fragantes con una fragancia melancólica. Las otras flores, después de un festín de amor y de maternidad ubérrima del verano, dejaban caer sin ruido, en tierra, las innumerables semillas de la vida futura.

Muy cerca, en el camino, se oyeron los sonidos de una sirena de automóvil. La hermana de la princesa Vera, Ana Nicolaievna Friese, llegaba. Le había prometido por teléfono aquella mañana a Vera ir a ayudarla en los preparativos de la comida. La princesa Vera reconoció la sirena y salió al encuentro de su hermana. Algunos minutos después, una elegante *limousine* se detuvo ante la puerta; el *chauffeur* bajó del pescante y abrió la portezuela.

Las dos hermanas se abrazaron cariñosamente. Desde su tierna infancia estaban unidas por una gran amistad. Sus tipos diferían de un modo asombroso. La mayor, Vera, había heredado de su madre, que era inglesa, la gran estatura flexible, el rostro delicado, pero frío y orgulloso; las manos, bellas, aunque un poco grandes, y los magníficos hombros caídos como los que se ven en algunos retratos antiguos. La menor, Ana, por el contrario, había heredado la sangre mongola de su padre, un príncipe tártaro, descendiente en línea recta, según la leyenda, del propio Tamerlán, el famoso asesino. Era cosa de medio palmo más baja que su hermana, ancha de hombros, muy viva, ligera y burlona. Su rostro, de un tipo mongol muy marcado, de pómulos salientes, de ojos

estrechos, que, además, acostumbraba ella a guiñar; de boquita sensual—sobre todo por la prominencia del labio inferior—, tenía un encanto inexplicable, cuyo secreto quizá se encontrase en su sonrisa, quizá en el carácter extremadamente femenino de sus rasgos, o acaso en su mímica pintoresca, provocativa y coqueta. La graciosa fealdad de Ana Nicolaievna atraía a los hombres mucho más que la belleza aristocrática de su hermana.

Estaba casada con un hombre muy rico y muy estúpido, que no hacía absolutamente nada, pero que figuraba como presidente honorario de cierta sociedad filantrópica, y poseía un título sonoro. Detestaba a su marido, pero tenía dos hijos de él, un niño y una niña. Después de su segundo parto había decidido no tener más hijos, y seguía firme en su decisión. Vera, en cambio, soñaba, no ya con tener hijos, sino con tener los más posibles, y, no obstante, no los tenía; amaba de un modo enfermizo, adoraba a los enclenques, aunque lindos, hijos de su hermana, muy bien educados y dóciles, de carita pálida, como enharinada, y cabellos rizados de muñeca.

Ana se distinguía por su alegre descuido y sus contradicciones gentiles, a veces extrañas. Se entregaba con placer al "flirt" más arriesgado en todos los balnearios de Europa; pero no le era nunca infiel a su marido, lo que no obstaba para que se burlara de él hasta en su presencia. Le gustaba tirar el dinero, se pirraba por la ruleta,

por los bailes, por las impresiones fuertes, por los espectáculos extravagantes; en el extranjero frecuentaba las tabernas de mala fama; pero al mismo tiempo era muy generosa, muy creyente, y hasta se había convertido secretamente al catolicismo. De hombros y pecho esculturales, se destacaba, para ir a los bailes, harto más de lo que la moda y las conveniencias le permitían. Por el contrario, su hermana Vera era sencilla y severa, fría y altivamente amable con todo el mundo, celosa de su independencia y regiamente serena.

III

—¡Dios mío, qué bien se está aquí! ¡Esto es delicioso!—decía Ana, marchando junto a Vera, con paso rápido y menudo, por la senda—. ¿Quieres que nos sentemos un poco en el banco, al borde del precipicio? Hace mucho tiempo que no he visto el mar. Este aire es un encanto, da gusto respirarlo. En Crimea, el año pasado hice un descubrimiento admirable: ¿sabes a qué huele el agua del mar durante la marea? ¡A reseda!

Vera sonrió con cariño:

—¡Tienes unas fantasías!...

—¡No, no! Recuerdo que se burlaron de mí cuando afirmé una noche que en la luz de la luna hay un ligero matiz rosa. Y, sin embargo, el pintor Boritsky—que está haciendo ahora mi retrato—dice que tengo razón, y que los pintores lo sabían hacía mucho tiempo.

—Parece que estás un poco enamorada de tu pintor.

—¡Qué cosas tienes!—dijo riendo Ana.

Después, acercándose al borde del precipicio, que descendía al mar en una pendiente casi vertical, miró abajo. Lanzando un grito de terror, dió apresuradamente algunos pasos hacia atrás, palidísima.

—¡Dios mío, qué altura!—dijo con voz débil y trémula—. Siempre que miro abajo desde una gran altura, siento una especie de cosquilleo dulce y desagradable al mismo tiempo en el pecho..., y, sin embargo, me gusta mirar...

Quiso asomarse de nuevo; pero su hermana no se lo permitió.

—¡Querida Ana, no hagas tonterías! Me da vértigo sólo de verte acercarte al precipicio. Siéntate, te lo ruego.

—Bueno, bueno. Cálmate. Ya estoy sentada. Mira qué hermoso espectáculo... No me cansaría nunca de admirarlo. ¡Qué agradecida estoy a Dios Todopoderoso de que haya creado para nosotros todas estas maravillas!

Ambas se quedaron pensativas unos instantes. A sus pies, muy honda, se extendía la tranquila inmensidad del mar. Desde el banco no se veía la playa, lo que acentuaba la impresión de espacio infinito y majestad. El agua, serena, acariciante, era de un azul alegre, más claro en ciertos lugares de la costa y más oscuro en el horizonte.

Lanchas de pesca—tan pequeñas que apenas se

veían—dormitaban cerca de la orilla. Más lejos se divisaba un barco de tres palos, con todo el blanco velamen hinchado por el viento. Parecía inmóvil, suspendido en el aire.

—Comprendo tu entusiasmo—dijo Vera—. Pero sobre mí, el mar produce una impresión muy diferente. Cuando lo veo por primera vez después de mucho tiempo, me conmueve, me llena de alegría, hiere mi imaginación. Parece que veo por primera vez un milagro grandioso y solemne. Pero luego, cuando me acostumbro a su contemplación, su inmensidad desierta me aburre. Me canso de mirarlo, y lo miro lo menos posible. Tengo ya bastante mar.

Ana sonrió.

—¿Por qué te sonríes?—preguntó Vera.

—El verano pasado—dijo Ana—hicimos una excursión a caballo desde Yalta a las montañas. Subiendo, subiendo, nos metimos en las entrañas de una espesa nube. Se sentía una gran humedad y casi no se veía. Seguimos subiendo por una senda muy en cuesta, que atravesaba una pinada. De pronto salimos de la pinada y de la niebla, y el espacio libre se abrió ante nosotros. Figúrate un claro del bosque entre rocas enormes, junto a un precipicio terriblemente hondo. Las aldeas se veían desde allí pequeñísimas, no mayores que cajas de cerillas; los bosques y los parques parecían trocitos de tierra y cubiertos de menuda hierba. Todo el valle descendía hacia el mar y parecía un mapa inmenso. ¡Y el mar se extendía a lo lejos, majes-

tuoso, resplandeciente! Se me figuraba encontrarme suspendida en el aire. ¡Me sentía ligera como una pluma! ¡Aquello era hermoso sobre toda ponderación! Pues bien: me vuelvo a nuestro guía, un tártaro, y le pregunto entusiasmada: “¿Verdad que esto es precioso, Seid-Obli?” El hizo una mueca de desagrado, y contestó: “¡Ah, señora! ¡Si usted supiera lo que me aburre! Lo veo todos los días...”

—¡Gracias por la comparación!— dijo riendo Vera—. Pero me parece que nosotros, la gente del Norte, no somos capaces de apreciar toda la belleza del mar. Yo prefiero el bosque. ¿Te acuerdas del bosque de nuestra finca? Puede una contemplarlo siempre sin cansarse. ¡Qué pinos! ¡Qué espléndida flora! ¡Qué calma! ¡Qué aire!

—A mí me es igual. Me gusta todo—respondió Ana—. Pero mi predilección es mi hermanita, mi prudente Vera. No somos más que dos en todo el mundo.

Abrazó a su hermana mayor y juntó su rostro al de ella.

Se levantó de pronto.

—¡Dios mío, estoy en Babia! Estamos tan abstraídas en nuestra estúpida conversación romántica sobre los encantos de la naturaleza, que no me he acordado hasta ahora del regalo que te traigo. Míralo. Temo que no te guste...

Ana sacó de su bolso un pequeño “carnet” encuadernado de un modo admirable: sobre un fondo de terciopelo antiguo, que el tiempo había des-

colorido, resaltaba un dibujo de oro viejo, de una finura y una belleza notables, obra, a todas luces, de un artista de primer orden. Las hojas del "carnet", enganchado a una cadenita de oro fina como un hilo, eran tabletas de marfil.

—¡Qué preciosidad! ¡Es una verdadera obra de arte!—exclamó Vera abrazando a su hermana—. Gracias, querida. ¿Dónde lo has encontrado?

—En un almacén de antigüedades. Ya sabes lo que me gusta escudriñar las cosas viejas. He tenido la suerte de tropezar con este "carnet"... Mira la cadenita... Es una verdadera cadena de Venecia, muy antigua además.

—Sí, se ve que es muy antigua. ¿Qué tiempo tendrá este "carnet"?

—Yo creo que su antigüedad debe de remontarse a fines del siglo diez y siete o principios del diez y ocho.

—Es curioso, ¿verdad?—dijo Vera pensativa—. Tengo ahora en la mano un objeto que acaso haya pertenecido a la marquesa de Pompadour o a la propia María Antonieta... Pero vamos a ver lo que ocurre por casa.

Atravesaron una amplia terraza de piedra, cubierta de espesos parrales, al través de cuyas hojas la luz adquiriría un matiz verdoso que hizo palidecer levemente la cara de las dos mujeres.

—¿Harás servir aquí la comida?—preguntó Ana.

—Eso había pensado; pero he reflexionado luego; las noches refrescan ahora mucho. Es mejor



que comamos en el comedor. Luego, los hombres saldrán a fumar a la terraza.

—¿Habrá alguno interesante?

—No sé todavía. Sólo sé que vendrá el abuelito.

—¡Ah, el querido abuelito! Me alegraré mucho de verle. Hace mucho tiempo que no le he visto. Ana empezó a dar palmadas de alegría.

—Vendrá mi cuñada, y quizá el profesor Spechnikov. Me encontraba en un gran aprieto: ya sabes que el abuelito y el profesor son unos gastrónomos; pero ni aquí ni en el pueblo es posible hallar nada bueno. Luka, el cocinero, ha conseguido unas perdices que ha matado un cazador. Me ha prometido hacer un plato excelente. Después tendremos el inevitable "rostbeaf", cangrejos...

—Bueno, no está mal... No te inquietes. Verdad es que a ti también, aquí, para "inter nos", te gusta comer bien.

—Tendremos además un plato poco vulgar: esta mañana, un pescador ha traído un gallo de mar. ¡Un verdadero monstruo! Me ha dado miedo.

Ana, siempre curiosa, se empeñó en ver el monstruo, y mandó que se lo llevaran. Un minuto después se presentó el cocinero Luka, alto, afeitado, amarillo, con una ancha cubeta.

—¡Doce libras y media, excelencia!—dijo con orgullo cocineril—. Lo hemos pesado.

El pescado era demasiado grande para la cubeta, y estaba enrollado en el agua. Su escama era de un matiz dorado, y sus aletas, de un vivo color rojo. A ambos lados de la boca enorme y rapaz

tenía unas anchas alas, que se plegaban como abanicos. Estaba todavía vivo y agitaba las branquias.

Ana le tocó suavemente la cabeza con el dedo, y al verle sacudir la cola retrocedió dando un chillido.

—¡Esté tranquila su excelencia!—le dijo el cocinero a Vera, comprendiendo que la comida la inquietaba—. Todo estará muy bien. Acaban de traer unos buenos melones... Permítame que le pregunte en qué salsa quiere que se prepare el gallo: ¿en salsa provenzal, o polaca? ¿O quizá en salsa tártara?

—Como quieras, y puedes marcharte —ordenó la princesa.

IV

Minutos después empezaron a llegar los invitados. El príncipe Chein llevó a su hermana, la viuda Ludmila Lvovna Durasova, una mujer gruesa, suave y silente; a un joven muy rico, un Don Juan, alegre como unas castañuelas, a quien todos llamaban cariñosamente Vasiuchok (1), y que era utilísimo en sociedad, pues sabía organizar espectáculos y fiestas de caridad, y a la pianista Yenny Reiter, que había estudiado en el Instituto Smolny con la princesa Vera. No tardaron en llegar el hermano de ésta, Nicolás Nicolaievich; el marido de Ana; el profesor Spechnikov, gor-

(1) Diminutivo de Vasily.

dísimo, con una enorme barbilla afeitada; Von-Zek, vicegobernador de la provincia. En fin, ya muy tarde, llegó en un hermoso *landeau* el general Anosov, acompañado de dos oficiales: el coronel de Estado Mayor Ponomarev, un hombre gastado, envejecido prematuramente por el abrumador trabajo oficinesco, y el teniente de la Guardia Imperial Bajtinsky, considerado en Petrogrado uno de los mejores bailarines y directores de cotillón.

El general Anosov, un viejo fornido, de cabellos plateados, bajó pesadamente del coche. En la mano derecha llevaba un tubo que se colocaba a cada instante ante la oreja—pues era muy sordo—, y en la mano izquierda, un bastón con contera de goma. Su ancho rostro rojo, de gruesa nariz y ojos hinchados, risueños y un si es o no es irónicos, tenía una expresión a la vez dulce y majestuosa, muy común entre los hombres sencillos y valientes que han arrostrado todo género de peligros y expuesto a menudo la vida.

Las dos hermanas, que le habían reconocido desde lejos, corrieron a su encuentro. Llegaron a tiempo de sostenerle, medio en broma medio en serio, cada una por un brazo.

—¡Como un arzobispo!—dijo el general con voz de bajo y tono de chanza.

—¡Querido abuelito!—dijo Vera con dulce reproche—. ¡Le esperamos todos los días y no viene nunca!

—El abuelo se ha vuelto aquí, en el Mediodía,

muy malo—rió Ana—. Ha olvidado completamente a su ahijada. Le hace usted la corte a todas las mujeres, viejo Don Juan; pero nosotras no existimos para usted...

El general, la majestuosa cabeza descubierta, les besó la mano a ambas hermanas; después les besó las mejillas, luego las manos otra vez.

—Pequeñas, oíd... no me riñáis...—dijo, haciendo una pausa a cada palabra, y respirando pesadamente—. Palabra de honor, esos miserables doctores... han estado todo el verano curándome el reuma con... porquerías... y no me han dejado... Yo era su prisionero... Mi primera visita ha sido para vosotras... Bueno, ¿qué tal?... Tú, Verita, pareces completamente una *lady*... como tu pobre madre... Siempre estoy esperando que me llames para bautizar a tu hijo.

—Temo, abuelito, que eso no ocurra nunca.

—No pierdas la esperanza... Ruégale a Dios... Y tú, Anita, no has cambiado nada. Tendrás sesenta años y saltarás como una cigarra. Pero dejadme presentaros a los señores oficiales.

—¡Hace mucho tiempo que tuve el honor de ser presentado!—dijo el coronel Ponomarev saludando.

—Yo fuí presentado a la princesa en Petrogrado—manifestó a su vez el teniente.

—Entonces, tengo el gusto, Ana, de presentarte al señor Bajtinsky, un gran bailarín y una mala cabeza, pero un bravo oficial... Tenga la bondad, Bajtinsky, de coger del coche ese objeto...

Ya sabes tú de qué se trata... Vamos, hijas mías... ¿Qué nos vais a dar de comer? Después del régimen alimenticio a que me han tenido sometido esos malditos doctores, tengo un hambre terrible... digna de un cadete.

El general Anosov era compañero de armas y amigo entrañable del padre de Vera y de Ana. Toda su amistad y todo su amor al difunto los había puesto en sus hijas, a quienes conocía desde su más tierna infancia, y de una de las cuales, Ana, era padrino. Cuando eran pequeñas las visitaba diariamente. Las niñas le adoraban; nadie sabía jugar con ellas de un modo tan encantador; además, les llevaba siempre bonitos regalos y las convidaba con frecuencia al teatro y al circo. Pero lo que las divertía sobre todo—y se había grabado en su memoria para siempre—eran sus relatos de expediciones militares, de batallas, de campamentos, de victorias y retiradas, de muertos y heridos, que él las hacía con una calma épica y un tono bonachón, por la noche, mientras no se iban a acostar.

A la sazón, aquel resto viviente de los viejos tiempos era una figura pintoresca y simpática. Aunque era general, había en él una extremada sencillez, que rara vez se encuentra en los oficiales; era un creyente profundo e ingenuo, al modo de un simple soldado, fríamente valeroso, sumiso ante la muerte, piadoso con los vencidos y de una paciencia sin límites.

Había tomado parte en todas las guerras de

los últimos cincuenta años, excepto en la del Japón, en la que la hubiera tomado también de buena gana, pero a la que no le habían llamado. Durante su larga carrera no le había pegado a ningún soldado. En la insurrección polaca de 1863 se negó terminantemente a fusilar a los prisioneros, a pesar de la orden de su jefe.

—Si fueran espías—manifestó—, los fusilaría por mi propia mano; pero me niego en absoluto a fusilar prisioneros.

Lo dijo de un modo tan sencillo y al mismo tiempo tan respetuoso, mirando a su jefe con una mirada franca y firme, que, en vez de mandarle fusilar por desobediencia, le dejaron en paz.

Ya viejo, enfermo, sordo, mutilada una pierna por una explosión de obús, fué nombrado comandante de una fortaleza de segundo orden. Era un puesto casi honorario, del que dependía en muy pequeña parte la seguridad del Estado. Todo el mundo conocía en la ciudad al viejo general, cuyas costumbres, debilidades y manera de vestir hacían gracia. Se paseaba por las calles sin armas, con una levita pasada de moda, una gorra enorme, de visera ancha y recta, un bastón en la mano derecha y una trompetilla acústica en la izquierda, acompañado de dos grandes y perezosos *bulldogs* con la lengua fuera. Si durante el paseo se encontraba a algún conocido, los transeuntes oían desde lejos su voz atronadora, a la que se mezclaba el ladrido furioso de los dos perros.

Como muchos sordos, era un gran aficionado a la ópera. A veces, cuando los artistas estaban cantando un dúo suave y sentimental, gritaba de pronto con su voz de bajo:

—¡Diablo, está muy bien!

Todo el público se esforzaba en contener la risa; pero el general no se daba cuenta: creía ingenuamente haberle hecho a su vecino una observación en voz queda, casi murmurando.

En cumplimiento de su deber de comandante, visitaba con mucha frecuencia, siempre acompañado de sus dos perros, la prisión militar, donde se encontraban los oficiales arrestados. Los oficiales lo pasaban allí muy bien; jugaban a las cartas, tomaban te en alegre tertulia, contaban anécdotas. El arresto era para ellos un descanso de las fatigas del servicio.

El general le preguntaba a cada oficial por qué estaba arrestado, por quién y por cuánto tiempo. A veces elogiaba la conducta del oficial, castigado por un delito a todas luces contrario a las leyes; en cambio, a veces, empezaba a reñirle con tales voces que se le oía desde la calle. Pero, después de gritar así un rato, olvidaba su cólera y le preguntaba al oficial si tenía bastante dinero para hacerse llevar la comida de la ciudad, en sustitución de los poco apetitosos alimentos que les daban en la prisión. Y si se enteraba de que el oficial, escaso de blanca, no podía permitirse tal lujo, ordenaba se le llevase todos los días la comida de su propia casa, que se hallaba a doscientos pasos.

En aquella ciudad conoció a los Tuganovsky—tal era el nombre de la familia de Ana y Vera—, no tardando en aficionarse de tal modo a las niñas, que no podía pasar un día sin verlas. Cuando las niñas estaban fuera o las exigencias de su propio servicio le impedían visitarlas, se ponía de un humor endiablado y se aburría de un modo horrible en los vastos aposentos de su casa. Todos los veranos pedía licencia y se pasaba un mes entero en la finca de los Tuganovsky, distante de la ciudad cincuenta verstas.

Consideraba a las dos niñas como sus propias hijas. Aunque había sido casado, casi no se acordaba ya. Su mujer se había escapado con un tenor de ópera, enamorada de su chaqueta de terciopelo y de sus puños de encaje. El general le envió dinero hasta su muerte; pero cuando manifestó el deseo de volver con él, se negó terminantemente, a pesar de todos sus ruegos.

No había tenido hijos de aquel matrimonio.

V

Contra todas las previsiones, la noche era tan apacible, que ni el más leve soplo de viento agitaba la llama de las bujías encendidas en la terraza.

Durante la comida, el marido de Vera, el príncipe Basilio Lvovich, hizo los delicias de todos con sus relatos. Tenía una manera de narrar singular

e interesante. Tomaba como base de sus relatos un episodio de la vida real, en el que uno de los asistentes o alguno a quien todos los asistentes conocían, jugaba el papel principal: pero al referirlas, exageraba las cosas de un modo grotesco, poniendo una cara tan seria que los que le oían se desternillaban de risa.

Contó el fracaso sufrido por su cuñado Nicolás Nicolaievitch en sus pretensiones matrimoniales respecto a una hermosa y rica dama. Lo único verdadero era que el marido de aquella dama no había querido divorciarse; pero la imaginación del príncipe añadió a tal hecho detalles por completo fantásticos. El narrador representó a Nicolás, hombre ordinariamente grave, seco y un poco afectado, corriendo a media noche por la calle, en calcetines, con las botas debajo del brazo; luego seguía una escena cómica: un policía quería detenerle, y Nicolás se veía muy apurado para probarle que no era un ladrón, sino el sustituto del fiscal. Después de largas peripecias dramáticas, Nicolás casi conseguía su objeto; pero minutos antes de la boda, la banda de testigos falsos a quienes había recurrido para obtener el divorcio se declaraba en huelga pidiendo aumento de salario, y Nicolás, por avaricia—en efecto, era un poco avaro—, y como enemigo de las huelgas, se negaba a pagarles más, basándose en ciertos artículos de la ley. Entonces, los falsos testigos, en el momento crítico, declaraban que cuanto habían afirmado antes era mentira; que el marido de la

dama era el hombre más honrado y casto del mundo y que, por consiguiente, no había motivo alguno de divorcio.

Después de esta historia, el príncipe contó otra cuyo héroe era el marido de Ana, más cómica aún.

Todos se rieron mucho, el héroe de la anécdota más que ninguno. Aquel hombre delgado, de cara de muerto y ojos profundos, amaba tan locamente a su mujer como al día siguiente de su boda. procuraba siempre sentarse junto a ella y tocarla y le hacía la corte con tal asiduidad que daba pena verle.

Al levantarse de la mesa, Vera Nicolaievna contó maquinalmente los comensales, cuyo número ascendía a trece. Era supersticiosa y se puso triste. "Debía haberlos contado antes de sentarnos a la mesa—se dijo con descontento. Además, mi marido debía haberme dicho por teléfono cuántas personas había invitado a comer..."

En casa de Vera, lo mismo que en casa de Ana, se ponían siempre, después de comer, a jugar a las cartas. A las dos hermanas les gustaban con locura los juegos de azar. En una y otra casa existía ya, en lo tocante al juego, una especie de tradición: todos los jugadores recibían un número determinado de fichas de hueso, cada una de las cuales tenía su valor, y el juego duraba hasta que todas las fichas pasaban a manos de un solo jugador; entonces el juego cesaba, aunque todos los jugadores insistiesen en seguir jugando. Esta

ley severa había sido introducida principalmente en consideración a Ana y Vera, que jugaban con sobrada pasión y hubieran sido capaces de perder fuertes sumas. En virtud de tal reglamento, el dinero perdido por todos los jugadores no pasaba nunca de doscientos rublos por velada.

Aquella noche Vera no quiso jugar. Cuando todos se hubieron sentado a la mesa de juego, salió a la terraza, donde se preparaba la mesa para él; pero en el mismo instante, Dacha, su doncella, la llamó de un modo misterioso.

—¿Qué significa esto? —preguntó Vera con enojo, pasando en compañía de Dacha a su gabinetito de junto a la alcoba—. ¿Por qué pone usted esa cara de estúpida? ¿Qué tiene usted en la mano?

Dacha dejó sobre la mesa un paquetito cuadrado, envuelto en papel blanco y atado con una cinta color rosa.

—No es culpa mía, excelencia —dijo Dacha, ofendida por las palabras de Vera, y poniéndose colorada—. Llegó y dijo...

—¿Quién?

—Un mozo... con gorra encarnada...

—¿Y qué?

—Entró en la cocina y puso este paquete encima de la mesa, diciendo: "Entregue usted esto a la señora, pero en su propia mano." Yo le pregunté: "¿De parte de quién?" Y él me contestó: "Ahí lo dice", y se fué.

—¡Llámele usted en seguida!

—¡Imposible, señora! Hace mucho tiempo que se ha ido. Era a mitad de la comida, y no me atreví a molestar a usted. Hace lo menos media hora que se marchó.

—Bueno, puede usted retirarse.

La princesa cogió las tijeras, cortó la cinta y la tiró al cesto con el papel en que estaba escrita su dirección. Tenía en la mano un estuche de terciopelo rojo. Levantó la tapa, forrada de seda azul pálido, y vió, destacándose sobre un fondo de terciopelo negro, un brazaletes oval de oro y un papelito cuidadosamente doblado.

Se apresuró a desdoblar el papelito. Le parecía haber visto ya alguna vez aquella letra; pero como mujer que era, antes de leer la misiva examinó la alhaja. Era el brazaletes de un oro mediano, muy grueso, pero hueco, y lo cubrían pequeños rubíes antiguos, mal tallados. Mas había en medio, alrededor de una extraña piedrecita verde, cinco rubíes de verdadera belleza, cada uno del tamaño de un guisante. Cuando Vera, de un modo fortuito, los volvió hacia la lámpara eléctrica, brillaron con magníficos fulgores rojos.

—Parecen de sangre—se dijo con angustia.

Luego se acordó de la carta y empezó a leerla. He aquí lo que una mano, casi de pendolista, había escrito en ella:

“A su excelencia la princesa Vera Nicolaievna.

Distinguida señora: dirigiéndole mis saludos más respetuosos con motivo de su cumpleaños, me

atrevo a enviar a usted, con la expresión de mis más humildes sentimientos, ese modesto objeto.”

—¡Ah, el de siempre!—se dijo con disgusto Vera. Sin embargo, continuó leyendo.

“Nunca me hubiera permitido enviar a usted un regalo escogido por mí, para lo que no tengo derecho, ni gusto, ni—lo confieso francamente—dinero. Además, creo que en el mundo entero no se puede encontrar un tesoro digno de usted.

Pero ese brazalete pertenecía a mi abuela, y la última mujer que lo usó fué mi difunta madre. En medio, entre las piedras gruesas, verá usted una verde. Es un rubí de una especie muy rara, un rubí verde, y, según una leyenda familiar, tiene la facultad de dotar a las mujeres que lo llevan del don de la previsión y de disipar sus ideas negras, así como de preservar a los hombres de la muerte violenta.

Todas las piedras han sido cuidadosa y exactamente transportadas a ese brazalete de otro antiguo de plata, y puede usted estar segura de que nadie lo ha llevado nunca.

Puede usted, si quiere, tirar ese juguete, que le parecerá quizá absurdo, o regalárselo a cualquiera; yo, de todos modos, seré feliz al pensar que sus manos de usted lo han tocado.

Le ruego a usted que no se enfade conmigo. Aun me avergüenzo al recordar que hace siete años, cuando usted era todavía soltera, tuve la osadía de escribirle cartas estúpidas, y hasta de

esperar contestación. Ahora sólo guardo para usted una rendida adoración, un respeto infinito y una devoción de esclavo. Le pido constantemente a Dios que la haga a usted dichosa, y me recreo en el pensamiento de su dicha. Amo las butacas en que usted se sienta, el suelo que usted pisa, los árboles que roza usted ligeramente al pasar; amo a los servidores a quienes usted habla. No me inspiran celos ni los hombres ni las cosas.

Le ruego nuevamente que me perdone el haberla molestado con esta larga carta inútil.

Suvo hasta la muerte y después de la muerte, su humilde servidor

G. S. Y."

—¿Debo enseñarle esta carta a mi marido, o no? ¿Y si se la enseño, lo hago en seguida o cuando todos se hayan ido? No, lo mejor será esperar a que nos quedemos solos; de lo contrario, este desgraciado será objeto de la hilaridad general, y yo también me pondré en ridículo...

Mientras pensaba así, la princesa Vera admiraba las cinco llamas escarlata que rutilaban en el interior de los cinco rubíes.

VI

El coronel Ponomarev no sabía jugar al póker, y no quería sumarse a los jugadores. Pero al cabo cedió a sus instancias y se sentó con ellos.

Hubo que empezar por enseñarle a jugar, mas aprendió bastante pronto, y media hora después todas las fichas habían ido a parar a sus manos.

—¡Es usted terrible!—le dijo Ana, cómicamente encolerizada—. Ni siquiera nos ha dado usted tiempo para emocionarnos un poco.

Tres invitados—el profesor Spechnicov, el coronel y el vicegobernador, un alemán muy cortés. de pocos alcances y nada ameno—preocupaban sobre todo a Vera; se aburrían y no sabía qué hacer para distraerlos un poco. Por fin organizó, especialmente para ellos, una partida aparte, a la que invitó, como cuarto jugador, al marido de Ana, la que le manifestó su agradecimiento con una guiñadura de ojos imperceptible para los demás, pero que Vera advirtió al punto; de no haberle invitado, hubiera seguido toda la tarde como una sombra a su mujer, aburriéndola con sus miradas amorosas y poniéndola de mal humor.

Así todo marchaba a las mil maravillas. La velada se deslizaba dulcemente y con animación. Se jugaba, se charlaba. El Don Juan Vasiuchok cantaba a media voz, acompañado al piano por Yenny Reiter, canciones populares italianas y canciones orientales de Rubinstein. Su voz, aunque no muy extensa, era de un timbre bastante agradable. Yenny Reiter, pianista de muchas pretensiones, le acompañaba siempre con gusto. Verdad es que, según se decía, Vasiuchok le hacía la corte.

Sentada en el canapé, Ana bromeaba con ei

joven oficial Bajtinsky. Vera se acercó a ellos, y, sonriendo, se puso a escucharlos.

—No, no, hablo muy en serio—decía alegremente Ana, fijando sus provocativos ojos tártaros en el oficial—. No crea usted que sólo los hombres trabajan. ¿En qué consiste su trabajo de ustedes? En correr locamente a caballo, en centaurear ante el escuadrón, mientras que nosotras... Mire usted: acabamos de terminar la lotería de beneficencia. ¡Dios mío, qué horror! Por todas partes la muchedumbre atropellándose, la plebe, los cocheros, los porteros, los... El aire impregnado de humo, gritos, juramentos, lamentaciones, quejas, ¡y todo el día de pie en los quioscos! Ahora tenemos que organizar un concierto a beneficio de los trabajadores intelectuales, después un baile...

—En el que espero que me concederá usted un vals...—dijo Bajtinsky con un gracioso saludo y un sonoro choque de espuelas bajo el sillón.

—Bueno, puede usted contar con él... Pero lo que me preocupa sobre todo es nuestro asilo... Un asilo para los niños viciosos, ¿comprende usted?

—Sí, sí, comprendo. Debe de ser una diversión.

—¿No le da a usted vergüenza tomar a broma cosas así? Como sabe usted, existen niños que han heredado de sus padres muchos vicios, que no han visto sino malos ejemplos... Pues bien, nosotras queremos corregirlos, hacerlos mejores...

—¡Admirable!



—...Elevar su moral, despertar en su alma la conciencia del deber... ¿Comprende usted? Pues bien, figúrese que nos llevan diariamente docenas, centenares de niños, pero... ¡no hay entre ellos niños viciosos! Cuando una les pregunta a los padres si el niño que llevan es vicioso, se creen insultados, ofendidos. Bueno, el asilo se ha abierto, se ha inaugurado solemnemente, todo está dispuesto para recibir a los niños viciosos; pero... ¡no hay ni uno! Y el establecimiento sigue vacío... Sólo queda un medio: anunciar un premio para cada niño vicioso...

—Ana Nicolaievna—interrumpió con tono grave y rendido el oficial—, ¿para qué distribuir premios? Tómenme ustedes a mí como pensionista de asilo. Le garantizo a usted que en el mundo entero no se encontrará un niño más vicioso que yo.

—¡Por Dios, señor! ¡Es imposible hablar con usted de cosas serias!—dijo Ana riendo, derribada la cabeza sobre el respaldo del sofá y brillantes los bellos ojos.

El príncipe Basilio Lvovich, sentado ante una gran mesa redonda, enseñaba a su hermana, al general Asonov y a su cuñado un álbum humorístico que llenaban sus propios dibujos. Los cuatro se reían a carcajadas. Su regocijo atrajo a la mesa a todos los demás invitados que no jugaban a las cartas.

El álbum era a modo de un suplemento ilustrado de los relatos humorísticos del príncipe Basi-

lio, que, con su calma imperturbable, mostraba al público sus dibujos cómicos con leyendas como las siguientes: "Aventuras amorosas del bravo general Anosov, en Turquía, Bulgaria y otros países", "Aventuras pintorescas del príncipe Nicolás en Montecarlo", etc.

—Van ustedes a ver ahora, señoras y señores, la historia breve e ilustrada de nuestra cara hermana Ludmila—dijo el príncipe, dirigiéndole a su hermana una mirada risueña—. Primera parte: la infancia; la niña crecía. Miren ustedes.

En una página del álbum estaba dibujada con rasgos caricaturescos una niñita, toda de líneas quebradas, con dos líneas rectas por piernas y muy separados los dedos de las manos.

—Ahora, la segunda parte: primer amor. Un alumno de la Academia de Caballería, de rodillas ante la heroína, le presenta una poesía escrita por él en su honor, y en la que hay estrofas magníficas, por ejemplo:

"Tu pie gentil y breve me vuelve lelo,
y cuando lo contemplo me elevo al cielo."

He aquí, señores, el pie admirable... Pero no nos detengamos, y continuemos. El dibujo representa al mismo admirador de mi cara hermana, que pretende inspirarle la idea de huir con él. Aquí tienen ustedes la fuga. Aquí pueden ustedes ver las consecuencias lamentables de ese acto: el padre, ardiendo en ira, se lanza tras los fugitivos y los alcanza. El héroe, a quien la cólera del padre llena de espanto, huye bravamente a

todo correr, y se esconde detrás de unos árboles, abandonando a la heroína a su triste destino.

Después el príncipe le mostró al público otra novela en caricaturas: "La princesa Vera y el telegrafista enamorado".

—Este poema conmovedor—dijo—sólo se compone de dibujos; el texto no se ha escrito aún.

—¡Caramba! ¡Esto es nuevo!—dijo el general Anosov—. Yo no lo había visto aún.

—Es la última novedad del mercado literario, señores. ¡La última publicación!

Vera le apoyó suavemente la mano en el hombro.

—Deja eso—le dijo en voz baja.

Pero el príncipe no hizo caso de sus palabras, o no las oyó.

—El comienzo de este poema—siguió diciendo—acaece en los tiempos prehistóricos. Un hermoso día del mes de mayo, una muchacha llamada Vera recibe por correo una carta con dos palomas arrullándose. Aquí las tienen ustedes, señoras y señores. La carta contiene una pomposa declaración de amor, escrita en abierta rebeldía contra toda regla ortográfica, y que empieza con las frases siguientes: "¡Oh, bella rubia! Proceloso mar de llamas agita mi corazón. Tu mirada, como una serpiente venenosa, emponzoña mi alma atormentada", etc., etc. Firma modestamente: "Un pobre telegrafista con sentimientos de caballero, que no se atreve a firmar con su nombre; demasiado modesto, y se limita a poner sus inicia-

les: P. P. G." Hay una postdata que dice: "Tenga la bondad de contestarme a lista de Correos."

El príncipe volvió la hoja y continuó:

—Aquí, señoras y señores, pueden ustedes admirar el retrato del caballero sin miedo y sin tacha, muy bien dibujado con lápices de colores. He aquí el corazón de Vera atravesado por una flecha. Pero como Vera es una muchacha ejemplar y bien educada, le enseña la carta a sus padres y al amigo de la infancia a quien está prometida, el guapo mozo Vasia Chein. Este, vertiendo lágrimas, le devuelve a Vera su anillo de alianza. "No seré yo—le dice—quien turbe tu felicidad; pero te suplico que no obres sin reflexionar antes. No sabes nada de la vida, hija mía, y eres como una mariposa atraída por la luz de la lámpara, mientras que yo... ¡Ay, yo conozco el mundo cruel e hipócrita! Desengáñate: los telegrafistas son unos encantadores pérfidos. Experimentan un enorme placer engañando con su belleza y con su labia a las muchachas para burlarse después de ellas cruelmente." Bueno, señoras y señores—añadió tras una corta pausa el príncipe—; han pasado seis meses. Arrastrada por el torbellino del vals de la vida, Vera ha olvidado a su telegrafista y se ha casado con el joven y hermoso Vasia. Pero el telegrafista no puede olvidarla. Miren ustedes este dibujo: representa al digno héroe, disfrazado de deshollinador, todo negro, que penetra en el cuarto de la princesa. Por todas partes se ven las señales de sus cinco dedos y de sus labios: en los

tapices, en los cojines, en el papel de las paredes, hasta en el suelo... Este otro dibujo lo representa disfrazado de doncella en la cocina de casa. Pero, perseguido por el amor de nuestro cocinero Luca, se ve obligado a huir. En este dibujo aparece en una casa de locos. En este otro, en un convento; los sufrimientos de su amor desgraciado le han hecho renunciar al mundo. Sin embargo, sigue enviándole a Vera todos los días cartas apasionadas. Miren ustedes las huellas de sus lágrimas en las cartas. Al fin muere de pena, no sin antes enviarle a Vera, como recuerdo eterno, dos botones de su uniforme y un frasco lleno de sus lágrimas.

—Señores, el te está servido—anunció Vera Nicolaievna.

VII

El sol se ponía lentamente. La banda de cielo rosada, estrecha como una rendija, que se veía aún en el horizonte, entre una gran nube y la tierra, desaparecía. No tardaron en hacerse invisibles tierra, cielo y árboles. En lo alto brillaban grandes estrellas parpadeantes. El faro lanzaba al cielo una fina columna de luz azulada y proyectaba en él un círculo luminoso y vago.

Las mariposas nocturnas chocaban con las pantallas de cristal de las bujías. El tabaco que florecía en la terraza exhalaba un olor más acre que durante el día.

El profesor Spechnicov, el vicegobernador y el coronel Ponomarev, habían sido llevados a la estación hacía rato, en automóvil, por el marido de Ana.

Los demás invitados estaban sentados en la terraza. Las dos hermanas habían obligado al general Anosov, a pesar de todas sus protestas, a ponerse el gabán y envolverse las piernas en una manta de viaje. Habían colocado al alcance de su mano una botella de "Pommard", su vino preferido, y ambas se habían sentado junto a él, cada una a un lado. Le rodeaban cariñosamente de pequeños cuidados, le llenaban el vaso de vino, le encendían cerillas... El viejo general parecía por completo feliz.

—Sí, ya llega el otoño, chiquitas—decía, mirando, pensativo, la llama de la bujía y sacudiendo la senil cabeza—, el otoño... Se ha acabado el verano. ¡Qué lástima tener que irme! Se estará tan bien aquí, junto al mar, en medio de esta calma...

—¿Y qué le impide a usted quedarse con nosotros?—preguntó Vera.

—No puedo, querida; no tengo derecho a descuidar mi servicio. Yo me quedaría muy gustoso, eso no hay que decirlo... ¡Qué perfume! Adoro el perfume de las flores de otoño..., sobre todo el de las rosas tardías...

Vera cogió de un vasito dos rosas, una rosa y otra escarlata, y se las colocó al general en la solapa del gabán.

—Gracias, Verita.

El anciano bajó un poco la cabeza para respirar el perfume de las flores, y su rostro se iluminó con una sonrisa venerable.

—Recuerdo que una vez..., hace mucho tiempo.. , en Bucarest, donde habíamos entrado, y entre cuyos habitantes nos habíamos instalado, me paseaba por la calle y sentí un fuerte olor a rosas. Me detuve y vi que unos soldados llevaban un magnífico frasco de cristal lleno de esencia de rosas, de la que habían impregnado sus botas y sus fusiles. “¿Qué es eso?”, les pregunté. “Una esencia—me contestaron—; hemos echado una poca en la sopa y le ha dado un sabor muy malo.” Les compré el frasco por un rublo. Aunque sólo quedaba la mitad de la esencia, valía cien lo menos. Los soldados me dijeron que habían encontrado también “una cosa que se parecía a los guisantes turcos, pero negra y no comestible”. Eran granos de café...

—Diga usted, abuelito—preguntó Ana—: ¿ha tenido usted alguna vez miedo en el combate?

—; Claro que sí, hija mía! Si alguien te dice que no ha tenido nunca miedo y que el silbido de las balas es para él una dulce música, no le hagas caso. Es un embustero o un loco. Todos tienen miedo, con la única diferencia de que unos pierden toda su sangre fría y otros se dominan. El miedo es siempre el mismo, sólo que algunos aprenden poco a poco a tener a raya sus nervios. Esos son los que llamamos héroes, valientes... De mí sé decir que una vez tuve un miedo terrible.

—Cuéntenos usted eso—pidieron las dos hermanas.

Los relatos del viejo general las entusiasmaron aún como cuando eran niñas. Ana hasta colocó, a la manera de una niña, ambos codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Existía un encanto particular en los relatos serenos e ingenuos del anciano. Su estilo, un poco tosco, recordaba el de ciertos libros antiguos.

—No es muy largo de contar—dijo—. Era en los Balkanes, en la célebre montaña Chipka, en pleno invierno. Yo estaba ligeramente herido en la cabeza. Vivía con otros tres oficiales en una especie de caverna. Una mañana me sucedió una cosa horrible: me levanté, y de pronto se me antojó que yo no era Jacobo, sino Nicolás. En vano me esforzaba en convencerme de que no era Nicolás, sino Jacobo. Pensé que me había vuelto loco, y empecé a pedir a grandes voces agua fría. Me vertí un cubo en la cabeza, y, al fin, recobré la razón.

—¡Cuántos éxitos amorosos habrá tenido usted! —dijo la pianista Yenny Reiter—. Debe usted de haber sido muy guapo en su juventud.

—¡El abuelo sigue siendo guapo!—protestó Ana.

—Yo no era guapo—contestó con una sonrisa serena el general—; pero gustaba. En Bucarest también me ocurrió una aventura conmovedora. Me alojaron en una casa donde había una muchacha muy linda. Pues bien: desde el primer mo-

mento me enamoré locamente de ella... Mi amor fué como una chispa eléctrica que hubiera pasado por entre nosotros...

Calló y se llevó a los labios el vaso de vino.

—¿Y se le declaró usted?

—Naturalmente; pero... sin palabras... He aquí lo que pasó...

—Abuelito, espero que no nos hará usted ruborizarnos—dijo Ana con una sonrisa picaresca.

—No, no. Nuestra novela fué muy correcta. En Bucarest, el vecindario era muy amable con nosotros. Un día que me puse a tocar el violín, las muchachas acudieron a bailar. Y desde entonces tuvimos baile casi todas las tardes. Una tarde, durante el baile, salí al vestíbulo, adonde poco antes había salido la heroína de mi novela, la joven búlgara, que al verme empezó a hundir las manos en el gran montón de pétalos de rosa secos que suele haber en muchas casas de Bucarest. Yo la abracé, la estreché contra mi corazón y le di mil besos en la boca.

El general calló un instante como para reunir sus recuerdos, y continuó:

—Desde entonces, todas las noches tuve entrevistas con mi amada, junto a la que olvidaba todas mis penas y preocupaciones. Y cuando recibimos la orden de dejar la ciudad, cambiamos un juramento de amor eterno.

—¿Y a eso se redujo todo?—dijo con desencanto Ludmila Lvovna, la cuñada de Vera.

—¿Qué más quería usted, señora?

—¡Vamos! Eso no es una novela, es una sencilla aventura de vivac de un oficial.

—No sé, señora; acaso tenga usted razón. Yo pensaba que aquello era un verdadero amor.

—No diga usted eso. ¿No ha sentido usted en su vida un verdadero amor..., un amor..., en fin, santo, eterno, divino?

—A la verdad, no puedo decírselo a usted—dijo el anciano levantándose del sillón—. Me parece que no. Cuando joven no tenía yo tiempo de eso. Las hazañas de la mocedad, las cartas, la guerra, me absorbían por entero. Se me antojaba en aquel tiempo que iba a ser eternamente joven y pujante, y un día muy triste para mí advertí, de pronto, que era viejo y que no valía ya nada... Y ahora, hijas mías, dejadme irme... Voy a despedirme de todos.

Y dirigiéndose a Bajtinsky, añadió:

—Hace una hermosa noche. Salgamos, si le parece a usted, al encuentro del automóvil.

—¡Yo iré con usted, abuelo!—exclamó Ana.

—¡Y yo también!—manifestó Vera.

Antes de salir, la princesa se acercó a su marido y le dijo en voz baja:

—Ve a mi cuarto... En el cajón de mi mesa verás un estuche de terciopelo rojo con una carta dentro. Léela.

VIII

Ana y Bajtinsky iban delante. A unos veinte pasos de ellos iba el general Anosov, del brazo de Vera. La noche era tan oscura que en los primeros momentos, mientras los ojos no se habituaban a las tinieblas, no se distinguía el camino. Anosov, que a pesar de sus años tenía buena vista, servíale a Vera de guía. De cuando en cuando, acariciaba cariñosamente con su gran mano fría la mano fina de la joven, que descansaba sobre la manga de su abrigo.

—¡Tiene gracia esta Ludmila Lvovna!—dijo de pronto el viejo, como si continuase en alta voz su pensamiento—. En cuanto una mujer pasa de los cincuenta años, se aficiona terriblemente a mezclarse en los amores de los demás, sobre todo si es soltera o viuda, o espía y calumnia, o se complace en hacer felices a los enamorados, o —es el caso más inofensivo— habla a toda hora del amor sublime, ideal... A mi juicio, la gente de nuestra época no sabe amar. Yo no veo ya verdadero amor. No lo veía tampoco en mi juventud.

—¡Vamos, abuelo!—objetó cariñosamente Vera, estrechándole con suavidad la mano—. Se calumnia usted... Usted se casó, luego amó...

—Niego la consecuencia, Verita... ¿Sabes tú cómo me casé? Ella era joven, fresca, y se me figuraba en extremo modesta y tímida. Casi no se atrevía a mirarme; bajaba los ojos, que som-

breaban largas pestañas; se ruborizaba a cada instante. Sus mejillas eran sonrosadas; su cuello, cándido; sus manos, sedosas y tibias. Me parece que la tentación, para un mozo como yo, no era pequeña... Mientras estaba junto a ella, su papá y su mamá vagaban en torno nuestro, nos espían. escondidos detrás de las puertas; me miraba siempre con ojos tristes y devotos de perro. Cuando estábamos tomando el te, ella me tocaba, como sin querer, con la pierna por debajo de la mesa. ¿Te parece poco, chiquita? ¡Sobraba! Era una farsa admirablemente representada, en la que a mí me habían adjudicado el papel de tonto. Un día me presenté a su papá: "Querido Nikita Antonovich, vengo a pedir a usted la mano de su hija. Crea usted que la noble joven...", etc. etc. Naturalmente, el buen papá tenía ya las lágrimas en los ojos, como preparadas de antemano, y se apresuró a cubrirme de besos paternos. "Lo sospechaba ya, querido, hacía mucho tiempo... Dios le bendiga a usted... Prométame guardar bien ese tesoro..." Bueno, a los tres meses, aquel tesoro se paseaba por la casa envuelta en un sucio peñador, en zapatillas, sin medias, con una porción de papelitos en la cabeza para que se le rizara el pelo, y les armaba unos escándalos terribles, dignos de una verdulera, a la cocinera y al ordenanza; coqueteaba impudicamente con mis compañeros, hacía mil cursilerías y ceceaba... En sociedad, no sé por qué, me llamaba "Jacques", de un modo canoro y lánguido: "Ja-a-a-cques". Era derrocha-

dora, falsa, sucia, ávida. En sus ojos se pintaba siempre la mentira... Ahora sólo es para mí un recuerdo; pero entonces... ¡Cuán agradecido le estoy al infeliz actor que se la llevó de mi casa!... Por fortuna, no teníamos hijos.

—¿La ha perdonado usted, abuelito?

—Perdonado... No es ésa la palabra. Los primeros días que siguieron a su fuga yo estaba furioso. Los hubiera matado a los dos, de haberlos encontrado. Después, poco a poco, me calmé, y sucedió a mi furia un desprecio profundo. Y me alegro mucho de no heber vertido sangre inútil. Además, aquello fué para mí una liberación; sin aquel acontecimiento tragicómico, yo hubiera seguido eternamente unido a aquella criatura desleal, sirviéndole de bestia de carga, siendo la cortina ocultadora de sus vicios... ¡No, Verita, más vale así!

—Y no obstante, estoy segura, abuelo, de que usted no ha olvidado aún la ofensa, y..., a eso se debe que sea usted pesimista. Generaliza usted su experiencia personal, y hace mal. Por ejemplo, yo y Vasia, ¿no somos una pareja feliz?

Anosov tardó un poco en contestar, y dijo al cabo con voz fatigada:

—Vuestro caso es una excepción. La mayoría de la gente, ¿para qué se casa? Empecemos por la mujer: le da vergüenza quedarse para vestir imágenes, sobre todo cuando ve casadas a todas sus amigas; no quiere ser una carga para su familia; desea convertirse en ama de casa, en señora independiente; el instinto de la maternidad

y la necesidad de un nido propio la agujonean. En cuanto al hombre, le guían otras razones: la vida de soltero suele acabar por fatigarle, con el desórden de la habitación, las comidas en los "restaurants", la poca limpieza, las colillas esparcidas por todas partes, la ropa blanca rota, las deudas, la conducta desconsiderada de los amigos, etcétera, etc. La vida de familia es mejor, más sana, más económica; además es grato tener hijos para vivir en ellos después de muerto..., una ilusión de inmortalidad... También a veces cree haber encontrado una criatura inocente, santa..., como me pasó a mí. En fin, no pocas veces se deja seducir por la idea de recibir con la mujer una buena dote. ¿Dónde está el amor en todo esto? ¿Dónde está el amor desinteresado, que no busca nada, que no espera recompensa alguna; ese amor del que se dice que es más fuerte que la muerte, ese amor, ¿comprendes?, al que se sacrifica la vida y la libertad, y en aras del cual se está dispuesto a sufrir todos los padecimientos y todos los martirios? Me hablarás de tu Vasia. Yo le quiero mucho. Es un buen muchacho. Quizá con el tiempo tenga ocasión de demostrarte que su amor es verdaderamente grande, dispuesto a todo; pero por ahora... No, el amor de que yo hablo, el verdadero amor, debe ser una tragedia, estar exento de toda preocupación mezquina, práctica.

—¿Ha conocido usted un amor semejante?

—¡No!—respondió el viejo con tono firme—. Es verdad que conozco dos casos que se acercan algo

a tal amor; pero uno de ellos es más bien un caso de estupidez, y el otro es un caso de morbosidad, de anormalidad. Puedo contártelos, si quieres, en pocas palabras.

—Se lo ruego a usted, abuelito.

—Bueno. En un regimiento de nuestra división tenían, naturalmente, un coronel, el cual a su vez tenía una mujer. Esta mujer era muy fea: flaca, huesosa, larga, roja, con una boca enorme. Abusaba terriblemente de los cosméticos y se empolvaba de un modo atroz. Sin embargo, era una verdadera Mesalina: un temperamento fogoso, un volcán de pasión. Autoritaria, altiva, trataba a todo el mundo con un desprecio sin límites. Era una aventurera..., y una morfinómana.

—El retrato es encantador — dijo Vera sonriendo.

—Pues bien: un día fué destinado al regimiento un teniente muy joven, un pipiolo, recién salido de la academia. Al cabo de un mes, la vieja Mesalina se había adueñado completamente de él. El pobre muchacho era su paje, su esclavo, su caballero en las fiestas mudanas. Le llevaba el abanico, el pañuelo; le avisaba y le despedía el coche. ¡Es terrible que un joven puro deposite su primer amor a los pies de una vieja perversa y dominante! Es hombre perdido. El estigma le dura toda la vida.

El viejo general hizo una corta pausa.

—Bueno, a los pocos meses estaba ya cansada de él, y reanudó sus relaciones con uno de sus anti-

guos amantes. Però el pòbre muchacho no podía olvidarla. La seguía siempre como su sombra. Se puso delgado, languideció. Hablando en estilo elevado, llevaba la muerte en el alma. Los celos le atormentaban atrocemente, y se pasaba noches enteras bajo la ventana de la Mesalina. Un día se organizó en el regimiento una jira, y, como ocurre siempre en esos casos, se bebió bastante. Ya de noche, los excursionistas volvían a pie a la ciudad. De pronto, un tren de mercancías apareció ante ellos subiendo lentamente una cuesta muy pina. Cuando el tren estuvo muy cerca, la Mesalina le dijo al oído al joven oficial: "Usted está hablándome siempre de su gran amor, y si yo le mandase que se tirase bajo el tren, no lo haría usted." Y él, sin contestar una palabra, echó a correr y se dejó caer en la vía de modo que el tren al pasar le dividiese en dos; pero un idiota intentó salvarle, y el loco, rechazándole, se asió a un riel con entrambas manos, y, naturalmente, las ruedas del tren se las cortaron.

—¡Qué horror!—exclamó Vera.

—Excuso decirte que tuvo que dejar el servicio. Los compañeros le dieron dinero para que se marchase, pues no podía permanecer en la ciudad después de aquel drama. Se había perdido por completo. No siéndolo posible ganarse la vida, se dedicó a la mendicidad... Después supe que había muerto helado a orillas del Neva.

Vera suspiró.

Hubo una breve pausa.



—Conozco también otro caso más triste aún —dijo el general—. En él la heroína es joven y bella, pero perversa como la del anterior. Se conducía como una verdadera prostituta. No éramos rigurosos en demasía en lo tocante a las pequeñas intrigas de amor; pero aquello pasaba de castaño obscuro. El marido se percataba de todo, y no se inmutaba. Cuando los amigos aludíamos a la conducta de su mujer, respondía: “¡No importa! Yo no me meto en nada. Con tal de que Elenita sea feliz...” ¡Imbécil! Ultimamente ella se puso en relaciones con un joven teniente llamado Vichniakov, de la misma compañía. Y vivían en una especie de matrimonio trilateral, como si fuera la cosa más natural del mundo. Nuestro regimiento no tardó en recibir orden de marchar al teatro de la guerra. Nuestras mujeres fueron a despedirnos a la estación. Ella salió también, y era un espectáculo vergonzoso verla abrazar con efusión a su teniente ante todos los circunstantes, sin hacer caso de su marido, a quien le gritó cuando estábamos ya en el tren: “Ten cuidado de Volodia—tal era el nombre de su amante—. Si le ocurre alguna desgracia, no volverás a verme nunca.”

—¿Y el marido se sometía a todo?—preguntó Vera.

—Sí. Y, sin embargo, era un hombre de corazón, valiente, intrépido. Hacía milagros en los campos de batalla. En un combate lanzó a su compañía catorce veces al asalto de una posición tur-

ca, y de doscientos hombres sólo le quedaron catorce, a los que, herido y todo, continuó mandando. Pero su mujer era para él un ser superior, y por serle agradable aceptaba todas las humillaciones. Cuidaba como una madre al tenientillo, le abrigaba con su propio capote para que no se enfriase, le reemplazaba en el servicio mientras jugaba a las cartas. Pero Vichniacov contrajo unas fiebres tifoideas y falleció en el hospital. Aunque me dé vergüenza, he de confesarte que a todos nos regocijó la noticia...

—¿Y las mujeres? ¿Ha encontrado usted mujeres que sepan amar con amor verdadero?

—¡Oh, sí! Y te diré más: estoy seguro de que la mujer es capaz, por amor, de grandes sacrificios. El instinto de la maternidad la impulsa hasta al heroísmo. Cuando ama, el amor es para ella toda la vida, todo el universo. No tiene ella la culpa de que el amor se haya convertido en una cosa tan trivial, en un pasatiempo. La culpa la tienen los hombres, que, a los veinte años, ya tienen el alma gastada y son incapaces de grandes pasiones, de heroísmos en aras del amor, que no saben lo que es el verdadero cariño, la verdadera ternura, y la adoración de la mujer. Se nos asegura que en los tiempos antiguos los hombres sabían amar. Tal vez. Al menos, los espíritus selectos de la humanidad—los poetas, los novelistas, los artistas—han soñado siempre con el verdadero amor. Hace poco he leído la historia de Manon Lescaut... ¡Qué conmovedora es! Te confieso que

he llorado, leyéndola, como un niño. ¿No es verdad, querida, que toda mujer sueña en el fondo de su corazón con un amor ideal, sublime, dispuesto a todos los sacrificios, tierno y suave?

—¡Oh, sí, abuelo!

—Y cuando no lo encuentra se venga. Quizá dentro de treinta años... Yo no lo veré ya, pero tú lo verás aún... Dentro de treinta años, estoy seguro, las mujeres representarán un papel enorme en el mundo. Gozarán de un poder formidable. Se vestirán como ídolos indios. Nos tratarán con desprecio, como a seres inferiores, como a esclavos. Sus caprichos y sus deseos insensatos serán para nosotros leyes que nos veremos forzados a acatar. Y obedecerá todo a que no sabemos apreciar y respetar el amor. Será la venganza de las mujeres.

El viejo calló un instante, y preguntó de pronto:

—Dime, Verita, si no te molesta, ¿qué historia es ésa del telegrafista de que hablaba antes tu marido? Naturalmente, habrá exagerado mucho las cosas, según su costumbre; pero supongo que algunas serán verdaderas.

—¿Le interesa a usted?

—Sí. Pero si te es desagradable...

—¡Qué ha de serme! Se lo contaré a usted todo con mucho gusto.

Y Vera le contó al general, con todo lujo de detalles, la historia de un loco que desde dos años antes de su matrimonio la perseguía con su amor.

Ella no le había visto nunca, y ni siquiera le

conocía de nombre, pues se limitaba a escribirle, firmando sus iniciales, G. S. Y., y una vez le había escrito que era empleado público, sin mencionar el telégrafo. Debía de vigilarla sin cesar, pues le decía en sus cartas dónde pasaba las tardes, en qué compañía y con qué "toilette". Sus cartas, al principio, eran algo vulgares, llenas de protestas de amor, aunque muy respetuosas. Pero una vez ella le escribió—era un secreto para todos—rogándole que diese fin a sus declaraciones. Desde entonces no le había escrito sino raras veces—en Pascua, en Año Nuevo, el día de su cumpleaños—, y sin hablarle de amor.

Vera le contó al general que acababa de recibir un brazalete acompañado de una carta.

—Sí—dijo Anosov cuando ella acabó su relato—, es posible que no se trate sino de un maniático, de un anormal; pero... ¿quién sabe? Puede también que sea un verdadero amor ideal que hayas encontrado en tu camino, ese amor con que sueñan siempre las mujeres, y de que no son capaces los hombres... Pero me parece que veo acercarse unas linternas. Debe de ser el automóvil.

En aquel instante, en efecto, dos linternas de acetileno iluminaron el camino, y el silbido agudo de una sirena horadó el silencio de la noche.

El marido de Ana llegaba.

El general se despidió:

—Hasta la vista, Verita. Ahora vendré con más frecuencia.

El automóvil dejó a Vera en su casa y volvió a partir conduciendo al viejo general, a Ana con su marido y al teniente Bajtinsky.

IX

Vera subió, malhumorada, a la terraza, y entró en la casa. Desde lejos oyó la penetrante voz de su hermano Nicolás y le vió pasearse nerviosamente. Su marido, Basilio Lvovich, estaba sentado junto a la mesa, baja la gran cabeza rubia y rapada.

—¡Hace mucho tiempo que vengo diciéndolo! —gritaba Nicolás con acento de enojo—. ¡Hace mucho tiempo que insisto en que se les debe poner fin a esas cartas imbéciles! Ya antes de que Vera se casara contigo os divertíais con las cartas de ese telegrafista, no viendo en ellas sino el lado cómico... A propósito; aquí está Vera.

Se volvió a su hermana y continuó:

—Hablábamos, Verita, de tu telegrafista, que no deja de perseguirte. A mí me parece inadmisibile esa correspondencia.

—No hay tal correspondencia—rectificó fríamente el príncipe—. Sólo escribe él. Vera no toma parte.

Vera se ruborizó y se sentó en el canapé, a la sombra de las plantas.

—Perdón, no me he expresado bien—dijo Nicolás.

—Y no comprendo por qué le llamas “mi telegrafista”—objetó Vera, animada por el apoyo de su marido—. No tienes ningún motivo para eso.

—Perdón otra vez. Sólo quiero decir que hay que poner fin, cueste lo que cueste, a esas tonterías. Creo que el asunto toma un sesgo más grave, y que no podéis ya contentaros con bromas y caricaturas. Creed que lo único que me preocupa es tu buen nombre, Vera, y el tuyo, Basilio Lvovich.

—Sí; pero me parece que tomas la cosa muy por lo trágico—dijo el príncipe.

—Tal vez. Vosotros estáis abocados a ponerlos en una situación ridícula.

—¿Cómo?—preguntó el príncipe.

—Pues muy sencillamente. Figúrate que...—Nicolás cogió de la mesa el estuche con el brazalete y lo dejó de nuevo en su sitio con un gesto de desagrado—que este objeto monstruoso se queda aquí o lo tiramos o se lo damos a la doncella. El telegrafista puede vanagloriarse ante todo el mundo de que la princesa Vera Nicolaievna Cheina acepta sus regalos, y animarse, además, para hacerle otros. Acaso mañana le envíe una sortija de brillantes, y pasado un collar de perlas, y el mejor día sea detenido por robo o por desfalco. Entonces los príncipes Chein figurarían en el proceso entre los testigos... ¡Sería precioso!

—¡No; hay que devolver ese brazalete!—exclamó el príncipe.

—Soy de tu opinión—dijo Vera—. Y hay que devolverlo lo más pronto posible. Pero ¿cómo lo haremos no sabiendo la dirección?

—¡Eso es lo de menos—dijo Nicolás—. Nosotros conocemos sus iniciales...

—Sí: G. S. Y.

—Muy bien. Sabemos además que es telegrafista. No necesitamos más señas. Mañana, en la Guía Oficial, buscaré un telegrafista con esas iniciales. O si no, llamaré a un agente de policía y le mandaré que me lo encuentre. Para facilitar las indagaciones utilizaré este papelito escrito por él. En fin, mañana al mediodía sabré con exactitud el nombre y la dirección de ese caballero, hasta las horas en que se le puede hallar en su casa. Y una vez enterados de todo eso, no sólo podremos devolverle el tesoro, sino tomar algunas medidas eficaces para que no nos moleste más.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó el príncipe.

—Visitar al gobernador y rogarle...

—No, eso no. Ya sabes lo tirante de nuestras relaciones con el gobernador, que se alegraría mucho y nos cubriría de ridículo.

—Bueno, entonces visitaré al coronel de la gendarmería, de quien soy muy amigo, y le rogaré que llame a ese telegrafista y le amenace con el dedo. Ya sabes que lo hace de un modo muy artístico. Metiéndole el dedo por los ojos al inculpaado y agitándolo furiosamente, grita: "¡No estoy dispuesto a consentir esas marranadas!"

—¡Oh, mezclar a los gendarmes!—exclamó Vera con un gesto de repugnancia.

—Tienes razón, Vera—aprobó su marido—; más vale no mezclar a nadie en este asunto. Empezarían a murmurar, a fantasear. Prefiero visitar yo mismo a ese joven—. ¿O acaso no será ya joven? Tal vez sea un señor de sesenta años... Es lo mismo, le visitaré, le devolveré el brazalete y le haré ver lo inconveniente de su conducta.

—¡Yo iré contigo!—le interrumpió bruscamente Nicolás—. Eres demasiado suave. Déjame a mí hablarle... Y ahora, amigos míos, permitidme que me vaya a mi cuarto. Tengo todavía que leer dos legajos.

Consultó su reloj y se dirigió a la puerta.

—No sé por qué, pero me da lástima ese desgraciado—dijo Vera con acento de indecisión.

—¡Haces mal en compadecerle!—contestó Nicolás—. No se lo merece. Si un hombre de nuestro círculo se hubiera permitido una cosa semejante, tu marido le hubiera provocado un duelo. Y si no lo hubiera hecho él, lo hubiera hecho yo. Con tu telegrafista, naturalmente, no podemos batirnos. En otra época me hubiera limitado a ordenar a la servidumbre que se lo llevase a la cuadra y le diesen unos centenares de vergajazos...

Y volviéndose a su cuñado, añadió:

—Espérame mañana en tu despacho; te telefonaré el resultado de mis indagaciones.

X

La escalera estaba sucia; olía a ratones, a gatos, a petróleo y a ropa mojada.

En el sexto piso el príncipe se detuvo.

—Espera un poco—le dijo a su cuñado—. Voy a descansar un instante... ¡Está muy mal, querido, lo que vamos a hacer!

Subieron aún algunos escalones, y se encontraron, por fin, ante la puerta que les habían indicado. La obscuridad era tan grande que Nicolás tuvo que encender unas cuantas cerillas para asegurarse de que no se habían equivocado de número.

Cuando sonó la campanilla, la puerta se abrió y apareció en el umbral una mujer gruesa, canosa y con gafas. Su cuerpo hallábase encorvado, al parecer, por una enfermedad.

—¿El señor Yeltkov, está en casa?—preguntó Nicolás.

La mujer dirigió una mirada inquieta a los dos hombres. Su exterior correcto pareció tranquilizarla.

—Sí, está en su cuarto. Tengan ustedes la bondad de pasar. La primera puerta a la izquierda.

El príncipe dió tres sonoros golpes en la puerta indicada.

Se oyó un ligero movimiento, y luego una voz débil, que dijo:

—¡Adelante!

La habitación, casi cuadrada, era baja de techo, pero espaciosa. La iluminaba débilmente la luz que penetraba por dos ventanitas redondas semejantes a las de los barcos. Toda ella, en conjunto, parecía un camarote de un buque mercante. Junto a una pared había una cama muy estrecha; junto a otra, un amplio canapé cubierto con un magnífico y viejo tapiz persa; en medio, una mesa con un tapete bordado a la ucraniana.

En los primeros momentos, los dos visitantes apenas distinguieron la fisonomía del dueño de la habitación, que se hallaba vuelto de espaldas a la luz, y se frotaba, confuso, las manos. Era alto, delgado, de larga cabellera rubia.

—Si no me engaño, usted es el señor Yeltkov —inquirió con acento altivo Nicolás.

—Sí. Servidor de usted. Tengo mucho gusto en conocerle. Permítame presentarme.

Yeltkov dió dos pasos en dirección a Nicolás con la mano terdida. Pero el fiscal, como si no la hubiera visto, se volvió al príncipe Chein.

—¿Ves? ¿No te decía que no me engañaba?

Yeltkov, con sus dedos agudos y largos, comenzó a abotonarse y desabotonarse la americana. Al cabo logró dominarse, y señalando al canapé y saludando torpemente, trabajosamente, con voz débil, dijo:

—Les ruego a ustedes que tomen asiento.

Ya los visitantes distinguían su fisonomía. Era muy pálido, de rostro delicado como el de una muchacha, y barbilla infantil con un agujerito en

medio. Se le podía suponer entre los treinta y los treinta y cinco años.

—¡Muchas gracias!—dijo sencillamente el príncipe, que le miraba con atención.

—¡Gracias!—dijo a su vez, pero más secamente, Nicolás.

Y ni uno ni otro se sentaron.

—No venimos sino por algunos minutos—empezó Nicolás—. Este señor es el príncipe Basilio Lvovich Chein, presidente de la nobleza de la región; yo soy el fiscal sustituto, Nicolás Nicolaievich. El asunto de que voy a tener en seguida el honor de hablar a usted nos concierne al príncipe y a mí, o, más bien, a la esposa del príncipe, es decir, mi hermana.

Yeltkov, terriblemente confuso, se dejó caer en el canapé, y balbuceó con los labios mortalmente pálidos:

—¡Les ruego a ustedes, señores, que se sienten!

Luego, recordando quizá que les había ya hecho, sin éxito, tal proposición, se levantó bruscamente, corrió a la ventana y volvió al mismo sitio. Sus manos, nerviosas, inquietas, ya tocaban los botones de su americana, ya su bigote rubio, ya su rostro.

—¡Estoy a las órdenes de vuestra excelencia!—dijo al fin, con voz sorda, dirigiéndole al príncipe miradas suplicantes.

Pero el príncipe callaba. Quien tomó la palabra fué su cuñado.

—Ante todo—dijo—, permítame usted que le devuelva su regalo.

Sacó de su bolsillo el estuche con el brazaletes, y lo puso cuidadosamente sobre la mesa.

—Este brazaletes hace, sin duda, honor a su gusto de usted; pero le rogamos encarecidamente que tales... sorpresas no se renueven.

—Les ruego a ustedes que me perdonen... Harto se me alcanza la incorrección de mi conducta—balbució Yeltkov, con los ojos bajos y poniéndose colorado—. ¿Puedo permitirme, señores, ofrecer a ustedes una taza de te?

—Celebro mucho, señor Yeltkov—continuó Nicolás, fingiendo no haber oído las últimas palabras—ver que es usted un hombre bien educado, un "gentleman" capaz de comprender una insinuación. Estoy seguro de que nos pondremos inmediatamente de acuerdo. Usted persigue a la princesa Vera Nicolaievna hace siete u ocho años, ¿no es eso?

—Sí—respondió Yeltkov suavemente, bajando los ojos ante aquel nombre sagrado para él.

—Y hasta ahora no hemos tomado ninguna medida contra usted; aunque no se le ocultará que no sólo nos asiste el derecho, sino que tenemos el deber de tomarla, ¿verdad?

—Sí.

—Pero su último acto de usted, el envío de este brazaletes, ha traspasado los límites de nuestra paciencia. ¿Comprende usted? Nuestra paciencia se ha agotado. No le ocultaré a usted que nuestro

primer pensamiento ha sido... recurrir a la autoridad; pero no lo hemos hecho, y me alegro, al ver, lo repito, que es usted un "gentleman", un hombre bien nacido...

—Perdón, ¿ha dicho usted...—preguntó de pronto Yeltkov echándose a reír—ha dicho usted que tenía la intención de recurrir a la autoridad? ¿No es eso? ¿Es eso lo que ha dicho usted?

Se metió las manos en los bolsillos, se repantigó en el extremo del canapé, sacó después un cigarrillo y lo encendió.

—¿Con que ha dicho usted que su intención era dirigirse a la Policía?... Perdóneme, príncipe, que me haya sentado. Bueno; puede usted continuar, señor.

El príncipe acercó la silla a la mesa y se sentó también. Miraba atentamente, con profunda curiosidad, a aquel hombre extraño.

—Y tenga usted en cuenta, querido, que dicha medida queda siempre a nuestra disposición—dijo con una sonrisa insolente Nicolás—. Su conducta de usted constituye una verdadera irrupción en una casa honorable...

—Permítame que le interrumpa...

—¿No, déjeme usted hablar!—gritó casi groseramente el fiscal sustituto.

—Como usted quiera. Hable, le escucho. Pero quisiera decirle algunas palabras al príncipe Basilio Lvovich.

Y sin hacer caso de Nicolás, Yeltkov se dirigió al príncipe:

—Este es el momento más penoso de toda mi vida. Es necesario, príncipe, que yo le hable a usted francamente y por encima de todas las conveniencias sociales. ¿Quiere usted escucharme?

—Le escucho a usted—contestó el príncipe.

Y advirtiendo que su cuñado manifestaba de nuevo la intención de hablar, le dijo con tono de impaciencia:

—¡Pero cállate, Kolia, deja hablar!

Durante algunos instantes, Yeltkov respiró trabajosamente, como si se ahogase, y luego, como si se lanzase de una montaña al fondo de un abismo, comenzó a hablar de una manera apresurada, sin mover apenas los labios, cuya mortal palidez no había desaparecido.

—Es difícil, príncipe, dirigirle a un hombre unas palabras tan fuera de lo usual como... “Amo a su mujer de usted”. Pero siete años de un amor desesperado... y muy correcto, me dan, me atrevo a decirlo, cierto derecho. Confieso que al principio, cuando Vera Nicolaievna era todavía soltera, tuve la audacia de escribirle algunas cartas estúpidas, y hasta de esperar contestación. Confieso también que mi último acto, el envío del brazalete, ha sido más estúpido aún. Pero... le miro a usted a los ojos, y veo que me comprende usted... Siento que nunca tendré fuerzas para dejar de amarla... Dígame usted, príncipe, dígame francamente qué haría usted para poner fin a... mi sentimiento. Usted podría, por ejemplo, conseguir que me expulsaran

de la ciudad, como ha dicho Nicolás Nicolaievich; pero eso no me impediría seguir amándola. Usted podría meterme en la cárcel; pero desde allí también podría yo, de vez en cuando, darle muestras de mi existencia. Como ve usted, esas medidas serían inútiles. Sólo queda un remedio: que yo desaparezca de la vida. Y yo estoy dispuesto a morir. Acepto la muerte en la forma que a usted le plazca.

—En vez de ir al grano—dijo Nicolás poniéndose el sombrero—, estamos hablando de exquisiteces sentimentales. Y, sin embargo, la cuestión es bien clara: se le propone a usted el dilema de renunciar definitivamente a la persecución de la princesa, o atenerse a las consecuencias de su tenacidad, dada nuestra posición, nuestras relaciones, etc., etc.

Yeltkov ni le miró siquiera, aunque oyó sus palabras. Dirigiéndose siempre al príncipe, preguntó:

—¿Me permite usted salir diez minutos? No se lo oculto a usted: quiero hablar por teléfono con la princesa Vera Nicolaievna. Le prometo a usted referirle nuestra conversación tan al detalle como me sea posible.

—Vaya usted—dijo Chein.

Cuando el príncipe y su cuñado se quedaron solos, Nicolás, encolerizado, protestó:

—¡Es imposible! ¡Es inadmisibile! En lugar de dejarme, como te he rogado, arreglar este asunto, entablas con este insensato un diálogo sentimen-

tal, le permites que hable de su amor... ¡Yo hubiera terminado en dos palabras la cuestión!

—Espera—dijo el príncipe—. En seguida va a aclararse todo. Yo sólo te puedo decir que al verle ante mí, al mirar su rostro, no dudo un momento que este hombre es incapaz de mentir, que este hombre es sincero. Y, en efecto, Kolia, hazte cargo: ¿tiene él la culpa de amar así? ¿Se puede dominar un sentimiento de ese género?

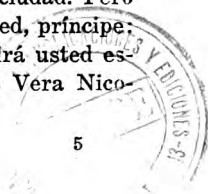
Calló un instante y añadió:

—Le compadezco con toda mi alma. Advierto que me hallo ante una profunda tragedia espiritual que me inspira respeto.

—¡Decadencia pura!—dijo Nicolás.

Al cabo de diez minutos volvió Yeltkov. Sus ojos brillaban y parecían aún más profundos; se diría que los inundaban lágrimas invisibles. Se veía que el joven había olvidado por completo las conveniencias y no ponía ya cuidado en su modo de conducirse ante la gente. El príncipe comprendió su estado de alma.

—Bueno, estoy dispuesto—dijo Yeltkov—. Desde mañana no oirá usted hablar más de mí. Podrá usted considerarme como muerto. Supongamos que he cometido un delito; por ejemplo: un desfalco, que me obliga a huir de la ciudad. Pero pongo una condición... Le hablo a usted, príncipe; pongo una sola condición: me permitirá usted escribirle por última vez a la princesa Vera Nicolaievna.



—¡No! ¡Hay que acabar de una vez para siempre!—gritó Nicolás—. ¡Nada de cartas!

—Bueno, puede usted escribir—dijo el príncipe con dulzura.

—Se acabó, pues—manifestó Yeltkov con una sonrisa extraña—. No volverá usted a oír hablar de mí, y, naturalmente, no volverá a verme. La princesa Vera Nicolaievna no quería al pronto hablar conmigo. Cuando le he preguntado si me permitía quedarme en la ciudad para verla, aunque fuera muy de tarde en tarde, sin importunarla, como es natural, con mi presencia, me ha contestado: “¡Si supiera usted hasta qué punto me molesta esta historia! Le ruego que la acabe lo más pronto posible.” Bueno, voy a acabarla. Me parece que he hecho cuanto he podido hacer...

Por la noche, de vuelta en la casa de campo, el príncipe Basilio Lvovich le contó a su mujer todos los detalles de su entrevista con Yeltkov. Creía de su deber hacerlo.

Vera, aunque muy turbada por el relato, no manifestó asombro alguno.

Cuando, más tarde, su marido fué a su habitación, contestó con un obstinado silencio a todas sus preguntas. Luego, de pronto, se volvió hacia la pared y dijo:

—Déjame. Estoy segura de que ese hombre va a matarse.

XI

La princesa Vera Nicolaievna nunca leía periódicos, porque le ensuciaban las manos y porque su lenguaje le parecía demasiado obscuro y casi no lo entendía.

Pero quiso el destino que abriera uno precisamente por la plana donde se leía el siguiente suelto:

“Muerte misteriosa. Ayer tarde, a las siete aproximadamente, puso fin a sus días el telegrafista G. S. Yeltkov. Su trágica resolución, según explica en una carta, obedeció a una malversación de fondos del Estado.”

Vera se quedó aterrada.

“Yo presentía—pensó—este fin trágico... ¿Era amor, o locura?”

Se pasó todo el día paseando por el jardín; su turbación creciente no le permitía estarse quieta. Pensaba sin cesar en aquel hombre desconocido, a quien nunca había visto ni vería ya nunca.

“Acaso hayas encontrado en tu camino un verdadero amor, dispuesto a todos los sacrificios”, recordó que le había dicho el general Anasov.

A las seis de la tarde, el cartero dejó una carta para ella. Vera reconoció en seguida la letra de Yeltkov. Con una ternura que la sorprendió rompió el sobre. He aquí lo que le escribía Yeltkov:

“No tengo yo la culpa, Vera Nicolaievna, de que Dios haya querido inspirarme como una felicidad inmensa el amor a usted. No sé por qué, pero nada me interesa en la vida: ni la política, ni la ciencia, ni la filosofía, ni la idea de hacer feliz a la humanidad. Así es que mi vida entera estaba reconcentrada en usted.

Advierto ahora que yo había entrado en su vida de usted como una cuña aguda y molesta. Si puede usted, perdóneme. Hoy parto y no volveré nunca, y nada ya la hablará a usted de mí.

Le estoy a usted infinitamente agradecido por el mero hecho de existir. He sondeado cuidadosamente mi alma, y puedo asegurar que no es una locura, una idea fija lo que la turba, sino el amor en que Dios la ha inflamado para hacerme feliz.

Harto se me alcanza que soy un ser ridículo a sus ojos de usted y a los de su hermano Nicolás Nicolaievich. Al partir, le doy a Dios ardientes gracias por todo.

Hace ocho años que la vi a usted en un palco del circo, y en seguida me dije: *La amo porque no hay nada en el mundo que se le parezca y porque es más bella que todas las demás criaturas del mundo. En ella se encarna toda la belleza de la tierra. ¿Qué puedo hacer? ¿Huir? ¿Trasladarme a otra ciudad? No serviría de nada; mi corazón seguiría siempre lleno de usted, a sus plantas; todos los momentos de mi vida estarían ocupados por su recuerdo de usted; mis pensamientos, mis sueños, estarían consagrados a usted.*

Me hace enrojecer de vergüenza el estúpido envío del brazalete. Ha sido una grave inconveniencia. Me imagino lo que se habrán reído ustedes cuando haya llegado el regalo.

Dentro de diez minutos parto; sólo me queda el tiempo de ponerle un sobre a esta carta y echarla al buzón, pues no quiero confiársela a nadie. Quémela usted. Tengo la chimenea encendida, y estoy viendo quemarse en ella cuanto me es caro: su pañuelo de usted, que—lo confieso—le robé un día que se lo dejó usted olvidado en una silla al irse del Club; la cartita en que me prohibía usted escribirle, y que yo cubrí de besos locos; el programa que dejó usted caer al salir de la exposición de Bellas Artes... Todo se acabó. Todo lo he echado al fuego.

Estoy casi seguro de que alguna vez se acordará usted de mí. Si, en efecto, se acuerda, aunque sea un instante, tenga la bondad de tocar la sonata de Beethoven Son. N. 2, op. 2. Sé que es usted muy filarmónica y que no falta a ningún concierto donde se interpreta a Beethoven.

No sé cómo acabar esta carta. De todo corazón le doy a usted las gracias por haber sido mi única alegría, mi único consuelo, mi única fuente de felicidad. Que Dios se la dé a usted muy grande sobre la tierra, y que nada mezquino ni efímero turbe su hermosa alma.

Le besa a usted las manos,

G. S. Y."

Vera entró en el cuarto de su marido, con los ojos rojos de llanto, y después de enseñarle la carta le dijo:

—No quiero ocultarte nada: siento que algo terrible ha entrado en nuestra vida. Tú y Nicolás debéis de haber cometido algún error en vuestra entrevista con este desgraciado...

El príncipe leyó atentamente la carta, la dobló con cuidado, y, tras un largo silencio, dijo:

—No me cabe duda de que este hombre era sincero.

—¿Ha muerto?—preguntó Vera.

—Sí, ha muerto. Estoy seguro de que te amaba con un verdadero amor. No era un loco. Cuando estuve en su casa pude estudiar su rostro, sus gestos, sus movimientos, y adquirí la convicción de que estaba en ti toda su vida. Me parecía asistir a un terrible drama, no soportable por un hombre. Casi me parecía verle ya muerto. Yo no sabía qué decirle ni qué hacer...

—Oye, querido—le interrumpió Vera—, si me lo permites, iré a la ciudad a verle.

—Te lo ruego, Vera.

XII

Vera Nicolaievna dejó su coche en una calle próxima a aquella en que vivía Yeltkov.

Como sabía la dirección, encontró con facilidad su alojamiento.

La mujer gruesa y enferma le abrió la puerta y preguntó:

—¿A quién busca usted, señora?

—Al señor Yeltkov.

La "toilette" de Vera y su tono un poco imperioso debieron de impresionar a la mujer, que contestó:

—Tenga usted la bondad de entrar. La primera puerta a la izquierda. ¡Pobre desgraciado! ¡Qué fin tan trágico! Y la desgracia que le había ocurrido era reparable: había malversado fondos del Estado; pero eso no valía la pena de que se suicidase. Debía habérmelo dicho. Aunque no soy rica y sólo vivo de lo que me pagan mis huéspedes, sin embargo..., siempre hubiera podido encontrar seiscientos a setecientos rublos para que él llenase la laguna... ¡Si supiera usted qué bueno era! Llevaba ocho años en casa, y yo le consideraba como mi propio hijo...

Vera se sentó en una silla que había en el recibidor.

—Su difunto huésped era amigo mío—dijo—. Cuénteme algo de él, de sus últimos días, de sus últimas palabras...

—Mire usted, señora: ayer tarde vinieron dos caballeros... Tuvieron con él una larga conversación. Me dijo que le ofrecían la plaza de gerente de una gran empresa; salió a hablar por teléfono y volvió muy contento. Cuando se fueron los dos señores, se puso a escribir una carta y fué a echarla después al correo. A los pocos minutos de

su vuelta, oímos algo como el disparo de un revólver de juguete y no hicimos caso. A las siete de la tarde tomaba siempre el te. La doncella que se lo llevaba llamó a la puerta, y viendo que no contestaban, nos asustamos atrozmente. Descerrajada la puerta, lo encontramos muerto...

—¡Cuénteme usted algo del brazalete!—suplicó Vera.

—¡Ah, sí, se me había olvidado! ¿Cómo lo sabe usted?... Antes de escribir la carta entró en mi cuarto y me preguntó: “¿Es usted católica?” “Sí”, le dije. “Entonces—continuó—muy bien: ustedes los católicos tienen la buena costumbre de engalanar la imagen de la Santísima Virgen con sortijas, collares y toda clase de joyas. Hágame usted la merced de ponerle este brazalete.” Naturalmente, se lo prometí.

—Yo quisiera verle. ¿Sería posible?—preguntó Vera.

—¿Por qué no? Por aquí, la primera puerta a la izquierda. Querían llevarse el cuerpo a la clínica para hacerle la autopsia; pero su hermano se ha opuesto... Tenga la bondad de pasar.

Vera hizo acopio de toda su presencia de ánimo y abrió la puerta.

En la habitación olía a incienso. Había tres velas encendidas. En medio, sobre una mesa, yacía Yeltkov. Su cabeza descansaba en una almohadita muy baja. Había algo solemne en sus ojos cerrados. Sus labios apretados conservaban una sonrisa feliz y tranquila, como si hubiera descu-

bierto al morir un misterio profundo y dulce que aclarase toda su vida. Vera había visto la misma expresión de paz y de dicha en las mascarillas de Puckiny, de Napoleón.

—¿Quiere usted que la deje sola?—preguntó la buena mujer en voz baja.

—Sí... Luego la llamaré a usted...

Cuando se quedó sola, Vera sacó del bolsillo de su corpiño una gran rosa roja; levantó un poco la cabeza del cadáver y colocó la flor debajo.

En aquel instante comprendió que el amor verdadero, ideal con que sueñan todas las mujeres, estaba sepultado en el fondo de aquel corazón muerto. Y se acordó de las palabras del viejo general Anosov, que le hablaba de un amor único, sublime, dispuesto a todos los sacrificios.

Apartando con ambas manos los cabellos de la frente del muerto, oprimió sus sienes y le dió en la frente fría y húmeda un cariñoso beso.

Cuando se marchaba, le dijo la buena mujer:

—Veo que ha sentido usted sinceramente la muerte del infeliz. Mire usted, el señor Yeltkov, poco antes de su suicidio, me dijo: "Si yo me muriese—lo que le puede suceder a todo el mundo—, y una señora viniese a verme, dígame usted que la mejor obra de Beethoven es..."

Se registró el bolsillo y sacó un papelito.

—Aquí está... Me lo apuntó ex profeso... Mire usted.

—A ver...—dijo Vera alargando la mano.

Pero las fuerzas le faltaron de pronto y se dejó caer en la silla llorando.

—Le pido a usted perdón... ¡Es tan doloroso! Tengo el corazón oprimido...

Y al través de las lágrimas, la princesa leyó las palabras siguientes: "L. van Beethoven. Son. N. 2, op. 2. Largo apassionato."

XIII

Vera Nicolaievna volvió a su casa muy tarde, y se alegró mucho de que ni su marido ni su hermano se encontrasen allí. Quien la esperaba era la pianista Yenny Reiter. Turbada, conmovida, Vera corrió hacia ella, y besando sus bellas y largas manos, exclamó:

—¡Querida Yenny, toca algo!

Y en seguida salió al jardín y se sentó en un banco, muy cerca de la ventana abierta para escuchar la música.

—¿Qué quieres que toque?—preguntó Yenny.

—La sonata de Beethoven N. 2, op. 2. Largo apassionato.

Un instante después resonaban en el jardín los acordes admirables, únicos por su profundidad.

Conmovidísima, Vera escuchaba, con los ojos cerrados. Le parecía que los sonos dulces y emocionantes de aquella sonata contaban la historia de una vida gustosamente sacrificada en aras del amor, sin una queja, sin un reproche. Hasta le parecía oír las palabras que los acompañaban:

“No temo a los sufrimientos ni a la muerte, y antes de morir canto tu gloria, hermosa mía.

Recuerdo cada uno de tus movimientos, recuerdo tu voz, tu sonrisa, y esas añoranzas son dulces cual la puesta de sol de una tarde de mayo. Mas no quiero que sufras, y me voy de la vida. Dios lo quiere así.

En mi último instante, a ti vuelan todas mis plegarias. La vida podría ser bella para mí, pero es preciso que me vaya. ¡Cállate, pobre corazón, es preciso!

Cuantos te veían admiraban tu belleza, y yo te adoraba como a mi sol, como a la más hermosa estrella de mi cielo. Pero es preciso que me vaya, que deje de turbar tu vida.

El tiempo pasa. Ya es hora. ¡Muero, pero antes de morir canto tu gloria, hermosa! He aquí la muerte. Llega. Con mis últimas fuerzas, con mi último aliento bendigo tu nombre. ¡Gloria, gloria a ti!”

Vera abrazó el tronco de la acacia bajo cuya fronda estaba sentada, y empezó a llorar dulcemente. El árbol se movía de un modo suave. Un viento acariciante, como apiadado del hondo dolor, agitaba las hojas. El olor de las flores se hizo más intenso. Y los acordes admirables siguieron resonando en el aire vespéral, acompañados—tal se le antojaba a la princesa—de nuevas palabras de amor...

“Cálmate, querida. Piensas en mí, ¿verdad? Tú eres mi única, mi última pasión. Cálmate, no llo-

res más. Estoy contigo. Acuérdate de mí y estaré contigo, pues nos hemos amado durante un instante muy corto, pero que supera a la eternidad ¿Piensas en mí? ¿Piensas en mí? Percibo tu llanto, y tus lágrimas ponen una dulzura en mi reposo eterno...”

Yenny Reiter acabó de tocar; salió al jardín y se acercó a Vera.

—¿Qué te pasa?—le preguntó al verla llorar.

Y Vera, con los ojos brillantes de lágrimas, empezó a besar febrilmente el rostro, los labios y los ojos de Yenny, diciendo:

—¡Gracias a Dios! Ya estoy tranquila... ¡Me ha perdonado!...

EL MAREO

I

El mar, en la bahía, era de un color verde sucio; pero la lengua de tierra que se divisaba en el horizonte parecía de un violeta pálido. En el muelle olía a pescado y a brea.

Eran las seis de la tarde.

Había ya sonado por tercera vez la campana en el puente del barco. Aulló la sirena, al principio con voz acatarrada, algunos instantes después con una voz de bajo tan formidable que todo el barco parecía sacudido hasta el fondo. Y el terrible aullido no cesaba. Las mujeres que había sobre cubierta se tapaban, riendo, las orejas, y bajaban la cabeza; no se oía una palabra, por más que la gente se desgañitaba. Y cuando la sirena enmudeció por fin, todos experimentaron un gran alivio. Reinaba entre los viajeros la alegre agitación que suele preceder a la salida de un barco.

—¡Bueno, feliz viaje, compañera Elena!—dijo Vasiutinsky—. Van a quitar en seguida la escalera. Tengo que bajar.

—¡Hasta la vista, querido!—dijo la señora Tra-

vin estrechándole la mano—. ¡Gracias por todo! ¡He sido tan feliz en su compañía de usted y de sus amigos!... Me sentía más joven...

—Gracias a usted también, querida. Usted nos ha reanimado un poco. Somos teorizantes, tragadores de libros, y usted nos ha reavivado, nos ha sacudido.

Y Vasiutinsky estrechó la mano de la viajera con tal fuerza que le hizo daño en los dedos.

—En cuanto al mareo, no tenga usted cuidado—añadió—. Sólo cerca de Taranjut está un poco picado el mar; lo mejor será que se acueste usted, y no le sucederá nada... Salude de mi parte a su esposo y maestro. Dígale que todos esperamos con impaciencia su folleto. Si no puede publicarlo aquí, lo publicaremos en el extranjero... Se aburre usted sin él, ¿verdad?

Sin soltar la mano de Elena, la miraba cariñosamente a los ojos.

Ella se sonrió.

—Sí. Un poquito.

—Me lo figuraba. Hace diez días que no lo ve usted, y eso es grave. Bueno, “addio, mi carissimo amico”. Saludós a todos nuestros amigos de Yalta... ¡Es usted una mujercita de arrestos! ¡Palabra de honor! Hasta la vista.

Vasiutinsky bajó del barco y se colocó frente al sitio en que se hallaba Elena, la cual se apoyó en la barandilla. El viento agitaba su pelerina gris. De elevada estatura, extremadamente delgado, con su aguda perilla y sus largos cabellos gri-

sáceos sacudidos por la brisa; con su sombrero de anchas alas, y su rostro benigno, a la vez que cómicamente belicoso, parecía un Don Quijote vestido a la usanza de hace cincuenta años.

Elena le miraba. Aquel hombre, dotado de un corazón de oro, puro como un niño, que había pasado largos años deportado en la Siberia, y que, a pesar de todos sus sufrimientos, permanecía inquebrantablemente fiel a sus ideales, conservando una esperanza ardiente en la próxima emancipación del pueblo, le inspiraba una gran simpatía. Ejercía una enorme influencia sobre la juventud. El los había atraído a ella y a su esposo a la causa revolucionaria.

Sonriéndole desde lo alto del puente, Elena lamentaba no haberle besado la mano y no haberle llamado "querido maestro".

El embarque de los baúles, las maletas y demás bultos terminó por fin.

—¡Todo está a punto!—gritó abajo una voz.

—¡Quitad la escalera!—respondió otra voz arriba.

La sirena silbó por última vez.

Unos marineros con blusas azules levantaron la escalera en hombros y la dejaron a un lado. El agua comenzó a bullir bajo el barco.

Una muchachita harapienta y con la cara sucia se paseaba a lo largo del muelle con un cesto de flores.

—¿Quién quiere flores?—gritaba a cada instante.

Vasiutinsky compró un ramito de violetas medio mustias y lo lanzó a la cubierta. El ramito, antes de caer a los pies de Elena, tropezó en el sombrero de un señor fornido y anciano, que se apresuró a excusarse, como si él hubiera tenido la culpa.

Elena recogió el ramito, y, mirando con una sonrisa amistosa a Vasiutinsky, se llevó a los labios las violetas.

Mientras tanto, el barco, obediente a las voces de mando y a los silbidos, se apartaba poco a poco de la orilla, lanzando por sus agujeros inferiores chorros de agua espumosa. Como una enorme bestia mansa, consciente de inmensa fuerza y temerosa de hacer daño, avanzaba con precauciones, eligiendo, cuidadoso, el camino.

Elena no perdió de vista, durante largo rato, a Vasiutinsky, casi un palmo más alto que los demás hombres estacionados en el muelle. El agitaba su sombrero de bandido, y ella le respondía agitando su pañuelo. Pero poco a poco las personas que había en el muelle se fueron confundiendo en una masa vaga, sobre la que se agitaban, como un enjambre de mariposas multicolores, pañuelos, sombreros, paraguas.

II

Era por Navidad, y el barco iba llenísimo. Toda la popa, todos los pasadizos del puente y todos los camarotes estaban atestados de gente. En los

corredores, en los divanes, en los bancos, se amontonaban hombres, maletas, ropas. Se oían por todas partes gritos de niños. Los camareros aumentaban la batahola corriendo en todas direcciones sin ninguna necesidad. Las mujeres, como acostumbran a hacer siempre en los sitios públicos, se paraban a comadrear precisamente donde no había espacio, es decir, junto a las puertas, en los pasadizos y en los corredores estrechos, dificultando el movimiento de un modo terrible y obstruyendo el paso a todo el mundo.

Parecía imposible que se acomodase en el barco toda aquella muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Pero poco a poco todo se arregló, se redujo, se ordenó, y cuando el barco, en medio de la bahía, empezó descuidadamente a marchar a todo vapor, había ya bastante espacio libre sobre el puente.

La señora de Travín, de pie en la popa, miraba hacia atrás, hacia la ciudad, que se alzaba, en anfiteatro blanco, sobre las montañas, y parecía coronada por un bosquecillo de finas columnas. Se distinguía sin dificultad la línea donde terminaba el agua verde-sucio de la bahía y empezaba el mar hondo y azul.

Más allá, cerca de la orilla, como un bosque despojado de hojas, erguíase un conjunto de chimeneas y de mástiles.

El mar estaba un poco agitado. Bajo la hélice, el agua parecía leche; detrás del barco se veía, en medio de la azul anchura del mar, una angosta



senda verdosa y espumante. Las blancas gaviotas, agitando pesadamente las alas, volaban al encuentro del buque.

Elena no había tenido tiempo de comer antes de partir y pensaba comer a bordo. Pero de repente notó que había perdido el apetito. Entonces bajó al camarote y le pidió una cama a la doncella. Pero ya no quedaba ni una cama libre. Aunque, ruborosa, confusa, sacó del portamonedas un rublo, la doncella se negó a tomarlo.

—Si dependiese de mí, señorita—dijo la sirvienta—, yo tendría mucho gusto en complacer a usted; pero no hay sitio. Le he cedido a una señora mi propia cama. Espero que en Sebastopol se desocupará alguna.

Elena volvió a subir a cubierta. El fuerte viento le ceñía la falda a las piernas y la obligaba a inclinarse a cada instante y a sujetarse el sombrero con la mano.

Un viejo marinero de nariz roja colgaba a la derecha del puente un instrumento cilíndrico con un cuadrante y una aguja.

—¿Qué es eso?—le preguntó Elena.

—Un instrumento para medir la velocidad del barco, señorita—explicó el marinero.

Elena llevaba ya dos años casada; pero la gente seguía llamándola casi siempre “señorita”. Aunque esto la halagaba, a veces la ponía de mal humor.

Parecía, en efecto, una muchacha de diez y ocho años, con su fino talle flexible, su pecho poco

desarrollado y sus caderas estrechas. Iba, además, vestida como una muchacha. Una faldita, una blusa inglesa y un sencillo sombrero de paja con una cintita de terciopelo.

El segundo de a bordo, un joven grueso, de hombros y pecho muy anchos, de cabellos negros, que vestía una guerrera blanca con botones dorados, inspeccionaba los billetes. Elena había reparado ya en él al subir por primera vez al barco. Estaba en pie junto a la escalera por donde subía el público. Al otro lado se encontraba otro empleado, un alumno de la Escuela marítima, fino, ágil y esbelto, con su blusa de marinero, vivo como un mono joven. Ambos seguían con la mirada a cuantas mujeres subían, y cambiaban risitas, palabras de doble sentido y muecas.

Elena se había fijado en la escena. Los rostros orientales, bellos y sensuales como el del segundo de a bordo le inspiraban honda repugnancia. El oficial debía de ser griego; sus labios carnosos, que parecían no cerrarse nunca; su barbilla rasurada, sus finos bigotes pretenciosos, sus ojos negros, semejantes a granos de café tostado, con su expresión siempre amorosa y estúpida, le eran sumamente antipáticos.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, él y una mujer con un gran envoltorio en la mano le obstruyeron el paso. El segundo de a bordo la miró de un modo insolente y provocativo, sin dejarla pasar. Ella le dirigió una mirada indiferente y dijo, como si le hablase a un criado inoportuno:

—Déjeme usted pasar.

Y observó con placer la expresión de susto y de confusión de su rostro. Inmediatamente, el oficial, con un apresuramiento un poco ridículo, se apartó.

Inspeccionando ahora los billetes se acercó a ella. Al devolverle el billete que ella le tendió, le rozó los dedos con su mano ardorosa y, dirigiendo una mirada rápida a su anillo de boda, le preguntó, con una sonrisa maligna, tratando de poner en su acento cierta mundanidad:

—Perdón, señora... ¿viaja usted con su esposo?

—No. Voy sola—respondió ella, volviendo a otro lado la cabeza y poniéndose a mirar al mar.

Pero en aquel momento sintió un ligero vértigo. Le pareció que el puente vacilaba bajo sus pies y que su propio cuerpo perdía gran parte de su peso. Se sentó en el extremo de un banco.

Se veía apenas la ciudad entre la niebla dorada del sol poniente. Era difícil distinguir sus contornos sobre la montaña. A la izquierda, la playa arenosa, baja, ligeramente sonrosada, se confundía con el mar.

III

El segundo de a bordo pasaba a cada instante por delante de Elena en compañía de otro marino que vestía, como él, una guerrera blanca con botones dorados. Aunque no le miraba, la viajera advertía que se pavoneaba, se acariciaba con co-

quetería el bigote y clavaba en ella, insolente, sus ojos negros de carnero. Una vez le oyó decir, dirigiéndose a su camarada:

—¡Vaya una mujer!

Sin duda ninguna, lo dijo para que ella lo oyese.

—¡Sí, una mujer magnífica!—contestó el otro.

Ella se levantó con ánimo de pasar a la otra banda; pero las piernas no la obedecían. El puente vacilaba de tal modo bajo sus pies, que se veía forzada a caminar haciendo eses. Hasta entonces no había advertido que estaba muy picado el mar. Con mucho trabajo llegó a un banco de la banda opuesta y se dejó caer en él.

Las tinieblas, a poco, lo envolvieron todo. En lo alto del mástil se encendió una luz eléctrica amarillenta. Inmediatamente después se encendieron las bombillas de todo el barco. Las claraboyas del salón de primera clase y del fumadero resplandecían alegremente.

Bajó la temperatura. Un viento muy fuerte azotaba la banda donde estaba sentada Elena. Salpicaduras de agua salada le azotaban a veces el rostro y mojaban sus labios; pero se encontraba sin fuerzas para levantarse.

Experimentaba una sensación penosa, dolorosa, en el pecho, en el vientre; su frente se cubría de gotas de frío sudor, y su boca se llenaba de una saliva amarga.

Un extremo del puente se elevaba con gran lentitud, permanecía un segundo en alto, vacilan-

do, empezaba a bajar de pronto de un modo muy rápido, y, terminado su descenso, empezaba de nuevo a elevarse. Parecía que el barco respiraba pesadamente como un monstruo. Al vaivén de sus movimientos, Elena se sentía, ora pesadísima y como clavada en el banco, ora ingrávida e inestable sobremanera. Aquellos cambios le producían sufrimientos que no había experimentado en su vida.

La ciudad y la costa habían desaparecido hacía tiempo. La vista podía recorrer, sin encontrar ningún obstáculo, la circunferencia del horizonte. A lo lejos el mar estaba cubierto como de borreguitos blancos; junto al barco se abrían anchos agujeros en el agua, sobre la que blanqueaba una espuma espesa.

—¡Perdón, señora! — oyó decir, de pronto, Elena.

Alzó los ojos y vió junto a ella al segundo de a bordo, que la miraba con ojos acariciadores, inflamados por el deseo, y decía:

—Permítame, señora, que le dé un consejo: no mire usted abajo; eso produce vértigos. Es mejor mirar a lo alto y a un punto fijo, por ejemplo, una estrella. Pero lo más conveniente sería que se acostase usted.

—Gracias, no necesito nada — respondió ella, volviendo la cabeza a otro lado.

Mas él no se iba y seguía diciendo, con la voz halagadora y tierna de un hombre acostumbrado a conquistar los corazones femeninos:

—Le pido mil perdones, señora, por haberme atrevido a acercarme a usted sin tener el honor de conocerla; pero me parece que he tenido ya el gusto de encontrarla en otra ocasión. ¿No hizo usted, señora, el verano pasado un viaje con nosotros a Odesa? ¿Me permite usted, señora, sentarme un poco?

Elena se levantó sin mirarle.

—Escuche usted—dijo—. Se lo prevengo; si se atreve usted otra vez a ofrecermé sus servicios o sus consejos, le telegrafiaré, en cuanto llegue a Sbastopol, a Basilio Eduardovich para que le eche a usted en seguida de esta Compañía marítima. ¿Estamos?

Había dicho el primer nombre que se le había ocurrido; no conocía a ningún Basilio Eduardovich. Era una vieja treta muy graciosa, que había ya salvado a uno de sus amigos de la persecución de un espía, y que entonces le dió un resultado prodigioso. Creyendo que aquel falso Basilio Eduardovich era algún alto personaje con bastante influencia para hacerle perder su empleo, el griego se levantó apresuradamente y se quitó la gorra. A la luz de la luna, Elena le vió turbadísimo y muy colorado.

—En nombre de Dios—balbuceó el marino—, no crea usted, señora... palabra de honor, no ha sido mi intención...

Pero en aquel instante, de una manera súbita, el barco se inclinó hacia un lado. Elena, de seguro se hubiera caído si el segundo de a bordo

no la hubiera sostenido, cogiéndola por la cintura sin malicia alguna. Ella dijo con tono más suave:

—Muchas gracias, pero déjeme usted... Me encuentro mal.

El marino le hizo un saludo militar, tocándose con los dedos la gorra.

—¡A sus órdenes, señora!—se despidió.

Y se alejó a toda prisa.

Elena, acomodándose mejor en el banco, apoyó los brazos en la balaustrada, y en ellos la frente, y cerró los ojos. El griego, que acababa de dejarla tranquila, no le parecía ya peligroso. Lo consideraba un cobarde, miserable y ridículo.

Luego, de repente, sin ninguna razón lógica, se acordó de una canción frívola que le gustaba cantar a su hermano. Después empezó a pensar en Vasiutinsky y sus amigos y en su marido, en el trabajo que ella hacía para él en una máquina de escribir.

Trataba de imaginarse lo feliz que sería al volver a verle, después de la ausencia; pero todos sus pensamientos resbalaban por la superficie de su cerebro, parecían incoloros, lejanos, indiferentes y no conmovían el corazón. Su cuerpo estaba quebrantado y se sentía débil, como después de un síncope. Un sudor frío la cubría de pies a cabeza. Tenía las manos húmedas y como de algodón. Temía un nuevo desvanecimiento.

De pronto todo se nubló ante sus ojos; sintió en la garganta un cosquilleo extraño; su corazón em-

pezó a palpar con furia y le pareció hundirse, hundirse... Apenas tuvo tiempo de ponerse en pie y de inclinarse por encima de la balaustrada...

IV

Se sintió aliviada unos instantes.

—Sería mejor, señora, que anduviese usted un poquito—le dijo, compasivo, el señor anciano en cuyo sombrero habían tropezado las violetas de Vasiutinsky.

Estaba sentado en un banco vecino y había visto todo lo que le había sucedido.

—Pasee usted un poco al aire, tratando de respirar con menos frecuencia, pero con más fuerza. Eso es bueno.

Pero ella sacudió negativamente la cabeza, y, apoyando de nuevo la frente en la balaustrada, cerró los ojos.

Se durmió. Su sueño duró cerca de dos horas, y la sacó de él una ola que la mojó toda.

Ya era noche cerrada, una noche negra, nubosa, sin luna. El viento soplaba con violencia. El barco era fuertemente sacudido por todos lados. Una lluvia menuda caía sin cesar. El puente estaba desierto. Sólo en los lugares protegidos contra la lluvia se veían viajeros acostados.

A la izquierda, en el espacio inmenso e impenetrable de la noche, donde ya parecía rematado el mundo, se encendió de repente la clara luz de

un faro. Aquella luz aparecía y desaparecía con intervalos regulares. Elena sintió en su corazón una vaga ternura.

—Dios sabe dónde, en el desierto, en un cabo aislado—pensó—, en medio de la noche negra y de la tempestad, hay un hombre en vela, que cuida de ese faro y su luz. Quizá en este instante, mientras yo pienso en él, piense él, a su vez, en los seres perdidos en el mar, a bordo de un barco desconocido, al que el faro indica el camino.

Recordó su extravío en la estepa, en compañía de su esposo, el invierno anterior. Volvían de la estación, de noche, en medio de una horrible tempestad de nieve. El cochero, un muchacho de catorce años, se desvió del camino, entre las montañas de nieve, y empezaron a vagar, perdidos, desesperados, sin saber qué hacer. Tras ellos, ante ellos, a derecha e izquierda, la noche blancuzca no dejaba ver otra cosa que la nieve y el cielo gris. A veces se caía el caballo, rendido de fatiga, y los tres se esforzaban, hundidos en la nieve hasta las rodillas, en levantar a la pobre bestia. A ella se le helaron casi por completo las piernas y comenzó a perder la sensibilidad.

La invadió una negra desesperación. Su marido guardaba silencio, temeroso de descubrir su inquietud. El cochero, muy abatido, ni siquiera trataba ya de encontrar el camino.

De pronto gritó alegremente:

—¡Un hito!

Elena, al principio, no comprendió; no había

estado nunca en el campo, del que no conocía nada. Pero cuando vió una gran rama de pino que surgía de la nieve y divisó otra a alguna distancia y le explicaron que los campesinos marcaban con aquellas ramas el camino, sintió en su corazón una ola cálida de ternura y agradecimiento. Alguien, a quien, probablemente, no vería en la vida, se había tomado el trabajo de plantar a ambos lados del camino aquellos faros primitivos, lo cual era conmovedor, aunque lo hubiera hecho sin pensar en los viajeros extraviados. Acaso el torrero no pensase tampoco en la gratitud de la viajera sentada en el puente del barco y con los ojos fijos en el faro lejano.

Mirando aquel punto luminoso en medio del mar negro y turbado, pensaba con admiración en los grandes actos de sacrificio, en las nobles ideas que agitan a la humanidad, en los libros inmortales legados a la posteridad por sus autores. ¿No eran tales actos, tales ideas y tales libros hitos plantados a lo largo del camino misterioso por donde avanza el género humano?

El viejo marinero de nariz encarnada que Elena conocía ya, envuelto en un gabán amarillo de tela encerada, con un capuchón que le cubría la cabeza, pasó presuroso por el puente, alumbrándose con una linternita. Reconoció a Elena y se detuvo ante ella.

—¿No duerme usted, señorita? ¿Está usted mareada? Este sitio es muy malo. Cerca de Taranjut hay marejada siempre.

—¿Por qué?

—A un lado está al cabo, al otro hay enormes rocas, y el agua no está tranquila nunca. El paso, además, es muy estrecho... Ocurren muchas desgracias en este sitio. Precisamente aquí, por donde pasamos ahora, zozobró hace poco el "Vladimir", después de chocar con el "Colombie". La profundidad es aquí de ochocientos metros.

Se oyó un silbido arriba, en el camarote del capitán. El viejo marinero echó a correr, no sin antes decir precipitadamente:

—Veo, señorita, que se encuentra usted mal. Chupe usted un poco de limón; eso le sentará bien.

Elena se levantó con trabajo y comenzó a andar por el puente, apoyándose en la balaustrada y en los asideros de las puertas. Llegó así al puente de tercera clase, en el que por todas partes, en los pasadizos, sobre el toldo, sobre los cajones y los fardos, había acostados, casi amontonados unos sobre otros, numerosos viajeros, hombres, mujeres, niños. Cuando la luz eléctrica alumbraba un momento sus rostros. Elena los veía amarillos y advertía en ellos las huellas de los sufrimientos producidos por el mareo. Siguió andando. En la proa, tras un tabique de madera, había unos caballitos muy gentiles, con la cola cortada; se les transportaba a un circo de Sebastopol. Los inteligentes animales sufrían también el mareo y miraban con ojos de espanto las olas amenazadoras.

Elena bajó luego a los camarotes de segunda,

donde todos los sitios estaban ocupados. Hasta sobre los bancos del comedor yacían, vestidas, pobres gentes que gemían de dolor. El mareo las había nivelado y les hacía olvidar todas las conveniencias. A veces, la pierna de un mercader judío, calzada con una bota vieja, casi tocaba la cabeza de una hermosa mujer, elegantemente vestida.

La pesada atmósfera de los camarotes cerrados olía tan mal que Elena casi tuvo náuseas y se apresuró a subir al puente de nuevo.

El mar estaba más agitado aún. Cuando la proa, detenida un momento en lo alto de una enorme ola, descendía de pronto con rapidez vertiginosa, Elena oía bullir alrededor las ondas encrepadas.

Se encontró de nuevo muy mal. Círculos verdes danzaban ante sus ojos y lo veía todo como al través de espesa niebla. De nuevo su frente se cubrió de sudor frío y estaba a punto de desvanecerse. Se inclinó por encima de la balaustrada esperando un alivio; pero la visión de las olas embravecidas acrecentó su vértigo.

Sufría tanto que hubiera querido morir en seguida, en el acto, no experimentar más aquella sensación de angustia que le subía a la garganta. Hubiera podido tirarse al agua por la borda; pero su voluntad estaba paralizada por completo y no se sentía capaz del menor movimiento.

V

De nuevo se aproximó a ella el segundo de a bordo. Se detuvo respetuosamente a cierta distancia, con las piernas separadas, para conservar el equilibrio y balanceando el cuerpo para no caerse.

—Por Dios, señora—dijo—, no se enfade usted, no interprete mal mis palabras. Lamento infinito que no haya comprendido usted mis intenciones, cuando le hablé antes. Acaso me expresara mal; pero le juro a usted, señora, que sólo me anima el deseo de serle a usted útil. No puedo verla sufrir así. Le suplico que no me desaire... Hasta mañana estoy de guardia, y mi camarote queda completamente libre. Está a su disposición. Encontrará usted en él sábanas limpias y todo cuanto necesite... Le enviaré a la camarera... Permítame, señora, ayudarla...

Ella no contestaba; pero la idea de poder tenderse en una cama confortable y de estar acostada tranquilamente, aunque sólo fuera media hora, la encantaba. No veía nada malo en la proposición.

—Le ruego que me dé la mano... La acompañaré a usted—dijo él con voz acariciante—. Le enviaré a la camarera... Le daré a usted la llave del camarote, y podrá desnudarse, si quiere...

Poseía una voz agradable, de un timbre sincero y respetuoso, que disipaba toda duda y toda sos-

pecha; la voz de todos los Don Juanes que saben mentir a las mujeres y hacerles creer en su buena fe. Además, la voluntad de Elena estaba completamente paralizada, anulada, por el acceso terrible de mareo.

—¡Si supiera usted cómo sufro!—gimió débilmente, casi sin fuerzas para despegar los labios y pálida como un cadáver.

—Vamos, vamos — insistió él con afectuoso acento.

Y con la tierna delicadeza de un hermano, la ayudó a levantarse, sosteniéndola por un brazo.

Elena no se resistió.

El camarote del segundo de a bordo era muy pequeño. Apenas había en él sitio para una cama y una mesita; entre una y otra existía el espacio preciso para una sillita plegable. Pero todo era nuevo, limpio, resplandeciente, cuco. La colcha, de terciopelo, estaba a medio levantar; las sábanas inmaculadas, sin ninguna arruga, encantaban con su blancura.

Una lamparita eléctrica proyectaba una suave luz, tamizada por una pantalla verde. Junto al espejo, sobre el tocador de anacardo, había un violero con narcisos y lirios.

—Le suplico a usted—dijo el griego, evitando las miradas de Elena—que se considere en su cuarto... Aquí encontrará cuanto necesite para la "toilette". El camarote está a su disposición, señora. Es nuestro deber de marinos servir a la bella mitad del género humano.

Con una risita dió a entender que aquellas palabras no eran sino una broma amistosa, inocente.

—Considérese en su cuarto. No tema nada—repitió.

Y salió del camarote.

Sólo un momento, desde el umbral de la puerta, miró a la viajera; y no a los ojos, sino más arriba, a la línea donde acababa la nieve de su frente y comenzaba el oro de su cabellera.

Un miedo instintivo, algo como un resto de prudencia, turbó de pronto a Elena; pero en aquel momento el suelo del camarote sufrió una sacudida tan fuerte, que la joven, casi desmayada, se dejó caer en el lecho, cruzadas las manos bajo la nuca. Cuando se sintió un poco mejor, extendió la colcha sobre la cama y comenzó a desabrocharse los botones y los corchetes de la blusa, el corpiño y el corsé, que la apretaba demasiado y dificultaba su respiración. Luego se acostó boca arriba, colocó la cabeza sobre las almohadas y estiró las piernas entumecidas.

Al punto se sintió aliviada, casi feliz.

—Voy a descansar un poco, y luego me desnudaré—pensó con placer.

Cerró los ojos. La luz de la lámpara acariciaba dulcemente sus pupilas al través de sus párpados. Los vaivenes del barco no la molestaban ya tanto. Advertía la aproximación de un dulce sueño, portador del descanso y del olvido de sus sufrimientos, y temerosa de ahuyentarlo, no se movía.

Pero alguien llamó a la puerta. Recordando que no la había cerrado con llave, se atemorizó un poco; mas no tardó en tranquilizarse al pensar que podía ser la camarera quien llamaba, y gritó, incorporándose:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y penetró el segundo de a bordo. El terror estremeció a la joven.

El griego llevaba la cabeza baja y no la miró; pero Elena oyó con alarma su pesada y profunda respiración.

—Perdón, señora—dijo el marino con voz sorda—. Me he dejado aquí el periódico. Pareció buscarlo sobre la mesita, encorvado y vuelto de espaldas a Eléna. A ella se le ocurrió levantarse y salir del camarote; pero, como si hubiera adivinado su pensamiento, el griego se lanzó, con la violencia de una fiera, a la puerta, y le dio dos vueltas a la llave.

—¿Qué hace usted?—gritó ella, pintado el horror en el semblante.

De una manera suave y al mismo tiempo enérgica, él la hizo sentarse de nuevo en la cama y se sentó a su lado. Con mano temblorosa empezó a desabrocharle la blusa. La pasión ponía en sus manos un calor de fiebre. Su respiración se tornó jadeante. Su rostro se tiñó de púrpura y las venas de su frente se hincharon.

—Querida—dijo con brutal y ciego arrebató—. Querida... quiero ayudarla a usted... quiero ser su doncella... No, no... no crea usted que me guian

malas intenciones... ¡Dios mío, qué pecho!... ¡Qué cuerpo!

Apoyó en el pecho desnudo de la joven su cabeza inflamada, y balbuceó:

—Hay que desabrocharla a usted por completo... será muy conveniente... No crea usted, por Dios. Nada más que un minuto... nada más que un minuto... Nadie lo sabrá... nadie en el mundo... Nada más que un minuto

Ella le rechazaba con todas sus fuerzas, apoyando las manos contra su pecho, y repetía, llena de asco, con voz ahogada por la cólera:

—¡Déjeme usted! ¡Puerco... canalla!... Nadie se ha atrevido jamás a tocarme... ¡Váyase! ¡Oh, canalla!

Luego, bajo el imperio del horror y la furia, empezó a dar gritos inarticulados, con voz penetrante; pero él se apresuró a taparle la boca con sus labios húmedos. La joven se resistía desesperadamente, le mordía los labios, y cuando con seguía apartarlo por un momento, gritaba y le escupía a la cara.

De pronto sintió que la debilidad se apoderaba nuevamente de todo su ser y que estaba a punto de desvanecers. Le pareció que sus piernas y sus brazos se volvían de algodón y perdió toda fuerza de resistencia.

—¡Dios mío, Dios mío!—gimió—. Lo que ha hecho usted es peor que un asesinato... ¡Dios mío, Dios mío!

En aquel momento llamaron a la puerta. El se-

gundo de a bordo abrió y apareció en el umbral el alumno de la Escuela marítima, el joven parecido a un mico que Elena había visto junto a la escalera, cuando subía al barco.

La viajera se tapó los ojos con las manos y lanzó un grito desgarrador.

VI

Amaneció. Se descargaban las mercancías y desembarcaban los viajeros en Eupatoria, cuando Elena se despertó, en el puente, a causa de la niebla fría. El mar estaba tranquilo y acariciador. Al través de la niebla se veían ya los rayos del sol naciente. Se distinguía apenas a lo lejos la línea amarilla de la playa.

Sólo entonces, al recobrar⁹ el conocimiento a la luz del día, comprendió todo el horror de la noche pasada. Recordó al segundo de a bordo, después al alumno de la Escuela marítima, luego nuevamente al segundo de a bordo. Recordó cómo el griego, después de su crimen, la había sacado brutal y cínicamente del camarote. Y este recuerdo era el más doloroso de todos. En Sebastopol, el barco se detuvo durante tres horas, para desembarcar y embarcar innumerables cajones, baúles, fardos, barras de acero, sacos, planchas, etc.

La niebla se disipó. La hermosa bahía redonda, rodeada de playas amarillas, parecía dormir

plácidamente. Lanchitas de vapor, ligeras y hábiles, surcaban en todas direcciones la superficie del agua. Iban y venían veloces los botes blancos de la marina militar. Los marineros remaban metódicamente, con movimientos isócronos, como un solo hombre.

Elena bajó a tierra y, sin objeto determinado, atravesó la ciudad en tranvía eléctrico. La ciudad, montañosa y blanca, parecía desierta, moribunda. Se diría que no había en ella sino oficiales de marina, marineros y soldados, como en una plaza conquistada.

Estuvo sentada un rato en el jardín público, mirando con indiferencia el césped, las palmeras y los arbustos, cuidadosamente podados, y oyendo con no mayor interés la música de la charanga. Luego volvió al barco.

A la una de la tarde el barco zarpó. Entonces, cuando ya todo el mundo había acabado de almorzar, bajó ella, casi escondiéndose, como una ladrona, al comedor. Se sentía tan humillada, que evitaba la presencia de los demás seres humanos y prefería la soledad. Luego que hubo almorzado, tuvo que hacer un gran esfuerzo para subir de nuevo a cubierta: tal era su temor de encontrarse con gente. Hasta la llegada a Yalta permaneció sentada en un rincón esquivo, la cabeza apoyada en la barandilla.

La playa, arenosa y amarillenta, se iba elevando poco a poco. Se veían de vez en cuando en ella manchas de verdura. Un viajero sentado

ne lejos de Elena, con una guía abierta en la mano, hablaba en voz alta, para atraer sobre él la atención, de los sitios por donde pasaba el barco. Elena le escuchaba con absoluta indiferencia, abrumada por la pesadilla que había vivido durante aquella horrible noche. Se sentía como cubierta, de pies, a cabeza, de lodo, y contemplaba tristemente los encantadores paisajes de la Crimea.

Ante sus ojos iban pasando el cabo Fiolet, rojo, enhiesto, con sus rocas agudas y como a punto de caer al mar, sobre las que se alzaba en otro tiempo el templo de una diosa cruel, a quien los creyentes sacrificaban hombres vivos, y desde las que eran lanzados al mar los prisioneros; la ciudad de Balaclava, con la silueta vaga de una torre en ruinas sobre la montaña; el cabo Aya, cubierto de bosque; el cabo Lasti, todo verde; Foros, con su iglesia bizantina alzándose sobre una a modo de bandeja. Más lejos extendíanse parques magníficos alrededor de blancas villas, y se veían los tejados planos de algunos caseríos tártaros.

El mar, tranquilo, acariciaba con sus ondas el casco del buque. Algunos grandes peces jugaban en el agua.

Un fuerte olor acre de mar penetraba en los pulmones. Pero Elena lo respiraba sin placer. Experimentaba una sensación extraña. Parecíale que no habían sido hombres, sino algún ser superior, omnipotente, malvado y burlón, quien ha-

bía, de un modo estúpido, mancillado su cuerpo y su pensamiento, abatido su orgullo y robádole para toda la vida la confiada y serena alegría de vivir. No sabía qué debía hacer, y pensaba en ello de la misma manera vaga e indiferente que miraba a la costa, al cielo y al mar.

El pasaje se agrupaba en la banda izquierda del barco. Entre los pasajeros vió Elena al segundo de a bordo, que le dirigió una mirada rápida y furtiva, volvió la espalda y se ocultó tras un camarote cercano. En su faz, en su actitud y en su mirada, Elena leyó la repugnancia y el desprecio. Y se sintió enlazada a él para toda la vida, le pareció haber descendido irreparablemente a su nivel moral.

El barco pasó luego por cerca de Alupka, con su vasto palacio de mármol de estilo morisco, y su espléndido parque; después, ante los ojos encantados de los pasajeros, fueron apareciendo otros parajes pintorescos. El barco se acercaba a Yalta. Todos los viajeros preparaban sus equipajes para el desembarque. Como sucede siempre en los barcos, en los trenes y en las estaciones, la gente, llena de una estúpida nerviosidad, estaba agitada y despacible. Tropezaba con Elena, le pisaba los pies y la falda. La joven ni siquiera volvía la cabeza. Pensaba con terror en su esposo. Intentaba en vano imaginarse la cara que pondría al verle y lo que le diría. ¿Tendría valor para decírselo todo? ¿Y qué haría él entonces? ¿La perdonaría? ¿Montaría en cólera? ¿Sen-

tiría por ella una piedad profunda, o la rechazaría como a una mujer liviana y pérfida?

Siempre que pensaba en el momento en que se decidiría al cabo, a abrirle su lacerado corazón, se ponía pálida y cerraba los ojos de espanto.

Fueron desfilando ante el barco el umbrío parque de Oreanda, las nobles ruinas del Palacio de Mármol, el palacio rojo de Livadia, las montañas cubiertas de viña, y, por último, circundado de una gigantesca herradura de montañas apareció el anfiteatro alegre y policromo de la ciudad de Yalta con las cúpulas áureas de la catedral, los finos, esbeltos y oscuros cipreses; el muelle de piedra, pululante de hombres, caballos y coches, que parecían a lo lejos de juguete.

Luego de dar lenta y prudentemente una vuelta sobre sí mismo, el barco se detuvo junto al embarcadero. Al punto, la muchedumbre de viajeros, con un estúpido apresuramiento de rebaño, se lanzó hacia la escalera atropellándose y estrujándose. Elena sintió un vivo movimiento de repulsión ante aquellas nuca de hombres congestionadas, aquellos rostros excitados y malévolos de mujeres, aquellos centenares de manos cubiertas de sudor, aquellos codos amenazadores. En toda aquella gente advertía la presencia de la fiera que la había ofendido mortalmente la noche anterior.

Hasta que no hubieron bajado casi todos los pasajeros y no quedó desierto el puente, Elena no se aproximó a la escalera. En seguida vió a su

marido. Todo en él—su camisa de seda azul, su ancho cinturón, sus pantalones de verano, su sombrero de anchas alas, usado a la sazón por todos los social-demócratas; su corta estatura, su barri-guita, sus lentes de oro y sus ojos que el sol obligaba a entornarse—le pareció infinitamente conocido y, al mismo tiempo, hostil y desagradable. Se arrepintió de no haberle teleografiado desde Sebastopol diciéndole sencillamente, sin dar explicaciones, que no volvería ya nunca. Pero él la había visto desde lejos y agitaba en el aire el sombrero y el bastón.

VII

A media noche, Elena se bajó de la cama, separada de la de su marido por un tocadorcito.

Sin encender la lámpara, se sentó al borde de la cama de su marido y le tocó ligeramente con la mano. El se incorporó bruscamente y preguntó asustado:

—¿Qué pasa, Elenita?

Estaba extrañado e inquieto por su silencio de todo el día. Aunque ella lo había achacado al dolor de cabeza producido por la travesía, él había adivinado tras sus palabras una desgracia o un misterio. No había querido molestarla con preguntas, esperando que de "motu proprio" le diría lo que pesaba sobre su corazón. Y en aquel momento, a pesar de que su sueño no se había disipado aún del todo, sentía en las profundidades miste-

riosas de su alma la inminencia de algo terrible, bárbaro, que sólo podía acontecer una vez en la vida.

Las dos ventanas estaban abiertas de par en par. El dulce perfume de los jazmines invisibles saturaba el aire. En el jardín público tocaba una orquesta, y los acordes de la música, amortiguados por la distancia, sonaban melancólicos.

—Sergio, es necesario que me escuches—dijo Elena—. No, no, sin luz—añadió rápida al oírle a él coger la caja de cerillas—. Será mejor así, en las tinieblas... Lo que voy a decirte será para ti muy doloroso, casi no podrás soportarlo..., pero no tengo más remedio. No puedo evitarte esta prueba. Tú me perdonarás...

Apenas distinguía la silueta de su marido, cuya camisa blanqueaba en las tinieblas. El encontró, a tientas, la botella del agua y el vaso, y se le oyó escanciarse y beber.

—¡Habla, pues, Elenita!—dijo con voz queda.

—Escucha. ¿Qué harías si yo te dijese lo siguiente: querido Sergio, yo, tu mujer, que hasta ahora sólo te había amado a ti, te he sido infiel, fíjate bien, te he sido infiel completamente, hasta el último límite posible?... Espera, no te precipites. Atiende: la infidelidad no ha sido furtiva, no ha sido un engaño, sino cometida contra mi propia voluntad, bajo el imperio de las circunstancias... Figúrate..., supongamos un capricho de un ser morboso, un acceso de sensualidad súbita, la violencia de un borracho...; supongamos de un

oficial... Querido Sergio, te suplico que me contestes con toda franqueza, sin ambages, sin rodeos. Y ten en cuenta que, aunque te he sido infiel, no he cesado ni por un segundo de amarte más que a todo el mundo.

Guardó él silencio algunos instantes; cogió la mano de su mujer y quiso estrecharla, pero ella la retiró.

—Me has asustado, Elenita... No sé qué contestarte. Te juro que no lo sé. Si te hubieras enamorado de otro, no me hubieras engañado... Hubieras venido a mí y me hubieras dicho: "Sergio: ambos somos honrados y libres; yo ya no te amo; amo a otro. Perdóname y separémonos." Y yo te hubiera besado, antes de separarnos, la mano, y hubiera respondido: "Te agradezco cuanto me has dado, bendeciré siempre tu nombre, y sólo te pido una cosa: el derecho de considerarte un amigo mío."

—No, no... No es eso..., no es eso. No amo a ningún otro; sencillamente te he sido infiel de un modo brutal. Te he sido infiel porque no he podido evitarlo, sin querer, sin responsabilidad.

—Pero ¿te ha gustado? ¿Has sentido placer en los brazos... del...?

—¡Oh, no, no! Sólo he sentido una repulsión profunda, irresistible... Figúrate que he sido víctima de una violencia...

Sergio atrajo a su esposa suavemente hacia sí. Ella entonces no se resistió.

—Querida Elenita, no pensemos más en eso.

Es como si me preguntases si te seguiría queriendo al verte desfigurada por la viruela o con una pierna cortada por el tren. Si, en efecto, un canalla te hubiera violado—¡todo es posible en nuestra época!—, yo apoyaría tu pobre cabeza en mi pecho, como lo hago ahora, y te diría: “¡Pobre niña! Te compadezco con toda mi alma como tu marido, tu hermano, tu único amigo, y haré con mis besos desaparecer todo el lodo con que han querido cubrirte.”

Reinó un largo silencio. Luego dijo él:

—Cuéntamelo todo.

Y ella comenzó:

—Supón que... Pero no olvides, Sergio, que no es más que una suposición... Supón que durante la noche he sido presa a bordo de un terrible acceso de mareo...

Y con todo lujo de detalles, sin omitir nada, le contó cuanto le había sucedido la noche anterior. Mas de cuando en cuando intercalaba en su relato las palabras siguientes: “Ya sabes que no es más que una suposición. No vayas a creer que todo esto ha ocurrido realmente; no es más que una suposición. Invento todos los horrores que pue le forjar mi fantasía.” Cuando calló, preguntó él con voz dulce, casi solemne:

—¿Ha ocurrido en efecto todo eso? ¿Todo eso es verdad? Yo no tengo ningún derecho a acusarte ni a perdonarte. Tú no eres responsable sino de una estúpida pesadilla nocturna. ¡Dame la mano!

Y besándola, preguntó:

—¿Ha sucedido, pues todo eso, Elenita?

—Sí, querido. ¡Soy tan desgraciada, tan profundamente desgraciada!... Gracias por haberme consolado, por no haber destrozado mi corazón. Te agradeceré toda mi vida este momento...

Y con los ojos llenos de lágrimas amargas y alegres a la par, Elena se apretó contra el pecho de su marido, y todo su cuerpo fué sacudido por los sollozos. El la acariciaba cariñosamente los cabellos.

—Acuéstate, querida; descansa. Mañana te despertarás fresca y serena, como si todo no fuera más que una pesadilla lejana.

Ella se acostó.

Transcurrió un cuarto de hora. Las flores seguían exhalando su perfume enervante. Oíanse, bellos y tristes, los sonos de la música; pero ni el marido ni la mujer podían dormirse y no se movían, para no inquietarse uno a otro, ni abrían siquiera los ojos, ahogando los suspiros, sabedor cada uno de ellos de que el otro estaba despierto.

De pronto él se incorporó bruscamente y exclamó con terror:

—¡Elenita! ¿Y si tuvieras un niño?

Ella tardó un instante en contestar, y dijo:

—¿Lo aborrecerías?

—No, no lo aborrecería. Los niños son siempre bellos. Siempre te he dicho que no debe existir ninguna diferencia entre el amor a los hijos propios y el amor a los ajenos. Yo he afirmado siem-

pre que el amor materno exclusivo sin más objeto que el propio hijo es criminal; que una mujer dispuesta a sacrificar centenares de hijos ajenos por salvar al suyo de la fiebre es una mujer abominable, un monstruo, aunque la gente la califique de santa. El hijo que pudieras tener a consecuencia de tu desgracia sería considerado por mí como mío... Pero, Elenita mía..., ese hombre habrá tenido durante su vida millares de aventuras. Acaso tenga enfermedades vergonzosas... No se puede asegurar... Quién sabe si será un alcohólico... O un sifilítico... Ahí está, querida Elenita, todo el horror del problema. Ella respondió, con voz débil, cansada:

—Bueno, haré lo que quieras.

Reinó nuevamente el silencio, que se prolongó entonces de un modo penoso.

Por fin él dijo con timidez:

—No quiero mentirte. Quiero confesarte francamente que una sola cosa me hace sufrir: el que tú hayas conocido el goce del amor físico, no conmigo, sino con ese canalla. ¡Ah, Dios mío! ¡Por qué habrá sucedido esto?... ¡Es tan doloroso!... ¡Qué doloroso es!

Y con voz trémula y suplicante añadió:

—Oye, Elena... ¿Acaso no ha ocurrido nada de eso y has querido sencillamente someterme a una prueba? ¡Di!

Ella dejó oír una risita.

—¡Qué tonto eres! ¿Te has creído en serio que yo podía serte infiel? Claro que tan sólo he que-

rído someterte a una prueba. Ahora se acabó. Has estado muy bien en los exámenes, y puedes dormir tranquilo. Yo también voy a dormir.

—¿No bromeas? ¿Es verdad, Elenita adorada? ¡Ah, qué feliz soy! Figúrate que casi había acabado por creerte... ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tontería! No era, pues, cierto nada de eso, ¿verdad?

—Nada—respondió ella secamente.

Su marido no tardó en dormirse.

Por la mañana le despertó un ligero ruido. La luz del día penetraba en la habitación. Elena, pálida a causa del insomnio, demacrada, con círculos oscuros en torno de los ojos y los labios secos, estaba casi vestida y terminaba apresuradamente su "toilette".

—¿Dónde vas, querida?—preguntó Sergio con angustia.

—En seguida vuelvo—respondió ella—. Me duele un poco la cabeza. Daré un paseíto y dormiré un rato después de almorzar.

El se acordó de su reciente conversación, y, tendiéndole los brazos, le dijo:

—¡Cómo me asustaste anoche, infame mujercita! ¡Si supieras el daño que me hiciste! Aquel horror se hubiera interpuesto entre nosotros toda la vida. Ni tú ni yo hubiéramos podido olvidar nunca... Toda esa historia del segundo de a bordo, el alumno de la escuela marítima, el mareo, es pura imaginación, ¿verdad, querida?

Elena, asombrada ella misma de mentir de un modo tan fácil, habiendo tenido siempre a gala no

decir más que la verdad, respondió con acento completamente natural:

—Claro, todo es invención mía. Una señora nos contó en el camarote un caso análogo que había, en realidad, tenido lugar en un barco durante una travesía. Su relato me impresionó mucho; me supe en la situación de la pobre víctima y me llené de horror a la idea de que tu amor, entonces, se convirtiera en odio... Sufrí terriblemente al pensarlo y quise convencerme de lo contrario. ¿Comprendes?... Ahora, todo se acabó... felizmente.

—Sí, felizmente—confirmó él, tranquilo del todo y muy alegre—. Pero te engañas suponiendo que yo pudiera odiarte... No hubieras perdido el valor a mis ojos con motivo de una desgracia así... ¡No, nunca!...

Elena salió.

Sergio volvió a dormirse y no se despertó hasta las diez. A las once comenzó a inquietarle la ausencia de su mujer. Al mediodía un botones le llevó una breve carta suya.

“Salgo de nuevo para Odesa—escribía—en el vapor de las nueve. No te ocultaré que voy a casa de Vasiutinsky, a cuyo lado trabajaré toda mi vida por la causa que nos es cara. Eres el único hombre a quien he amado; el único y el último, porque el amor no existe ya para mí. Tú eres el más puro y el más honrado de los hombres que he conocido. Pero tú también, como los otros, según ahora veo, no eres más que un hombrecillo suspicaz, mal pen-

sado, celoso. Tú también consideras a la mujer que amas como un propietario mezquino, egoísta.

Seguramente cualquier día nos encontraremos en el camino que pienso seguir toda mi vida. Y en nombre de nuestro amor pasado, te ruego que nada me preguntes, que no me pidas ninguna explicación, que no me hagas reproches y que no pretendas que nos reconciliemos. Ya sabes que nunca renuncio a mis decisiones.

No creo necesario repetirte que lo que te he contado del barco no ha ocurrido jamás.—*Elena.*”

UN BRINDIS

El año 200 de la nueva era tocaba a su término. Sólo faltaban quince minutos para la hora en que, el mismo mes y el mismo día, doscientos años antes, el último estado gobernado conforme al viejo sistema, el país más obstinado, conservador y rutinario—a lo que parece, Alemania—, había renunciado, al fin, a su ciego chauvinismo, y con alegría de toda la tierra había entrado en la unión anarquista de hombres libres del mundo entero. Según el calendario antiguo, eso había ocurrido el año 2906 después de Jesucristo.

Pero en ninguna parte se festejaba la entrada del Año Nuevo con tanto esplendor y alegría como en los polos Norte y Sur, en las estaciones centrales de la gran Asociación Electro-Magnética.

Durante los últimos treinta años, millares y millares de ingenieros, de mecánicos, de técnicos, de astrónomos, de matemáticos, de arquitectos y de otros sabios especialistas, habían trabajado infatigablemente en la realización de la más grandiosa y heroica idea del siglo XXXII. Acariciaban el proyecto de convertir el globo terráqueo en una gigantesca bobina electro-magnética, y con ese ob-

jeto lo habían envuelto de Norte a Sur en una espiral de hilo metálico revestido de caucho, cuya longitud se aproximaba a cuatro mil millones de kilómetros. En ambos polos habían construido dínamos de increíble potencia, y habían unido todos los puntos de la superficie del planeta con innumerables hilos.

No sólo los habitantes de la Tierra, sino también los de otros planetas con los que la Tierra estaba en constantes relaciones, habían seguido con interés apasionado la marcha de los trabajos. A unos, la empresa de la Asociación les inspiraba gran desconfianza, y a otros les inspiraba horror.

Pero la Asociación acababa de realizar brillantemente su proyecto gigantesco, triunfando de todas las previsiones pesimistas. Y la fiesta de Año Nuevo era al mismo tiempo la solemnización de dicho triunfo. La inagotable fuerza magnética de la Tierra ponía en movimiento las fábricas, las máquinas agrícolas, los trenes y los barcos. Alumbraba las calles y las casas, calentaba las habitaciones. Hacía innecesario el carbón, cuyas minas se habían agotado mucho tiempo antes. Desterraba completamente las chimeneas, que impurificaban el aire y mataban con su humo las flores, los árboles y las hierbas, verdadera alegría de la tierra. En fin, hacía milagros en lo tocante a agricultura y cuadruplicaba las cosechas.

Uno de los ingenieros de la estación del Norte, elegido presidente de la reunión de aquella noche, se levantó con un vaso en la mano.

Un silencio profundo reinó.

—Compañeros—dijo el presidente—: si os parece, voy a ponerme inmediatamente en contacto con nuestros queridos colaboradores de la estación del Sur. Acaban de hacernos señales.

La enorme sala donde se encontraban era una magnífica construcción de cristal, hierro y mármol, adornada con flores exóticas y hermosos árboles, y más parecida a una “serre” que a un sitio público.

Tras las paredes, la noche polar lo envolvía todo en sus tinieblas; pero unos condensadores especiales inundaban la sala—con el gran gentío, las flores, las mesas admirablemente servidas, las gentiles columnas que sustentaban el techo, las innumerables estatuas—de una luz no menos alegre y brillante que la del sol.

Tres paredes de la sala eran opacas; pero la cuarta, a la que el presidente hallábase vuelto de espaldas, era un a modo de tablero de proyecciones cuadrado, de un cristal en extremo fino y lustroso.

Recibido el consentimiento de la sociedad, el presidente oprimió con el dedo un pequeño botón eléctrico que había sobre la mesa.

El tablero se iluminó inmediatamente con una luz interior deslumbradora, y luego se diría que se disipó. En su lugar apareció de pronto otra sala también magnífica, también llena de gente sentada alrededor de mesas admirablemente servidas. Unos y otros seres humanos—todos bellos,

fuertes, alegres, vestidos con esplendidez—se reconocían, cambiaban sonrisas, se saludaban levantando sus vasos, a través de una distancia de 20.000 kilómetros. Pero a causa del ruido general, de las sonoras risas, ni unos ni otros oían aún la voz de los amigos lejanos.

El presidente entonces se levantó de nuevo y manifestó con un gesto que quería hablar. Todos, al punto, enmudecieron en los dos extremos del mundo.

He aquí lo que dijo el presidente:

“¡Mis queridas hermanas y queridos hermanos! Vosotras, encantadoras mujeres, a quienes admiro con pasión, y vosotros, a quienes amé en otro tiempo y para quienes mi corazón está lleno de gratitud, escuchad! ¡Gloria a la vida eternamente joven, bella, inagotable! ¡Gloria al Hombre, único dios de la tierra! ¡Gloria a su cuerpo tautomúrgico y a su espíritu inmortal!

Os miro, amigos soberbios, alegres, audaces, seguros de vosotros mismos, y un gran afecto llena mi corazón. Nuestra mente no conoce obstáculos, nada puede oponerse a nuestros designios. No hay entre nosotros sumisión, ni dominación, ni celos, ni hostilidad, ni violencia, ni engaño. Todos los días abren ante nuestros ojos misterios que dejan de serlo para nosotros, y la ciencia se desenvuelve de un modo admirable. La muerte misma no nos espanta ya, porque nos vamos de la vida sin que la vejez nos haya desfigurado,

sin que se pinte en nuestros ojos un horror salvaje y sin que la maldición brote de nuestros labios, porque nos vamos de la vida hermosos, semejantes a dioses, sonrientes. No nos asimos desesperadamente a nuestros últimos días, sino que, a manera de viajeros cansados, cerramos dulcemente los ojos. Nuestro trabajo es una delicia. Nuestro amor, rotas las cadenas de la esclavitud y la trivialidad, se parece al amor de las flores: tan libre y bello es. Y nuestro único soberano es el genio del Hombre...

Quizá, caros amigos, lo que estoy diciendo sean vulgaridades, cosas que todo el mundo conoce hace tiempo; pero no puedo hablaros de otra manera. Esta mañana he leído un libro tan interesante como horrible: "La historia de las revoluciones del siglo xx."

No pocas veces he pensado mientras lo leía: *¿Será esto quizá un cuento fantástico?* Tan inverosímil, tan estúpida, tan llena de horror me parecía la vida de nuestros antepasados.

Sí, amigos míos: aquellas gentes de quien nos separan nueve siglos parecían serpientes venenosas encerradas en la misma jaula. Viciosas, sucias, infectadas de morbos, feas, cobardes, se mataban unas a otras sin cesar, se robaban un pedazo de pan y lo escondían en los escondrijos más oscuros para que un tercero no se lo llevase; se quitaban la tierra, el agua, los bosques, las casas, hasta el aire. Hatajos de gandules ávidos,

apoyándose en hipócritas religiosos, en ladrones y en impostores, enviaban muchedumbres de miserables esclavos a matarse mutuamente, y vivían como parásitos sobre la podredumbre de la descomposición social. Y la tierra, tan grande, tan bella, era para aquellos hombres angosta como una prisión, y el aire en ella era pesado como en una caverna.

Pero en aquella época terrible, junto a las bestias de carga, junto a los esclavos cobardes y sin dignidad, se alzaban de vez en cuando hombres altivos, héroes de alma noble, independientes, dispuestos al sacrificio. No acierto a explicarme cómo podían nacer en tal época vil, vergonzosa. En aquellos tiempos sanguinarios, cuando ni el hogar era un abrigo seguro para nadie, cuando la violencia y el asesinato eran pagados con largueza, aquellos héroes, en su santa locura, gritaban: "¡Abajo los tiranos!"

Y su sangre teñía las piedras de las calles y las losas de las aceras; los infelices perdían la razón en los calabozos; morían ahorcados, fusilados. Renunciaban gustosos a todas las alegrías de la vida, salvo a la de morir por la libertad de las generaciones futuras.

¿No veis, caros amigos, ese puente de cadáveres humanos que enlaza nuestro luminoso presente con aquel horrible, tenebroso pasado? ¿No os imagináis ese terrible río de sangre cuyas ondas han empujado a la humanidad al mar radiante y vasto de la felicidad universal?

¡Honor a vosotros, antiguos amigos desconocidos, de quienes nos separan siglos y siglos! ¡Honor a vosotros, que tanto padecisteis! Ibais a la muerte con una sonrisa en los ojos, que miraban siempre adelante, al porvenir remoto. Preveíais a las generaciones futuras emancipadas, fuertes, triunfantes, y les enviábais vuestra bendición al morir...

¡Queridos amigos! Beba cada uno de nosotros, sin pronunciar una palabra, en un silencio religioso, un vaso de vino a la memoria de aquellos mártires lejanos. Y sienta cada uno de nosotros en su corazón la bendición de su mirada.”

Y todos bebieron en silencio.

Pero una mujer de maravillosa belleza que estaba sentada junto al orador se apretó de pronto contra él y empezó a llorar dulcemente. Y cuando el orador le preguntó por qué lloraba, le contestó con voz muy queda:

—A pesar de todo, yo quisiera haber vivido en aquella terrible época..., con ellos..., con los mártires...

NATALIA DAVIDOVNA

Hacía diez y seis años que era inspectora en un instituto de doncellas nobles, y gozaba de una estimación profunda por parte de la directora y de todos los jefes. Se apreciaban en ella la austeridad, los conocimientos pedagógicos y la larga experiencia. Las demás inspectoras hasta tenían celos de ella, tanto más cuanto que la directora, con frecuencia, la invitaba por la noche a conversaciones íntimas. Como es natural, las compañeras no la querían, se le mantenían a distancia y la temían un poco.

A las señoritas que tenía bajo su férula les inspiraba una mezcla de respeto y miedo, y su clase era considerada una clase modelo; las alumnas se portaban muy bien y progresaban mucho en sus estudios. Y, sin embargo, ella no recurría nunca a los gritos, ni a los castigos, ni a las amenazas de quejarse a los padres o a los jefes. Había algo imperioso en su mirada fría y fija, y se advertía en su voz una fuerza tranquila y una serena seguridad de sí misma. Mientras que las demás inspectoras e institutrices tenían todas mo-
tes, las muchachas no podían encontrar ninguno

para Natalia Davidovna; tan grande era el respeto que les inspiraba.

Había estudiado en el mismo instituto, y lo había hecho con tanta brillantez que se le había concedido una medalla de oro. Luego se había quedado en el establecimiento como inspectora. Se diría que no había tenido infancia ni pasado, ni nada que se pareciese ni remotamente a la novela sentimental indispensable en los institutos de señoritas, como si hubiera nacido ex profeso para llegar a ser inspectora.

Sin embargo, era hermosa. Tenía las facciones finas y la tez de un moreno pálido, uno de esos rostros que gustan a los hombres. Su talle esbelto provocaba la admiración general. Pero, con todo, no se atrevía nadie a hacerle la corte; todos lo consideraban un sacrilegio y una grave ofensa para aquella mujer austera consagrada a la educación en cuerpo y alma.

Uno de los protectores del instituto la llamaba "centinela eterna". Y, en efecto, consagraba al servicio del establecimiento veinte horas diarias, dedicando al sueño sólo cuatro. A veces, con tácticos pasos, pasaba a media noche, cuando todos dormían, por los dormitorios. Conocía al dedillo la vida íntima del instituto, y parecía poseer el don de leer los pensamientos más arcanos.

En los diez y seis años de su servicio Natalia Davidovna no había pedido más que una vez una licencia larga: cuando, por prescripción facultativa, se vió precisada a marcharse a Odesa cua-

tro meses, a tomar baños de mar. Antes y después de aquellas vacaciones casi no había salido del instituto. Sólo una vez cada dos o tres meses le pedía permiso a la directora para pasar la noche del sábado al domingo en casa de una tía enferma que vivía donde Cristo dió las tres voces, y que padecía desde hacía muchos años una dolencia cruel que le impedía levantarse de su sillón.

Después de pasar una noche penosa junto a la enferma, aquejada de insomnio, y, además, nerviosísima y llena de caprichos, Natalia Davidovna se presentaba en el instituto por la mañana temprano para asistir a misa con sus alumnas. Después de misa, cuando todas las inspectoras pasaban, haciendo reverencias, por delante de la directora, ésta invitaba a acercarse a Natalia Davidovna con un movimiento de cabeza.

—Eh bien! Comment se porte madame votre tante?

—Princesse, Dieu seul peut la sauver. Elle souffre beaucoup—respondía suspirando y tristemente Natalia Davidovna.

—Pourquoi n'êtes-vous pas restée encore auprès d'elle?

—Je suis venue pour remplir mon devoir, princesse.

—Mais vous-même, mon enfant, vous avez l'air maladif.

—Ma tante n'a pas fermé l'oeil pendant toute la nuit.

—Pauvre enfant. Vous perdez votre santé. Allez vite vous réposez, ma chérie.

En efecto: los domingos siguientes a las noches pasadas en casa de su tía, Natalia Davidovna tenía un aspecto harto enfermizo. Se diría al mirarla que acababa de dejar el lecho después de una larga dolencia o que se había entregado durante la noche a los placeres de una orgía loca: tan pálido estaba su rostro, tan cansados sus ojos, tan secos y exangües sus labios.

En realidad, Natalia Davidovna no había tenido nunca tía alguna. Durante los diez y seis años había engañado a todo el mundo hablando de aquella tía mitológica, y nunca nadie había concebido sospechas.

Cada dos o tres meses, el sábado, después del rezo de la noche, se dirigía a la directora:

—Me permettez-vous, princesse, d'aller voir ma tante?

—Mais certainement, mon enfant. Seulement, ne vous fatiguez pas trop.

Y Natalia Davidovna, después de asegurarse de que las jóvenes alumnas dormían con un sueño profundo, salía lentamente del instituto, saludada por los criados y el portero con marcado respeto.

Cuando se había alejado bastante, sacaba de su bolsillo un tupido velo negro, se cubría la cara con él, y un cambio radical se operaba, como por

encanto, en su persona. Natalia Davidovna se convertía en una buscona elegante, en una modista al servicio de un lujoso almacén de modas, en todo lo que queráis, menos en nada parecido a la austera inspectora que la gente estaba habituada.

Andaba con la languidez de una mujer ligera, acostumbrada a entregarse a muchos hombres. Les hacía señas a los transeuntes, se reía provocativamente y, al mismo tiempo, se cuidaba de no tropezarse con nadie que la conociese.

Su linda figura atraía a los hombres; pero cuando le hacían una proposición, se negaba con un movimiento de cabeza, rechazando de un modo enérgico a los más obstinados. Buscaba. Su larga experiencia y su instinto de mujer perversa la ayudaban a escoger el hombre que le hacía falta. Sin cuidarse para nada de su belleza, de su edad, de su traje, elegía el hombre que necesitaba. A veces era un viejo, a veces un jorobado, con frecuencia un muchacho.

Conducía al que había elegido, en un coche de punto, al extremo de la ciudad, a cualquier hotel de mala fama, y se entregaba, durante toda la noche, a una orgía sensual sin nombre.

A la mañana siguiente, cuando su compañero, extenuado por la monstruosa fiesta de amor, se dormía con un sueño profundo, ella se bajaba sin ruido de la cama, se vestía, y, después de pagar todos los gastos de la noche, tomaba un coche y regresaba presurosa al instituto.

Nunca se acostaba dos veces con el mismo ho u-

bre, aunque sus amantes de una noche la suplicaban entre caricias que les concediese otra entrevista.

Una noche eligió a un soldado que estaba de escribiente en un regimiento y era un hombre ya entrado en años, grueso. Corría el mes de diciembre.

Al amanecer, cuando se veía ya al través de los cristales la blancura del día, aquel individuo, excitado por las caricias de Natalia Davidovna, le apoyó la cabeza en el pecho y, de repente, roncó y se quedó inmóvil. Asustada, ella comenzó a preguntarle qué le pasaba, y al ver que estaba muerto lanzó un grito desgarrador.

Inmediatamente acudió la servidumbre del hotel. Como Natalia Davidovna no abría, se desce-rrajó la puerta.

Media hora después llegaron la policía y el juez de instrucción. Este, un hombre de edad y de despejada inteligencia, reconoció en seguida a Natalia Davidovna, a quien veía todos los jueves en el locutorio del instituto, adonde iba él a visitar a su hija.

Pensó echar tierra sobre el asunto; pero la conducta impudente de la inspectora le escandalizó.

Un poco calmada, y comprendiendo que había perdido para siempre su plaza en el instituto, se tornó cínicamente franca. De pie ante el juez, en enaguas, sin corsé, se arreglaba los largos cabellos, en alto los brazos desnudos y los alfileres en la boca, diciendo:

—¿Dice usted que cómo puede ser que durante

diez y seis años no haya abrigado nadie ni una sombra de sospecha? Eso es precisamente lo que me producía un enorme placer. A veces, sola en mi cuarto, me moría de risa pensándolo. ¡Era delicioso! ¡Tener una reputación casi de santa y pasarse noches enteras gozando! Pero ustedes los hombres casados comprenden muy bien las delicias de los amores secretos... Nadie sospechó, cuando me fuí hace años a Odesa, que no me iba por motivos de salud, sino sencillamente porque estaba encinta.

El juez de instrucción la miraba con una mezcla de curiosidad y horror.

—¿Y no se ha tropezado usted nunca con alguno de sus conocidos?

Ella se echó a reír.

—Por fortuna, no. Pero aunque me hubiera encontrado con alguno que me conociera, no me hubiera expuesto a nada. Le habría propuesto ir conmigo, y él hubiera aceptado gustoso. A usted, por ejemplo... un hombre respetable, casado... ¿semejante proposición no le hubiera hecho correr en pos de mí, aunque sólo hubiera sido por su originalidad? Con tanto más motivo cuanto que, de seguro, habrá usted oído hablar muchas veces a su hija de mis virtudes...

Arreglados los cabellos y sentada en el sillón añadió muy tranquila:

—Tenga usted la bondad de mandar a alguien al instituto por mis cosas y mis papeles. Y haga usted el favor de decir que me traigan café...

DEMIR-KAIA

(LEYENDA ORIENTAL)

El viento se calmó. Tal vez nos viéramos en la precisión de pasar la noche en el mar: nos separaban de la costa más de treinta kilómetros.

Nuestro barco, de dos palos, se balanceaba perezosamente sobre el agua. Las velas mojadas colgaban como trapos.

Una niebla blanca nos rodeaba por todos lados. No se veían las estrellas, ni el cielo, ni el mar, ni la noche. No encendimos las luces.

Seid-Abli, el viejo patrón del barco, sucio y descalzo, nos contó con voz queda y grave una antigua historia en la que creí a pie juntillas, porque la noche era tan extrañamente silenciosa, porque alrededor de nosotros dormía el mar invisible, porque sobre nuestras cabezas se acumulaban nubes blancas.

Le llamaban Demir-Kaia, que quiere decir "Roca de Hierro", y le llamaban de ese modo porque no conocía la piedad, la vergüenza ni el miedo.

Era jefe de una partida que recorría los alrededores de Stambul, la Tesalia, la Macedonia mon-

tañosa, las fértiles praderas de Bulgaria. Había matado por su propia mano, entre hombres, mujeres y niños, noventa y nueve seres humanos.

Pero una vez fué, con su banda, rodeado en las montañas por una nutrida tropa del sultán, cuyos días prolongue Allah. Durante tres días enteros luchó desesperadamente contra los soldados, como un lobo contra una jauría. La mañana del cuarto logró atravesar las líneas enemigas y escapar así del peligro. Parte de la banda pereció en el combate, y los demás bandidos fueron ahorcados en la plaza Redonda de Stambul.

Herido, ensangrentado, se acostó Demir-Kaia en una caverna donde le habían dado asilo unos pastores. Y de repente, a media noche, se le apareció un ángel con una espada flamígera en la mano. Demir-Kaia reconoció en él a Asrail, el mensajero de la muerte, y le dijo:

—¡Hágase la voluntad de Allah! Estoy dispuesto.

Pero el ángel le contestó:

—No, Demir-Kaia, tu hora no ha llegado aún. Escucha la voluntad de Dios: cuando te levantes de ese lecho, desentierra tus tesoros ocultos y véndelos. Luego te dirigirás hacia el Este y andarás hasta la encrucijada de los siete caminos. Allí construirás una casa con vastos aposentos muy ventilados, con anchos divanes, con fuentes de agua pura y límpida. Tendrás dispuestos comida y bebida y tabaco aromático para los viajeros cansados. Invitarás a cuantos pasen por tu

puerta y les servirás como el último de los esclavos. Tu casa será su casa; tu oro, su oro; tu trabajo, su reposo. Y si cumples al pie de la letra estos mandatos, llegará un día en que Allah olvidará tus crímenes y te perdonará la sangre de tus víctimas inocentes.

Pero Demir-Kaia preguntó:

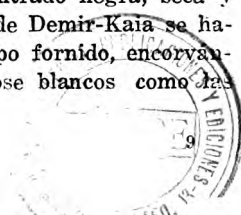
—¿Y cómo podré saber que Allah ha perdonado mis crímenes?

Y el ángel contestó:

—Coge de la hoguera que se está apagando junto a ti una astilla medio quemada y cubierta de ceniza, plántala, y cuando la madera muerta se vista de corteza y empiece a florecer, será señal de que la hora del perdón ha sonado para ti.

Pasaron veinte años. Por todo el país del sultán se hablaba con admiración del albergue situado en la encrucijada de los siete caminos, entre Dchdda y Esmirna. Los mendigos salían de él siempre con la bolsa llena de dinero; los hambrientos, alimentados; los que padecían cansancio, reposados; curados, los heridos.

Por espacio de veinte años, de veinte largos años, Demir-Kaia, todas las noches, había mirado la astilla quemada plantada por él en el patio. Pero siempre le había encontrado negra, seca y muerta. Los ojos de águila de Demir-Kaia se habían ido apagando; su cuerpo fornido, encorvándose; sus cabellos, tornándose blancos como las alas de un ángel.



Mas he aquí que una mañana oyó el galope de un caballo y corrió al camino. Sobre un caballo cubierto de espuma marchaba veloz un viajero. Demir-Kaia se lanzó hacia él, se asió a la brida y le rogó:

—¡Hermano mío, entra en mi casa! Refrigera tu rostro con el agua límpida de mis fuentes, come, bebe y fuma una pipa de mi perfumado calian.

Pero el otro gritó furioso:

—¡Déjame, viejo! ¡Lárgate!

Y le escupió en la cara, le dió en la cabeza un fuerte latigazo y siguió galopando.

La sangre orgullosa del viejo bandido se removió en las venas de Demir-Kaia, que cogió una pesada piedra y se la tiró a la cabeza al jinete. Este vaciló y cayó del caballo.

Horrorizado de lo que había hecho, Demir-Kaia corrió hacia el herido y le dijo tristemente:

—¡Hermano mío, te he matado!

Pero el moribundo contestó:

—No has sido tú quien me ha matado; ha sido la mano vengadora de Allah. Escucha. El pachá de nuestra región es un hombre injusto y cruel. Mis amigos han organizado contra él una conspiración. Pero, tentado por una rica recompensa, he decidido traicionarlos. Y he aquí que, cuando corría a denunciar a mis amigos, he sido detenido por la piedra que me has lanzado. Es la voluntad de Dios. Quien me ha matado ha sido El.

Lleno de dolor, tornó Demir-Kaia a su casa.

La escala de virtud y de arrepentimiento por donde se elevaba con tanta paciencia hacia veinte años se había desplomado de pronto bajo sus pies.

Desesperado, miró la astilla negra y seca que acostumbraba a mirar todos los días. Y de repente—¡oh, milagro!—la vió cubrirse de botones verdes, de hojas y de flores fragantes.

Demir-Kaia cayó de hinojos y empezó a llorar de alegría. Había comprendido que el gran Allah misericordioso, en su sabiduría infinita, le había perdonado la muerte de noventa y nueve inocentes en gracia a la muerte de un solo traidor.

UN JAMELGO

Cafía una menuda lluvia. La calle parecía llena de niebla. La fría humedad mojaba, de un modo sutil, el rostro de los transeúntes. La gente andaba presurosa, con el cuello del gabán levantado y cara de pocos amigos.

Al encontrarse con nuestra procesión se quitaba el sombrero y dirigía una mirada de curiosidad a los enterradores harapientos, de rostro severo y majestuoso, que marchaban ante el ataúd, de dos en dos, por en medio del barro, recogíéndose la capa; a los dos caballos cubiertos con unos paños negros, agujereados por delante de los ojos equinos, a modo de antifaces; al alto coche fúnebre, con una cubierta negra ribeteada de blanco; al ataúd blanco que se zarandeaba en el coche y que llevaba encima una verde corona de hojalata; a la larga fila de carruajes llenos de hombres y mujeres indiferentes, tediosos y un poco cohibidos.

Había en todo aquello algo lastimoso, extremadamente triste, que le encogía a uno el corazón. Me parecía que si el difunto Paskevich, que se zarandeaba en el ataúd, hubiera podido hablar, le hubiera dicho al acompañamiento:

—Dejadme en paz y volveos a vuestra casa. ¿Para qué representar esta miserable comedia?

—¿Pronunciará usted un discurso sobre la tumba?—le pregunté a Vasiutin, redactor de un diario local, que iba en el coche junto a mí.

Era un hombrecillo de aspecto muy severo, casi siniestro, pero que, en realidad, tenía un corazón de oro. Me había sido siempre muy simpático.

Hizo una mueca nerviosa.

—¿No, no hablaré!

—¿Por qué, hombre?

El periodista, con gesto de enojo y voz alterada, se expresó así:

—¿Que por qué? Porque, aunque yo no hable, no faltarán oradores. ¿Que se vayan todos al diablo! ¿Tartufos malditos! ¿Hipócritas! Sé de antemano todas las tonterías que dirán con aire grave de pontífices. "El estandarte sagrado del arte", "el fuego inextinguible que arde en el altar de la poesía", "el honrado obrero de la cultura", etcétera, etc. ¿No, no, eso me repugna! Si yo tomase la palabra, les diría cuatro verdades...

—¿Qué les diría usted, Antón Zajarievich?

—Mire usted lo que les diría: "Nosotros, los literatos, arrastramos nuestro famoso carro del progreso. Es verdad, y no hay por qué asombrarse. Los bueyes y los asnos arrastran también sus carros, porque son dóciles y sufridos y están seguros de que su trabajo les conquistará un poco de heno. ¿Pero saben ustedes, señores, lo

que pasaría si se enganchase a un carro cargado de piedras un buen caballo árabe? El noble bruto agotaría sus fuerzas, se rompería la espina dorsal y el pecho, se quebraría las piernas y acabaría por convertirse en un jamelgo miserable y enfermo. Entonces le dejarían en medio del campo, para que se muriese, y natural, se moriría. Los bueyes dóciles y laboriosos seguirían rumiando heno, arrastrando pesados carros y recibiendo palos con indiferencia.”

Tras una corta pausa, continuó:

—¿Y sabe usted cómo acabaría el discurso? Les diría: “Señores, Paskevich tenía mucho más talento que todos vosotros. Era una naturaleza selecta, fina, delicada, entusiasta. Y aunque, al fin de su vida, perdió toda capacidad de trabajo; aunque ha muerto de una enfermedad muy larga, en un sucio lecho de hospital; aunque nadie llora su muerte, era más feliz que todos nosotros.”

—¿Le trataba usted?

—¡Ya lo creo! Precisamente, estaba yo en la redacción cuando llegó, hace ya muchos años, su primer cuento. El pobre se ruborizaba como una muchacha, y apenas se atrevía a pronunciar algunas palabras. Había en su rostro y en su voz algo temeroso, como si hubiera cometido algún crimen, o más bien, algún acto infantil, poco serio, que pudiera excitar la risa de los dioses del Olimpo literario que nosotros éramos entonces para él. Cuando cobró sus primeros honorarios periodísticos, estaba tan turbado como si

acabase de robar algo por primera vez... A propósito, diga usted: ¿por qué experimentaré yo siempre, como muchos otros escritores, ese sentimiento extraño de turbación al cobrar mis trabajos? ¿Será porque los rusos no hemos llegado todavía al grado de madurez preciso para considerar la literatura una cosa seria? ¿O será quizá porque no nos creemos dignos de cultivarla y dudamos de nuestras fuerzas?

—Recuerdo muy bien—continuó tras un corto silencio, Vasiutin—las primeras palabras de Paskevich. ¡Había en ellas un fuego, una originalidad audaz!... ¡Con qué cariño, con qué paciencia las escribía! Las trabajaba como un joyero trabaja una piedra preciosa; y, a pesar de eso, eran tan elegantes, tan encantadoras, que el lector hubiera jurado que habían sido escritas de un tirón.

El éxito le emborrachó, y decidió consagrar todas sus fuerzas y toda su vida a las letras. El charco en que nos agitamos se le antojaba un templo. Un tropel de plagarios sin talento alguno, que habían escogido el oficio literario por ser incapaces de hacer otra cosa, dada su absoluta carencia de energía, de ingenio y de cultura, esos señores que hacen de las letras la más baja faena, vendiendo sus plumas a los hosteleros y a las cantantes, se le antojaban héroes, defensores de la justicia.

Detestaba el reportaje y todo otro trabajo periodístico por el estilo. Sólo quería escribir novelas. Pero sus obras no tardaron en pecar de

precipitadas. ¡Había que vivir! Nadie le hubiera dado de comer ni le hubiera comprado unas botas sólo por su talento. Y las necesidades implacables de la vida le obligaban a aprovechar el primer asunto que se le ocurría para escribir algo y ganar algunos rublos. Con frecuencia empezaba a escribir sin saber aún cómo acabaría su novela. Escribía en una esquina de la mesa de redacción, sobre un montón de periódicos, en medio de la algarabía de los redactores, oyendo sonar a cada instante el timbre del teléfono. Y, a pesar del febril apresuramiento con que trabajaba, se encontraban a veces en sus escritos magníficos relámpagos de talento, admirables imágenes, descripciones maravillosas.

Ya sé que hay escritores que pueden soportar una vida así durante años y años; pero Paskevich era como esas espléndidas flores exóticas, demasiado delicadas, que se marchitan si les faltan la luz y el calor. Para estimular su energía, recurría a excitantes, como el vino y la morfina. Año y medio después de su primer cuento, no podía ya su cerebro cansado concebir ni un asunto.

Pero, sin embargo, había que vivir. Se había casado, de la manera estúpida que suelen hacerlo los hombres de talento desequilibrados e incapaces para la vida práctica... Una modista de la vecindad, un encuentro en la escalera mal alumbrada, una breve novela, la hipertrofia del honor, los remordimientos de conciencia, los sentimientos caballerescos... y cádate al pobre infeliz con-

vertido en marido de una linda joven sin cultura, sin corazón, de alma mezquina y estrecha. Ella le despreciaba por la suavidad de su carácter, por su timidez, por su debilidad física, por su falta de sentido práctico. Le armaba escándalos en la calle y se la pegaba con casi todos los periodistas y los oficiales de la ciudad. Tenían hijos—unas pobres criaturas pálidas y raquíticas—. Señalándoles con la mano, le gritaba, en su jerga de verdulera: “¡Son tus hijos, tus hijos! Hay que mantenerlos. ¿Por qué no escribes? ¡Ponte a escribir en seguida!”

Y él escribía, ¡mi pobre Paskevich!, escribía día y noche, en su casa, en las redacciones, en los cafés... Llegó a ser un sencillo repórter. Intentó escribir artículos de fondo para los periódicos; pero no podía acostumbrarse a ese lenguaje singular, solemne, de los “leaders” periodísticos, infinitamente más estúpido, a veces, que los procesos verbales policíacos. Permanecía horas enteras con la pluma en la mano, desesperado, sin poder enlazar dos frases, cada una de las cuales comenzaba por el pronombre “cuyo”.

No, sería demasiado largo de contar el martirio... El fin fué de lo más vulgar: el “surmenage”, la tisis, la ceguera. En cuatro años, aquel hombre se consumió, como devorado por la llama de una hoguera... ¡Y a esto se le llama vida!

Vasiutin calló y le pareció sumirse en tristes reflexiones. Hasta nuestra llegada al cementerio, no pronunciamos ni una sola palabra.

Cuando nos congregamos en torno a la tumba, la expresión de todos los rostros era grave y solemne. Las primeras paletadas de tierra cayeron con un ruido sordo sobre la tapa del ataúd. Los enterradores se entregaron febrilmente al trabajo; se veía que tenían prisa.

Un señor de elevada estatura, robusto, con lentes, cuya faz redonda adornaba una perillita roja, se adelantó un poco hacia la tumba. Miró alrededor, tosió, y empezó a hablar:

—¡Señores! ¡Una nueva pérdida dolorosa! Un nuevo luchador honrado ha bajado prematuramente a la tumba... Nuestro difunto compañero Paskevich mantuvo siempre valientemente en alto el estandarte bajo el cual trabajamos todos por el bien público... Sembraba la buena semilla de la cultura y de la luz, y el fuego sagrado no se apagaba nunca en su corazón, que...

Se oyó, de pronto, un ruido extraño. Todo el mundo volvió la cabeza. Vasiutin, apoyado en la verja de un rico panteón, sollozaba y lloraba a lágrima viva.

UN IDILIO

1

Hace ya... me parece a veces que hace lo menos trescientos años; tantos acaecimientos, rostros, ciudades, éxitos, fracasos, alegrías y dolores separan aquel tiempo de éste.

Yo vivía entonces en Kiev, en una fonda que ostentaba el pretencioso título de "La Bahía del Dnieper", y cuyo propietario era un antiguo cocinero de barco despedido por borracho y casado con una mujer pérfida, ávida y malévola como una hiena.

Los huéspedes estables éramos seis, todos solteros. La habitación número 1 estaba ocupada por el más antiguo de todos, que hacía muchos años había sido comerciante y poseído un almacén ortopédico, perdiendo después en el juego, al que se entregó por completo, toda su fortuna. Durante algún tiempo había sido comisionista; pero su pasión por el juego le había hecho perder el empleo. A la sazón vivía de un modo estúpido e insensato; dormía todo el día y pasaba la noche en los garitos que tanto abundan en la orilla del

Dnieper, cerca del puerto. Como todos los jugadores que juegan por vicio y no para lucrarse, era generoso, cortés y un poco fatalista.

Ocupaba la habitación número 3 el ingeniero Butkovsky. Según contaba, había estudiado la carrera de ingeniero de Minas y la de ingeniero de Caminos, y había estudiado también en el instituto agrícola y en el tecnológico y en una escuela superior del extranjero. En efecto, estaba abarrotado de conocimientos de todas clases. Era, en este respecto, una especie de salchichón, o, más bien, una a manera de maleta demasiado llena y muy difícil de cerrar, de la cual, al abrirla, sale en desorden todo lo que contiene. Sin el menor esfuerzo, aunque no se le invitase a ello, hablaba, como un libro, de aviación, de botánica, de estadística, de política, de los ictiosauros, de astronomía, de fortificaciones, del análisis espectral, de avicultura, de riegos, de la conservación de los bosques, de la canalización.

Todos los meses, durante algunos días, se entregaba de un modo desenfrenado al alcoholismo. Entonces sólo hablaba en francés, y también en francés les escribía breves cartas a sus antiguos compañeros de carrera, solicitando préstamos pecuniarios. Después, durante cinco días, no salía de su cuarto, donde permanecía acostado bajo su capa azul. No hacía absolutamente nada, salvo escribir a los periódicos una enorme cantidad de cartas sobre todo género de asuntos: sobre las marismas de Pinsk, sobre el descubrimiento de

una estrella, sobre los pozos artesianos. Cuando tenía dinero, lo colocaba entre las hojas de algunos libros que guardaba en su armario, y luego era para él una grata sorpresa encontrarlo. A veces me decía, pronunciando nasalmente las erres:

—Queguido amigo, tenga usted la bondad de cogeg del agmaguio el cuagto tomo de Eliseo Gueclu... Entgue las páginas 200 y 300 deben estag los cinco gublos que le debo a usted.

Era completamente calvo y llevaba cortada en forma de abanico la larga barba blanca.

La habitación número 8 la ocupaba yo. La habitación número 7, un estudiante grueso y lampiño, siempre irreprochable, que llegó con el tiempo a ser un abogado de gran reputación. La habitación número 6 estaba habitada por el alemán Karl, un buen hombre, gordo, que ingería cerveza en cantidades inverosímiles. En fin, la habitación número 5 la habitaba una prostituta llamada Zoya, a quien la patrona estimaba más que a los otros huéspedes. Había hartas razones para ello; por de pronto, pagaba más que nosotros; además pagaba adelantado, y, en fin, no hacía nunca ruido. Sólo raras veces llevaba hombres a su cuarto, y siempre eran hombres serios, respetables, maduros, enemigos de los escándalos. La mayoría de las noches las pasaba fuera. El carácter de las relaciones entre los huéspedes era un poco extraño: nos conocíamos y no nos conocíamos. Nos prestábamos de cuando en cuando unos a otros un poco de te, una aguja, agua caliente, un perió-

dico, tinta, sobres, papel, y a eso se reducía todo. Había en la fonda nueve habitaciones; las tres libres solían ocuparlas de noche parejas amorosas. A nosotros no nos importaba. Estábamos acostumbrados a todo.

II

La primavera meridional, muy efímera, había llegado. El hielo que cubría el Dnieper durante el invierno se había fundido; el río sin trabas parecía un mar y había inundado todas las llanuras de la margen izquierda.

Las noches eran muy oscuras y calurosas. De cuando en cuando caían breves pero copiosas lluvias. La naturaleza renacía con una rapidez milagrosa; los árboles que al anoecer no tenían sino botones, amanecían cubiertos de hojas verdes y tiernas.

No tardaron en llegar las Pascuas con su hermosa y alegre noche. Yo no estaba invitado a pasarla en ninguna parte, y vagué a través de la ciudad, visité las iglesias, me distraje con el espectáculo de las procesiones religiosas, la iluminación de las calles, los suaves rostros de mujeres y niños, alumbrados por el resplandor de las velas. Resonaban solemnemente las campanas y se oían cánticos religiosos. Todo aquello me conmovía hasta hacerme llorar, me oprimía dulcemente el corazón, evocaba en mí los recuerdos de

mi pureza perdida, de mi infancia blanca y luminosa.

Al volver a mi habitación en la fonda me encontré en la escalera con Vaska, el mozuelo travieso de nariz respingada, sirviente de la casa. Cambiamos un beso (1). Enseñando al sonreír no sólo los dientes, sino también las encías, Vaska me dijo:

—La señorita del número cinco le ruega a usted que pase a su cuarto.

Yo experimenté cierto asombro; no tenía el honor de tratar a aquella “señorita”.

—Le ha escrito a usted cuatro letras—continuó Vaska—; las encontrará usted en su cuarto, encima de la mesa.

En efecto, encontré en mi cuarto un pedacito de papel, probablemente arrancado de un “carnet”, y bajo la palabra impresa “entradas” leí la misiva siguiente:

“Muy distinguido número 8: Si nada se lo impide a usted y no le desagrada, tenga la bondad de venir a mi cuarto para comer la sagrada torta de Pascuas. Su vecina,

Zoya Kramarenkova.”

Llamé a la puerta del ingeniero para pedirle consejo en situación tan delicada. Estaba de pie

(1) En Rusia, durante la fiesta de Pascuas, todos sin excepción, señores y campesinos, amos y criados, hasta los jefes de prisión y los prisioneros, cambian besos diciendo: “Cristo ha resucitado.”

ante el espejo y trataba obstinadamente de alisarse un poco con los dedos los rebeldes cabellos. Vestía una levita que debía de haber adquirido un gran conocimiento del mundo en su larga existencia, y lucía una corbata blanca anudada a un cuello viejísimo.

Me dijo que también acababa de recibir la invitación de Zoya.

Nos dirigimos juntos a su cuarto.

Nos recibió en la puerta, excusándose y poniéndose colorada.

Tenía una cara muy vulgar, la cara típica de una ramera rusa: labios gruesos, delatores de una voluntad débil; nariz apatatada, ojos grises casi sin cejas. Pero nos acogió con una sonrisa confusa, muy natural y dulce, una verdadera sonrisa de mujer, y su cara, por un instante, se tornó encantadora.

Ante la mesa estaban ya sentados el viejo jugador y el alemán Karl. De modo que todos los huéspedes de "La Bahía de Dnieper", excepto del estudiante gordo, nos encontramos allí.

La habitación era también la habitación típica de una prostituta: bomboneras vacías sobre la cómoda, etiquetas de fábricas de chocolate pegadas a las paredes, fotografías descoloridas de jóvenes imberbes de pelo rizado, de actores pretenciosos, de subtenientes con el sable desnudo y el rostro amenazador. Sobre el enorme lecho se alzaba una montaña de almohadas con fundas de tul. Bajo el espejo había polveras y tenacillas.

Pero la mesa, que, a falta de mantel, estaba cubierta de papel recortado, se hallaba ricamente servida: había en ella una torta de Pascuas, huevos teñidos de todos los colores, un gran jamón y dos botellas de un vino misterioso.

Cambiamos con Zoya tres besos castos y ceremoniosos, y nos sentamos a la mesa.

No puede negarse que nuestra reunión era poco vulgar: cuatro hombres agotados y terriblemente maltratados por la vida; cuatro viejos jamelgos que sumábamos entre todos lo menos dos siglos, y una ramera rusa que no era ya joven, es decir, uno de los seres más desgraciados, más tontos y más impotentes de nuestro planeta.

¡Pero había que ver lo torpemente amable, hospitalaria y simpática que estaba!

—Tenga la bondad de sentarse—decía cariñosamente, ofreciéndonos a cada uno una silla—. Siéntese usted y coma, se lo ruego. Señor número seis, ya sé que le gusta a usted más la cerveza, tómela; ahí la tiene junto a su cubierto. Y a ustedes, señores, voy a servirles vino. Es un vino muy bueno. Se llama “Tenerife”. Tengo un amigo, un capitán de barco, que no bebe más que “Tenerife”.

Los cuatro números no éramos ya niños, y sabíamos ya a qué atenernos, y, naturalmente, no ignorábamos cómo aquella muchacha había ganado el dinero invertido en el vino de “Tenerife” y en todo lo demás. Pero nos tenía sin cuidado, y nos hallábamos muy a gusto.

Zoya nos contaba cómo había pasado la noche. En la iglesia universitaria, donde había oído misa, se apiñaba una multitud enorme; pero ella, sin embargo, había tenido la suerte de encontrar un buen sitio. Habían cantado muy bien. Los estudiantes habían recitado en alta voz el Evangelio.

—Y figúrense, lo han recitado en todas las lenguas que existen en el mundo: en francés, en alemán, en griego, ¡hasta en árabe! Luego, cuando los curas han comenzado a bendecir las tortas de Pascuas en el patio de la iglesia, se ha movido un gran trastorno y ha habido unas cuantas pendencias.

Zoya se quedó pensativa, lanzó un hondo suspiro y empezó a recordar la Semana Santa en su aldea.

—Cogíamos en el campo unas flores azules muy lindas... Son las primeras flores que aperecen sobre la tierra pasado el invierno... Con esas flores fabricábamos el tinte para colorear los huevos. ¡Dios mío, lo que nos divertíamos!

Nuestra vecina continuó, tras un corto silencio:

—Y para poner los huevos amarillos, los envolvíamos en pellejos de cebolla y los echábamos en agua hirviendo. También los coloreábamos echando en el agua retalitos de colores. Después, durante toda la semana, se chocaban los huevos unos contra otros (1). Una vez, un muchacho

(1) Durante la fiesta de Pascuas, los niños y con frecuencia las personas mayores, se dedican a ese deporte especial: dos jugadores chocan huevos cocidos, uno contra otro; el huevo que se rompe se considera propiedad del jugador cuyo huevo queda intacto después del choque.

compró en la ciudad un huevo de piedra, y, naturalmente, rompía los huevos de todos sus adversarios, que no sospechaban nada; pero cuando se supo en la aldea el secreto del éxito, le hicieron devolver todos los huevos que había ganado, y le dieron una paliza.

Calló de nuevo unos instantes, mirando ante sí con ojos soñadores, transportada mentalmente a su aldea. Después continuó:

—Toda la Semana Santa había en el pueblo verbenas. Se instalaban en la plaza barracas, columpios, juegos. La gente se divertía, tocaba el acordeón, cantaba “Cristo ha resucitado...” ¡Oh, qué delicia!

No la interrumpíamos. No podíamos contar nada parecido. La vida nos había dado tantos y tan furiosos coscorriones, que habían acabado por huír de nuestra cabeza los recuerdos de la infancia, de la familia, de nuestras madres, de las antiguas Semanas Santas.

La noche fué pasando poco a poco, y la cortinilla de la ventana se tornó azulada al transparentar la luz del alba; luego amarillenta, y, por último, de un matiz rosa al dar paso al fulgor de los primeros rayos del sol.

—Si ustedes no tienen inconveniente, señores, voy a abrir la ventana—dijo Zoya.

Descorrió la cortina, abrió la ventana de par en par y se asomó a ella. Nosotros también nos acercamos.

Hacía una hermosa mañana, clara y fresca, y

se diría que alguien, durante la noche, había acicalado cuidadosamente el cielo azul, las nubes blancas, los altos álamos llenos de vida primaveral. Ante nosotros se extendía, a una gran distancia, el Dnieper, azul y amenazador junto a las orillas y plateado por el centro. Todas las campanas de todas las iglesias sonaban.

De pronto oímos un ruido extraño y volvimos la cabeza: el anciano ingeniero lloraba. Apoyaba la cabeza en la ventana, y los sollozos sacudían todo su cuerpo. ¿Qué pasaba en el viejo corazón devastado y herido de aquel hombre que en la lucha de la vida sólo había conocido derrotas? Yo no había oído hablar de su pasado sino muy vagamente: un matrimonio desgraciado con una mujer perversa y escandalosa, un lujo insostenible, la malversación de fondos del Estado, una escena de celos con tiros al amante de su mujer, la pérdida de los hijos, que siguieron a la madre... Zoya, apiadada, prorrumpió en una exclamación compasiva, cogió la cabeza calva del ingeniero, la colocó sobre su pecho y empezó a acariciarla suave y tiernamente.

—¡Querido, pobrecito mío!—decía—. Ya sé que vuestra vida es muy triste. Todos sois como perritos abandonados..., viejos, solitarios... Pero no os desesperéis... El buen Dios puede cambiarlo todo... Todo se arreglará, y la vida os será más fácil... Sólo necesitáis un poco de paciencia... ¡Valor, hijos míos!

Con mucho trabajo, el ingeniero se dominó y le-

gró calmarse. Los ojos se le habían puesto colorados a causa del llanto, y la nariz, azul.

—¡Diablo! Son los negvios... Los malditos negvios...—dijo, evitando mirarnos.

Se advertía en su voz que las lágrimas le subían a la garganta.

Cinco minutos después nos despedimos de Zoya. Todos le besamos respetuosamente la mano.

El ingeniero y yo salimos los últimos.

En el momento que salíamos apareció en el corredor el estudiante gordo, que volvía de la ciudad.

—¡Calla, calla!—exclamó sonriendo con aire malicioso—. ¡Mira de dónde salen! ¡Habrán pasado ustedes un buen rato con esa señora!

Había algo extremadamente cínico en su acento.

El ingeniero le miró de alto abajo, y tras un largo silencio dijo con un desprecio magnífico, imposible de describir:

—¡Badulaque!

UN CAPRICHIO

I

El enorme salón de conferencias de la Universidad parecía inundado por un mar de luces. En un extremo se alzaba un vasto estrado, engalanado con banderas y plantas. Sobre él había un piano con la tapa levantada.

Aunque parecía que no quedaba ya ni un solo sitio libre, olas de espectadores penetraban sin cesar en el enorme salón por la puerta de entrada. La vista se perdía en aquel agitado mar de cabezas, de tocados, de fracs negros, de uniformes militares, de claras "toilettes", de mujeres, de abanicos inquietos, de brazos finos calzados con largos guantes blancos, de gestos y sonrisas llenos de coquetería.

Un gentil cantante subió al estrado. Con paso seguro, casi orgulloso, avanzó desde la escalinata. Vestía de frac y llevaba una rosa roja en el ojal de la solapa. Siguiéndole como su sombra, subió también, casi inadvertido, su acompañante, que se sentó al piano. Llevaba una larga melena que le caía sobre los hombros.

Inmediatamente reinó el silencio.

Varios estudiantes pertenecientes a la junta or-

ganizadora del concierto, en señal de lo que llevaban unas cintitas en el pecho, iban y venían impacientes por el vestíbulo, por entre los abrigos y las pieles, esperando la llegada de la señorita Enriqueta Ducroix, primadona de la ópera de París, que invernaba en la ciudad. Aunque la célebre cantatriz había recibido a la comisión de estudiantes con suma amabilidad y había asegurado que sería para ella un gran honor cantar en su concierto, la tercera parte, en la que figuraba su nombre en el programa, había comenzado ya, y ella no parecía.

“¿Será posible que no venga?”, se preguntaban con inquietud los organizadores, mirando ansiosamente por las ventanas y tratando de sondear las tinieblas de la noche. La señorita Ducroix, que cobraba carísimos los billetes para sus conciertos, era el “clou” de la fiesta, y su nombre había atraído a la mayoría del público.

Afortunadamente, al cabo de un cuarto de hora se oyó rodar un coche, y por las ventanas se vieron acercarse dos linternas. Los organizadores corrieron a la puerta, tropezando unos con otros y visiblemente conmovidos.

Era, en efecto, la señorita Ducroix, que entró en el vestíbulo sonriendo a los estudiantes y señalándose con la mano a la garganta, envuelta en pieles costosísimas. Aquel ademán quería decir que estaba dispuesta a explicar su retraso, pero que no se atrevía a hablar en el frío vestíbulo.

II

Como la señorita Ducroix se había hecho esperar tanto, y el público estaba seguro de que ya no iría, su aparición repentina en el estrado produjo una magnífica impresión de sorpresa. Varios centenares de robustas gargantas, cuyas voces se mezclaban con formidables aplausos, le hicieron una ovación tan larga y calurosa, que aquella mujer mimada por la gloria no pudo menos de sentirse conmovida y halagada. De pie junto a la escalinata, ligeramente inclinada hacia el público, paseaba sus grandes ojos negros y sonrientes por las filas de espectadores. Vestía un traje blanco de seda resplandeciente, cuyo corpiño sostenían sobre sus hombros unas cintitas. Sus bellos brazos desnudos, su pecho alto y muy descotado, y su cuello torneado y altivo, parecían esculpidos en un mármol cálido y aterciopelado.

Se acercó al piano varias veces para cantar; pero siempre una nueva salva de aplausos la obligaba a volver junto a la escalinata y a saludar al público. Por fin, con una sonrisa encantadora, señaló al piano de una manera suplicante. Los gritos y los aplausos cesaron. El público la contemplaba con mirada amorosa, y en medio de un silencio profundo, pero vivo y atento, la artista comenzó a cantar una romanza de Saint-Saëns.

Alejo Sumilov, estudiante de medicina de segundo año, en pie, apoyado en una columna pró-

xima al piano, escuchaba, con los ojos cerrados, el canto apasionado y tierno. Amaba la música con un amor extraordinario, profundo, casi morboso; la sentía con todo su cuerpo, con sus nervios, con su alma. Y cada vibración de la admirable voz de la artista penetraba en lo hondo de su ser y provocaba en él dulces estremecimientos. A veces se le antojaba al joven que aquella voz brotaba de su propio pecho.

Cuando, después de cada romanza, el público estallaba en aplausos y en bravos frenéticos, Sumilov experimentaba un dolor casi físico y miraba al público con expresión de espanto, de súplica y de sufrimiento. Pero la señorita Ducroix empezaba una nueva canción, y Sumilov cerraba de nuevo los ojos y se abandonaba al encanto de la música, cuyas ondas cálidas le mecían como las del mar. Sentía un deseo apasionado de escuchar eternamente aquella voz divina, apoyado en la columna, con los ojos cerrados. El público le hizo repetir a la señorita Ducroix lo menos diez veces. No la dejaron tranquila hasta que, iluminado el rostro por su sonrisa encantadora, se señaló con la mano a la garganta, dando a entender que le lamentaba, pero que no podía cantar más.

En cuanto abandonó el estrado, ocupó su sitio un actor de rostro ruboso, que llevaba un frac pasado de moda, y comenzó a recitar un trozo de sainete.

Sumilov suspiró profundamente, como si despertase de un sueño de amor.

III

Bajaba la escalera, invadida por un público clamoroso, procurando no pisar los vestidos de las señoras. Alguien le tocó por detrás en el hombro. Sumilov se volvió y reconoció al estudiante de derecho Biber, hijo de un famoso millonario y compañero suyo de liceo.

Biber estaba muy contento. Abrazó a su amigo por la cintura, y, apretándole contra sí, le dijo al oído:

—Ha aceptado... No tardarán los "troika"... He enviado por ellos...

—¿Quién ha aceptado?—preguntó Sumilov.

—¡Pues ella..., la señorita Ducroix! Hemos encargado una cena al hotel de Europa... Al principio se negaba obstinadamente; pero al cabo ha cedido... Iremos todos... ¿Tú vendrás también, claro?...

—¿Yo? No, no iré.

Sumilov no había pertenecido nunca al círculo de Biber, formado por la juventud dorada de la Universidad: hijos de grandes terratenientes, de banqueros y de ricos comerciantes. Biber, aunque lo comprendía, se hallaba en ese estado de entusiasmo en que se siente la necesidad de hacer algo agradable para los demás.

—¡No digas tonterías!—protestó—. Tienes que venir con nosotros. ¿Por qué no quieres?

Sumilov se echó a reír.

—Porque... porque... Sencillamente porque mis recursos..., ya lo sabes...

—¡Bueno, bueno! ¡Enterado!—interrumpió Biber, arrastrando a su compañero—. ¡Vamos!

A la puerta estaban ya los "troika". Los caballos relinchaban en la obscuridad y sacudían la cabeza, haciendo sonar los cascabeles. Los estudiantes se acomodaron en los trineos, turbando con su algarabía el silencio de la noche invernal.

Sumilov se sentó al lado de Biber. Seguía todavía bajo la impresión de la música. Mientras los trineos recorrían las calles desiertas, se entregaba a una ilusión extraña. El silbido del viento, el ruido de la nieve bajo los trineos, los gritos de los estudiantes y el continuo tintineo de los cascabeles sonaban en su oído mezclados en una melodía encantadora. A veces se abstraía hasta el punto de no recordar dónde se hallaba y adónde iba.

IV

La cena, a cuyo comienzo se encontraban todos, incluso la señorita Ducroix, un poco cohibidos, acabó por ofrecer un aspecto ruidoso y alegre de orgía. Los estudiantes besaban las manos de la célebre cantatriz y le echaban, en un detestable francés, flores muy atrevidas. La presencia de una mujer bella y muy descotada los emborrachaba harto más que el "champagne". En sus ojos brillaba un apetito erótico que ni siquiera trata-

ban de disimular. La señorita Ducroix contestaba a un tiempo a media docena de estudiantes, reía a carcajadas, derribaba la cabeza sobre el respaldo del sofá de terciopelo rojo y les daba abanicazos a sus interlocutores en las manos y en los labios.

Sumilov no tenía costumbre de beber, y las dos copas que se había bebido le habían achispado un poco. Sentado en un rincón, protegiéndose con la mano los ojos contra la luz, demasiado fuerte, miraba a la señorita Ducroix con miradas entusiásticas. Estaba asombrado de la audacia de sus camaradas, que se conducían de un modo tan libre con la célebre artista. Tal audacia despertaba en él un sentimiento de envidia y de celos.

Sumilov era muy modesto, hasta tímido, tanto por naturaleza como por la educación recibida en su casa patriarcal y noble. Sus amigos le llamaban "señorita", y, en efecto, había en él una frescura de sentimientos, una candidez verdaderamente femeninas.

—¿Quién es ese señor que está en el rincón como un ratoncito?—preguntó de pronto la señorita Ducroix, señalando a Sumilov.

—Es uno de nuestros estudiantes—contestó Biber—. Se llama Sumilov.

—Debe de ser poeta... ¡Oiga, señor poeta! ¡Venga usted aquí!—gritó la cantatriz.

Sumilov se acercó, y, cohibido, se detuvo ante ella, poniéndose coloradísimo.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó ella sonriendo—.

¡Es muy lindo nuestro poeta! Parece una colegialita. ¡Miren, miren cómo se ruboriza! ¡Jesús, qué monada!

En efecto, miraba encantada la figura esbelta y elegante de Sumilov, su delicada faz, a la sazón como un tomate; sus suaves cabellos rubios, que caían en desorden sobre su frente. De pronto, cogiéndole la mano con una gracia deliciosa, le hizo sentarse junto a ella en el sofá.

—¿Por qué no quería usted acercarse a mí? ¡Es usted muy orgulloso, joven! ¡No es a la mujer a quien le corresponde dar el primer paso!

El no contestaba. Uno de los estudiantes, que no le había visto nunca en su círculo, dijo con una risita insolente:

—Señorita, nuestro compañero no entiende el francés.

Tal aseveración produjo en Sumilov el efecto de un latigazo. Se volvió hacia el estudiante, y le miró fijamente a los ojos con una mirada larga y provocativa. Luego, en francés también, pero en el francés perfecto, exquisito, que en otro tiempo era el orgullo de la aristocracia rusa le dijo:

—Hace usted mal, señor, en tomarse el trabajo de hablar por mí, tanto más cuanto que ni siquiera tengo el honor de conocerle.

Mientras hablaba así, la cólera fruncía sus cejas y ponía una sombra en sus grandes ojos azules de largas pestañas.

—¡Bravo, bravo, joven poeta!—exclamó, rien-

do, la señorita Ducroix, sin soltar la mano de Sumilov—. ¿Cómo se llama usted, poeta mío?

Sumilov, un poco calmado, enrojeció de nuevo.

—Me llamo Alejo.

—¿Cómo? ¿Ale...

—Alejo.

—¡Ah, como entre nosotros Alexis! Bueno, señor Alexis, en castigo de no haber querido acercarse a mí, queda usted obligado a acompañarme a casa. Voy a dar un paseíto a pie; pues si no, tendría mañana un horrible dolor de cabeza.

V

El coche se detuvo a la puerta de un hotel de primer orden. Sumilov ayudó a la señorita Ducroix a bajar y empezó a despedirse.

Ella le miró de reojo con una mirada tierna y maliciosa y le preguntó:

—¿No sube usted un momento a ver mi jaula?

—Señora..., tendría mucho gusto, pero no me atrevo... Es tan tarde...

—¡Arriba!—mandó ella—. Quiero castigarle a usted hasta el fin.

Mientras ella, en el tocador, se cambiaba de traje, Sumilov contemplaba la habitación. Observó que la cantatriz había sabido poner en el lujo un poco vulgar del hotel ese matiz de elegancia y de coquetería de que sólo las parisienses poseen el secreto. Por todas partes se veían tapices, flores, abanicos, "bibelots" costosos. Los muebles

eran más adecuados para tenderse que para sentarse. El aire estaba impregnado de exquisitos perfumes; olía a polvos de arroz y a mujer. Aquel olor ya lo había advertido Sumilov en el coche, junto a la señorita Ducroix.

La artista no tardó en salir, envuelta en un amplio y blanco peinador bordado en oro.

Reparando en la doncella, que, sin hacer ruido, preparaba en una mesita de mármol el te, díjole:

—Puede usted acostarse, no la necesito.

La doncella, una camarera fea y hábil como una mona, salió, después de mirar rápidamente a Sumilov con una mirada astuta e irónica.

La señorita Ducroix se sentó, a la oriental, en un canapé turco muy bajo y muy ancho, cubriéndose las piernas con los pliegues de su bata blanca, y con gesto imperioso le indicó a Sumilov un sitio junto a ella.

El joven obedeció.

—¡Más cerca, más cerca!—ordenó ella—. Más cerca aún... Así.. Y ahora vamos a charlar un poco, señor Alexis. Ante todo, ¿dónde ha aprendido usted el francés? Habla usted como un marqués.

El le contó que había tenido desde su más tierna infancia ayos franceses, y que casi no se hablaba otro idioma en su casa.

—¿Entonces, usted pertenece a una familia rica?—exclamó la señorita Ducroix.

—No; hace unos cinco años que estamos arruinados.

—¡Ah, pobrecito mío! ¿Entonces usted vive de su trabajo? Su vida será muy penosa... ¿Tiene usted amigos? Evitará usted la sociedad, ¿no?

La artista seguía haciendo nuevas preguntas a las que el joven ni siquiera tenía tiempo de contestar. De un modo inesperado le preguntó:

—Dígame, ¿ha estado usted enamorado alguna vez?

El la miró asombrado, con una sonrisa de confusión.

—Sí, cuando tenía catorce años, estuve enamorado de una prima mía.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Y nunca ha querido usted a una mujer “completamente”?

Comprendió él el sentido de la pregunta, y con voz turbada balbuceó:

—No, nunca.

—¿Y yo?—preguntó ella con voz apasionada y queda, inclinándose hacia el mancebo hasta hacerle sentir el calor de su piel—. ¿Yo le gusto? ¡Pero míreme usted a los ojos para contestarme!

Cogió la cabeza de Sumilov y la volvió hacia ella. El fuego de sus ojos asustó, en el primer momento, al joven, que no tardó en sentir arder en las suyos la llama del deseo.

La señorita Ducroix suspiró y atrajo hacia su rostro la cabeza de Sumilov. Sus labios húmedos quemaban.

VI

—¿La señorita Ducroix está en su cuarto?

—No, ha salido.

—Puede que no la haya usted visto entrar. ¿Quizá haya vuelto ya?

El grueso suizo de rostro rojo, mofetudo y soñoliento, montó en cólera.

—¡Cómo no la he de ver, siendo ésa mi obligación? Y luego, ¿a qué diablos viene usted? Hace diez días que está usted dándonos la lata.. Se le dice que la señorita no está, la cosa me parece bien clara. No quiere verle a usted, y a eso se reduce todo...

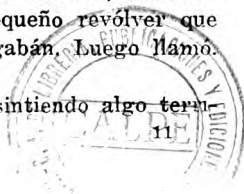
Sumilov se apresuró a sacar su portamonedas y le tendió al suizo un rublo. El otro, entonces, cambió de humor.

—Cerciórese usted, si quiere... Suba a ver; quizá esté ya en su cuarto.

Sumilov subió la escalera corriendo. Ante la puerta de la habitación de la señorita Ducroix se detuvo un instante y se llevó una mano al pecho, en el que latía furiosamente su corazón, mientras con la otra acariciaba un pequeño revólver que guardaba en el bolsillo del gabán. Luego llamó.

—Adelante—dijeron.

Con los ojos cerrados, presintiendo algo terrible...



ble, empujó la puerta. Era para él un día decisivo. No tenía ya fuerzas para soportar los sufrimientos de su amor desdeñado y sus celos.

Cuando al día siguiente a su noche de amor con la señorita Ducroix fué a verla, estremecido aún de placer, ella le acogió con un asombro frío, como si no le conociese. Los días sucesivos se negó a recibirle. La doncella, con insolencia, le dió con la puerta en las narices. El empezó a escribirle cartas; pero la primera quedó sin respuesta, y las demás volvían sin abrir a sus manos.

Sufría terriblemente. Se puso delgado, amarillo. Noche y día le perseguían la imagen de la parisiense y el recuerdo de sus besos y de sus caricias de fuego.

La señorita Ducroix no estaba sola. Junto a ella, sentado en el sofá, había un hombrecillo gordo, que parecía griego o armenio, de ojos negros, en que se reflejaba el deseo; nariz corva y poblada bigote.

Al ver a Sumilov, la señorita Ducroix se levantó, y, llena de cólera, dió algunos pasos hacia él, sin tenderle la mano.

—¡Esto ya es demasiado!—dijo—. ¡Me persigue usted por todas partes, señor!

Una oleada de sangre subió al rostro de Sumilov, y una niebla espesa cubrió sus ojos. Cogió violentamente la mano de la señorita Ducroix, y con los labios contraídos le dijo por lo bajo:

—Necesito hablarle a usted... sin testigos... Sólo dos palabras...

Había tanta decisión en su acento y en la expresión de su semblante, que ella obedeció a su pesar.

—Bueno, sígame usted—le dijo, dirigiéndose a su tocador—. Pero tenga entendido que es nuestra última entrevista.

En la semiobscuridad del tocador volvió él a cogerle la mano, que la cantatriz retiró bruscamente.

—¡La amo a usted con locura!—exclamó el joven—. ¡Tenga piedad de mí!

—¿Es eso todo lo que quería usted decirme?

—Sí, eso es... O, mejor dicho, no... Ni yo mismo sé lo que hablo... Me paso las noches sin dormir... ¿Por qué hace usted eso conmigo?

Ella prorrumpió en una risa insolente, en una risa artificial de actriz consumada:

—¡Tiene gracia! ¿Ha venido usted, por lo visto, a hacerme reproches?... ¡Ja, ja, ja!

En aquel momento se oyó en el salón una tos contenida.

—¿Quién es ese señor?—preguntó brutalmente Sumilov.

—¿Acaso tengo que darle a usted cuenta de mis relaciones?—replicó la artista encogiéndose de hombros.

Sumilov sintió de repente un acceso de furia.

—Diga usted, ¿quién es ese señor? ¿Es su amante de usted? ¡Responda usted al punto!

—¡Ah!, ¿quiere usted saberlo? Bueno...

La artista acercó su rostro, contraído por la có-

lera, al de Sumilov, y dijo con los labios pálidos y trémulos:

—¡Sí, es mi amante!

Se oyó un disparo de revólver, sonó después un grito desesperado de mujer, luego sonaron otro disparo y otros gritos...

Acudió gente, presurosa.

La señorita Ducroix estaba aún viva; tendida en el suelo, en un charco de sangre, lanzaba gemidos lastimeros. Sumilov yacía junto a ella, boca abajo, con la cabeza ensangrentada sobre el borde de su vestido. El hombro izquierdo del mancebo se estremecía de cuando en cuando, como el ala de un pájaro malherido por un cazador.

EL PAN AJENO

—Acusado: con arreglo a la ley, tiene usted la palabra—dijo el presidente del tribunal, con tono indiferente, entornados los ojos por el cansancio—. ¿Qué puede usted decir para justificar o explicar su crimen?

El acusado se estremeció y se asió de un modo nervioso a la baranda que separaba del público el banquillo.

Era un hombrecillo delgado, de movimientos tímidos y ojos medrosos. Sus cabellos ralos, muy rubios, y sus cejas, casi blancas, le daban a su rostro un aspecto enfermizo y anémico.

Se le acusaba de que, viviendo en casa de su pariente lejano el conde Vencepolski, había prendido intencionadamente fuego, la noche del 23 al 24 de enero, lo que había originado un incendio. Los forenses declararon que estaba en plena posesión de sus facultades mentales. Sólo observaron en él cierta excitabilidad y una sensibilidad exagerada, unidas a una atonía general del sistema nervioso y a una marcada predisposición al llanto, nada, de lo cual impidió que se le declarase responsable de sus actos.

Hasta aquel momento, el acusado se había mos-

trado indiferente y no había manifestado casi ningún interés por su proceso. El conjunto solemne, casi abrumador, de la sala; los uniformes dorados de los jueces, el tapete rojo de la mesa del tribunal, las enormes ventanas, los majestuosos retratos de las paredes, el público agolpado ante la baranda, los ujieres severos, los jurados conscientes de su dignidad y graves en extremo, abatían e intimidaban al pobre hombre, que se sentía como bajo las ruedas de una máquina gigantesca e implacable, cuya marcha vertiginosa no pudiera interrumpir ninguna fuerza humana.

No pocas veces, durante el discurso de su defensor, hubiera gritado: "¡No es eso, señor abogado! Sucedió de otro modo. Cállese usted, y déjeme contar a mí la historia de mi crimen." ¡Oh, él habría podido contar, en términos claros y conmovedores, cuánto había sentido y pensado!

Pero la máquina judicial seguía su curso rápido, regular, y parecía inútil toda resistencia a aquel monstruo frío e implacable.

Sin embargo, las últimas palabras del presidente despertaron en el corazón del acusado la energía desesperada que suelen mostrar algunos hombres en los momentos más graves de su vida y que hace luchar al condenado a muerte con el verdugo que le anuda la soga al cuello.

Y con voz suplicante gritó:

—¡Sí, señor presidente! En nombre de Dios Todopoderoso, escúcheme usted... Permítame contárselo todo,

Los jurados simularon una gran atención; los jueces se pusieron a dibujar, en las hojas de papel que había ante ellos, cabezas de mujeres y de animales; el público guardó un silencio expectante.

El acusado comenzó a hablar.

—Cuando llegué, a principios del año pasado, a esta ciudad, no había decidido nada respecto a mi porvenir. Nunca había tenido suerte: se diría que había nacido desgraciado. No había tenido ningún éxito, y a la edad de cuarenta años era tan impotente y falto de sentido práctico como en mi juventud.

Me dirigí al conde Vencepolsky, rogándole que me buscara un empleo cualquiera. El conde era pariente lejano de mi madre, muerta hace muchos años, lo que me movió a dirigirme a él. Hombre desprendido y generoso, como no pudiese encontrar nada, por el momento, para mí, me ofreció, mientras mis asuntos no se arreglasen, la hospitalidad en su casa.

Acepté. Al principio, tuvo para mí algunas atenciones; pero no tardó en cansarse de mi presencia y dejó en absoluto de hacerme caso. Me miraba como se mira un mueble que se ha adquirido la costumbre de tener siempre ante los ojos. Entonces comenzó para mí una vida de parásito llena de las humillaciones más amargas, de cólera impotente, de palabras halagadores y de sonrisas falsas.

Para comprender todo el horror de semejante vida es necesaria la experiencia personal. La gen-

te independiente y altiva cree que la costumbre de vivir como parásito y de comer el pan ajeno mata en el hombre el amor propio. Es un error. En mi vida he sido tan sensible a las palabras en que veía alusiones a mi condición miserable. En mi alma sangraba una terrible herida, y cada nuevo insulto era para mí como el contacto de un hierro candente.

Pero cuanto más tiempo pasaba, con menos fuerzas me sentía para poner término a situación tan humillante. Siempre he sido débil de carácter, tímido, indeciso. La vida en casa del conde paralizó completamente mi voluntad, anuló mi escasa energía. A veces, por la noche, pasando revista, en la cama, a todas las humillaciones del día, me ahogaba de ira y me decía: "¡Mañana pondré fin a todo esto! Mañana me iré, después de decirle al conde la verdad. Más vale vivir hambriento, tener frío y sufrir todas las privaciones, que continuar esta innoble existencia." Pues bien: llegaba el día siguiente y no quedaba nada de mi decisión de la víspera. De nuevo miraba al conde con una sonrisa baja y ruin; de nuevo no me atrevía, durante la comida, a poner las manos sobre la mesa; de nuevo me sentía ridículo y torpe. Cuando me decidía a recordarle su promesa de buscarme un empleo, el conde me contestaba con tono señoril:

—¿Qué prisa tiene usted, querido? ¿No está usted bien en mi casa? Viva usted aquí por ahora; después, ya veremos.

Y yo callaba.

A veces el conde me regalaba uno de sus trajes usados, y yo no me atrevía a rehusarlo. Los trajes eran elegantes, pero me estaban anchos. Un amigo del conde, un sinvergüenza y un rastacuero, me gritó una vez, riendo cínicamente:

—Señor Fedorov, veo que le viste a usted el mismo sastre que al conde.

Ninguno de los concurrentes asiduos a la casa me llamaba nunca por mi patronímico. El conde se olvidaba siempre de presentarme a sus invitados, la mayoría de los cuales vivían, como yo, de su generosidad; pero sabían darse tono y le trataban de igual a igual, mientras que yo, por culpa de mi timidez, me veía siempre en un plano inferior. Me odiaban con un odio de gente vil, no queriendo que otro gozase, como ellos, del favor del amo.

La servidumbre me trataba con la altiva insolencia que caracteriza a casi todos los lacayos. En la mesa se distraía con frecuencia y no me servía algunos platos. En sus palabras y miradas yo advertía el profundo desprecio de los que trabajan por los parásitos. No me atrevía nunca a decirles que arreglasen mi cuarto ni que cepillasen mi ropa.

Por la noche solía jugarse a las cartas en casa del conde. Cuando faltaba un contendiente, el conde me invitaba a jugar también. Aunque no tenía nunca un cuarto, aceptaba la invitación, deseando con toda mi alma ganar. Jugaba con avidez, calculando, arriesgándome, a veces hasta im-

plorando mentalmente la ayuda de Dios. Como sucede casi siempre en casos semejantes, perdía en lugar de ganar, y perdía más que todos los otros.

Cuando se acababa el juego y los jugadores arreglaban las cuentas, yo no osaba levantar los ojos, rojo de vergüenza. Cuando ya no era posible guardar silencio, decía, esforzándome en dar a mi voz una expresión de indiferencia:

—Conde... haga el favor... en este momento me encuentro sin dinero... Tenga la bondad de pagar por mí... mañana le devolveré...

Naturalmente, nadie tomaba en serio la promesa: todos sabían que ni mañana ni pasado mañana podría yo pagar la deuda.

Ocurría a veces que el conde y sus amigos se iban por la noche a un "restaurant" y luego a un prostíbulo. Me invitaban por mera fórmula, haciéndome comprender bien claro que lo mejor sería que me quedara en casa. Aunque no me cabía duda de que, si rehusaba, no repetirían su invitación, no tenía bastante voluntad para decir: "No voy". Y lo que era más grave, corría antes que nadie al recibidor a ponerme el gabán, como si temiese que se fueran sin mí.

Durante la cena se decían chistes y obscenidades. Yo me creía en el deber de reír, aunque lo hacía de tan buena gana como un perro sabio. Si yo hubiera dicho una gracia o hubiera tenido una ocurrencia feliz, no hubiera habido nadie que me escuchase. Apenas abría yo la boca, alguno de

los asistentes me interrumpía. Todos volvían la cabeza a otro lado, y en vano comenzaba yo, por décima vez, la misma frase buscando con los ojos alguien que me atendiese: todos evitaban mirarme.

El resto de la noche era aún más terrible. Yo dormía en un cuartito angosto que más bien parecía un pasillo. Un viejo canapé con el forro lleno de agujeros, una giba en medio y los muelles en un estado lastimoso me servía de cama. Como le faltaban dos patas, yo las había reemplazado con mi maleta.

¡Cómo odiaba aquel canapé! Ningún ser viviente me ha inspirado un odio tan feroz como el que me inspiraba aquel miserable y viejo mueble, que ningún chamarilero hubiera querido comprar. Conforme se acercaba la hora de acostarme, un terror insoportable se iba apoderando de mí, ante el largo insomnio que me esperaba. En cuanto me tendía en el canapé, la giba se me clavaba en la espalda y los muelles me torturaban las costillas. A los cinco minutos empezaba a sentir un dolor terrible en el espinazo y en la nuca. Mi cabeza se inflamaba y mi pobre cerebro era invadido por un tropel de pensamientos febriles. Concebía planes fantásticos para el porvenir, que durante la noche se me antojaban completamente realizables, y por la mañana comprendía que no eran sino insensateces.

Todas las impresiones del día, todas las palabras pronunciadas por mí o por los demás, todos

los insultos, todas las humillaciones desfilaban por mi memoria. Yo los analizaba durante la noche con una especie de voluptuosidad de la que no es capaz sino el alma de un hombre desgraciado, humillado y despreciado. Y experimentaba por segunda vez todos los sufrimientos del día, al resucitar en mi espíritu todos los detalles terribles.

Los amigos del conde, cuando pasaban por delante de mi canapé, se complacían en bromear malévolamente. Le llamaban "el lecho de Procustes".

El día que cometí el crimen, uno de ellos, el señor Lbov, invitó al "restaurant" a todos los camaradas, para festejar una herencia con que acababa de ser favorecido. Yo me apresuré a vestirme para ir también con ellos. Cuando estábamos ya en la escalera, empujé, sin querer, con el codo al señor Lbov. Como es natural, me excusé..

—¡No tiene importancia!—contestó.

Luego añadió, de pronto:

—Además, hace usted mal en molestarse; puede usted quedarse en casa. Nadie le ha convidado...

Yo me paré en seco, abrumado por tan crueles palabras.

Los invitados bajaban la escalera con gran algarabía. Uno de ellos se volvió hacia mí y me gritó:

—Vaya usted a acostarse a su lecho de Procustes.

Otro añadió:

—Allí nadie le molestará.

Y se marcharon, riéndose a carcajadas.

Subí de nuevo a casa y me tendí en el canapé.

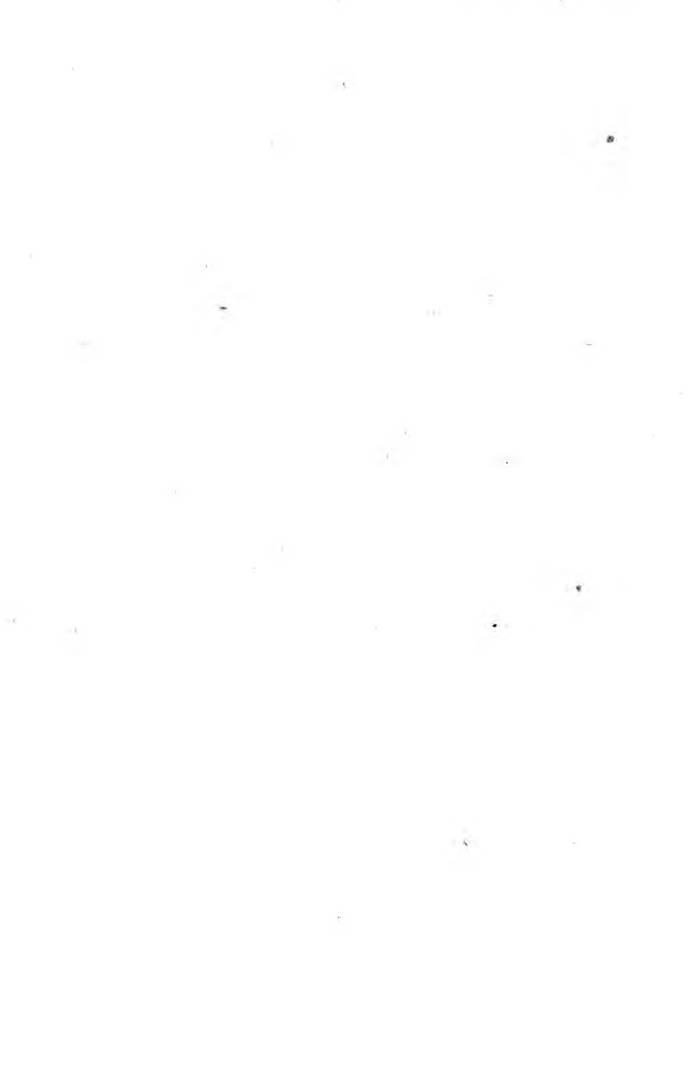
Abrigaba una vaga esperanza de que se arrepintieran de sus crueles palabras y enviaran a alguien en mi busca, pero no iba nadie.

Por espacio de dos o tres horas, lloré lágrimas de furia impotente. Mi lecho de Procustes me hacía ver las estrellas. Me levanté, al cabo, lleno de odio al endiablado canapé.

Reuní algunas cajas de sombreros vacías, las llené de periódicos viejos, que rocié de petróleo, las puse debajo del canapé y les apliqué una cerilla. Obraba como un autómatas, sin darme cuenta de mis actos... Perdí el conocimiento...

Cuando volví en mí, toda la habitación estaba ya ardiendo. Lleno de horror, me puse a gritar: "¡Soçorro! Lo demás lo saben ustedes, señores jurados."

FIN



INDICE

	<u>Págs.</u>
El brazalete de rubíes.....	7
El mareo.....	77
Un brindis.....	113
Natalia Davidovna.....	120
Demir-Kaia.....	127
Un jamelgo.....	132
Un idilio.....	139
Un capricho.....	150
El pan ajeno.....	165

